

José Carlos Mariátegui La Chira
Obras Completas Cronológicas
Volumen 3



Artículos
(1924)

[Introducción y ordenamiento general de las OO.CC. por
Octavio Obando Morán]

Producción cronológica

- .México y la revolución (Variedades del 5 de ene de 1924). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .La revolución y la reacción en Bulgaria (Variedades del 12 de ene de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Marinetti y el futurismo (Variedades del 19 de ene de 1924).Consta en la 8-b de Rouillón. Volumen 1 de las obras completas populares.
- .Los intelectuales y la revolución (Bohemia Azul, No.8 del 24 de ene de 1924).En el folleto editado5 por el Centro de Trabajo Intelectual Mariátegui (CTIM).
- .Post-impresionismo y Cubismo (Variedades del 26 de ene de 1924). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .Elogio de Lenin (17a conferencia del 26 de ene de 1924). Volumen 8 de las obras completas populares.
- .El Expresionismo y el Dadaísmo (Variedades del 2 de feb de 1924). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .Wilson (variedades del 9 de feb de 1924). Volumen 1 de las obras completadas populares.
- .La juventud frente a la revolución Mundial (Anuncio de conferencia) (La crónica del 12 de feb de 1924).
- .La sociedad de las Naciones (Variedades del 16 de feb de 1924). Volumen1 de las obras completadas populares.
- .Tchitcherin y la política exterior de los soviets (Variedades del 23 de feb de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Don Miguel de Unamuno y el Directorio (Variedades del 1 de mar de 1924). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .La democracia Católica (Variedades del 8 de mar de 1924).Volumen 1 de las obras completas populares.
- .Las elecciones italianas y la decadencia del liberalismo (Variedades del 12 de mar de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.

- .La mujer y la política (Variedades del 15 de mar de 1924). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .Algunas ideas, autores y escenarios del teatro moderno (Variedades del 22 de mar de 1924). Volumen 6 de las obras completas populares.
- .El fascismo y el monarquismo en Alemania (Variedades del 29 de mar de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Lenin (Claridad, No.5, de mar de 1924).En el folleto editado por el Centro de Trabajo Intelectual Mariátegui (CTIM).
- .Levine Eugenio...Los predestinados (Traducción y notas de José Carlos Mariátegui) (Claridad, No.5, mar de 1924). Consta de 8-b de Rouillón.
- .Clarte y la internacional del pensamiento (Variedades del 5 de abr de 1924). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .Trotsky (Variedades del 19 de abr de 1924). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .La nueva fase del problema de las reparaciones (Variedades del 26 de abr de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Trabajadores manuales e intelectuales! (El Obrero textil, No.59, abr de 1924).El folleto editado por el Centro de Trabajo Intelectual Mariátegui (CTIM).
- .El 1 de mayo y el frente único (El Obrero textil, No.59, abr de 1924). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (22 de julio de 1924). CORRESPONDENCIA, Tomo I, P.49.
- .De José Carlos Mariátegui a victoria Ferrer (Carta) (22 de ago de 1924). CORRESPONDENCIA, Tomo I, p.51.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (9 de set de 1924). CORRESPONDENCIA, Tomo I, p.52-53.
- .Herriot y el bloc de izquierda (Variedades del 20 de set de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .La revolución turca y el Islam (Variedades del 27 de set de 1924). Volumen 1 de las obras completas populares.
- .Protecciones del proceso Matteotti (Variedades del 26 de set de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (set de 1924). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.54.
- .De José Carlos Mariátegui a los redactores de claridad (Carta) (set de 1924). (Claridad, No.6).CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.55-56.
- .La urbe y el campo (Mundial del 3 oct de 1924). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .La revolución China (Variedades del 4 de oct de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.
- .Nacionalismo e Internacional. (Mundial del 10 de oct de 1924). Volumen 3 de las obras completas populares.

.Gandhi (Variedades del 11 de oct de 1924). Volumen 1 de las obras completas populares.

.D e José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (13 de oct de 1924).

CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.59.

.La inteligencia y el aceite de recino (Variedades del 17 de oct de 1924).Incluido en el tomo 1 de las obras completas populares.

.Poetas nuevos y Poesía vieja (Mundial del 24 de oct de 1924). Volumen 11 de las obras completas populares.

.Irlanda e Inglaterra (Variedades del 25 de oct de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (28 de oct de 1924).

CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.60.

.Pasadismo y futurismo (Mundial del 31 de oct de 1924). Volumen 11 de las obras completas populares.

.La libertad y el Egipto (Variedades de 1 de nov de 1924). Volumen 11 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (carta) (5 de nov de 1924).CORRESPONDENCIA. Tomo I, p.61.

.La torre de marfil (Mundial del 7 de nov de 1924). Volumen 6 de las obras completas populares (pasó al volumen 3)

.La civilización y el cabello (Mundial del 7 de nov de 1924). Volumen 4 de las obras completas populares.

.De Carlos Mariátegui a Ricardo Vega Garcia (Carta) (12 de nov de 1924). CORRESPONDENCIA Tomo I, p.62.

.De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vega Garcia (Carta) (18 de nov de 1924). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.63-64.

.Giolitti y la crisis del fascismo (Variedades del 29 de nov de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.

.Fascismo sudamericano (Claridad, No.7, de nov de 1924).Contenido en el folleto editado por el Centro de Trabajo Intelectual Mariátegui (CTIM).

.De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (Carta) (1 de dic de 1924). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.65.

.De José Carlos Mariátegui a Victoria Ferrer (Carta) (4 de dic de 1924). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.66.

.La unidad de la América Indo –española (Variedades del 6 de dic de 1924). Volumen 12 de las obras completas populares.

.El problema primario del Perú (Mundial del 9 de dic de 1924). Volumen 14 de las obras completas populares.

.Las reivindicaciones feministas (Mundial del 9 de dic de 1924). Volumen 14 de las obras completas populares.

.Abraham Valdelomar y el movimiento Colónida (Mundial del 9 de dic de 1924). Volumen 2 de las obras completas populares.

.Lo nacional y lo exótico (Mundial del 9 de dic de 1924). Volumen 11 de las obras completas populares.

.La Imaginación y el Progreso (Variedades del 12 de dic de 1924). Volumen 3 de las obras completas populares.

.Jaurés y la Francia contemporánea (Variedades del 20 de dic del 1924). Volumen 1 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vega Garcia (Carta) (22 de dic de 1924). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.67.

.De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vega Garcia (Carta) (24 de dic del 1924). CORRESPONDENCIA.Tomo I, p.68.

.La crisis del régimen fascista (Variedades del 25 de dic de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.

.Millerand y las derechas (Variedades del 27 de dic de 1924). Volumen 16 de las obras completas populares.

- MÉXICO Y LA REVOLUCION*

La dictadura de Porfirio Díaz produjo en México una situación de superficial bienestar económico, pero de hondo malestar social. Porfirio Díaz fue en el poder un instrumento, un apoderado y un prisionero de la plutocracia mexicana. Durante la revolución de la Reforma y la revolución contra Maximiliano, el pueblo mexicano combatió a los privilegios feudales de la plutocracia. Abatido Maximiliano, los terratenientes se adueñaron en Porfirio Díaz de uno de los generales de esa revolución liberal y nacionalista. Lo hicieron el jefe de una dictadura militar burocrática destinada a sofocar y reprimir las reivindicaciones revolucionarias. La política de Díaz fue una política esencialmente plutocrática. Astutas y falaces leyes despojaron al indio mexicano de sus tierras en beneficio de los capitalistas nacionales y extranjeros. Los ejidos, tierras tradicionales de las comunidades indígenas, fueron absorbidos por los latifundios. La clase campesina resultó totalmente proletarizada. Los plutócratas, los latifundistas y su clientela de abogados e intelectuales constituían una facción estructuralmente análoga al civilismo peruano, que dominaba con el apoyo del capital extranjero al país feudalizado. Su gendarme ideal era Porfirio Díaz. Esta oligarquía llamada de los "científicos" feudalizó a México. La sostenía marcialmente una numerosa guardia pretoriana. La amparaban los capitalistas extranjeros tratados entonces con especial favor. Los alentaba el letargo y la anestesia de las masas, transitoriamente desprovistas de un animador, de un caudillo. Pero un pueblo, que tan porfiadamente se había batido por su derecho a la posesión de la tierra, no podía resignarse a este régimen feudal y renunciar a sus reivindicaciones. Además, el crecimiento de las fábricas creaba un proletariado industrial, al cual la inmigración extranjera aportaba el polen de las nuevas ideas sociales. Aparecían pequeños núcleos socialistas y sindicalistas. Flores Magón, desde Los Ángeles, inyectaba en México algunas dosis de ideología socialista. Y, sobre todo, fermentaba en los campos un agrio humor revolucionario. Un caudillo, una escaramuza

cualquiera podían encender y conflagrar al país.

Cuando se aproximaba el fin del séptimo período de Porfirio Díaz apareció el caudillo: Francisco Madero. Madero, que hasta aquel tiempo fue un agricultor sin significación política, publicó un libro anti-reeleccionista. Este libro, que fue una requisitoria contra el gobierno de Díaz, tuvo un inmenso eco popular. Porfirio Díaz, con esa confianza vanidosa en su poder que ciega a los déspotas en decadencia, no se preocupó al principio de la agitación suscitada por Madero y su libro. Juzgaba a la personalidad de Madero una personalidad secundaria e impotente. Madero, aclamado y seguido como un apóstol, suscitó en tanto, en México, una caudalosa corriente anti-reeleccionista. Y, la dictadura, alarmada y desazonada, al fin, sintió la necesidad de combatirla violentamente. Madero fue encarcelado. La ofensiva reaccionaria dispersó al partido anti-reeleccionista; los "científicos" restablecieron su autoridad y su dominio; Porfirio Díaz consiguió su octava reelección; y la celebración del Centenario de México fue una faustuosa apoteosis de su dictadura. Tales éxitos llenaron de optimismo y de confianza a Díaz y su bando. El término de este gobierno, estaba, sin embargo, próximo. Puesto en libertad condicional, Madero fugó a los Estados Unidos, donde se entregó a la organización del movimiento revolucionario. Orozco reunió, poco después, el primer ejército insurreccional. Y la rebelión se propagó velozmente. Los "científicos" intentaron atacarla con armas políticas. Se declararon dispuestos a satisfacer la aspiración revolucionaria. Dieron una ley que cerraba el paso a otra reelección. Pero esta maniobra no contuvo el movimiento en marcha. La bandera anti-reeleccionista era una bandera contingente. Alrededor de ella se concentraban todos los descontentos, todos los explotados, todos los idealistas. La revolución no tenía aún un programa; pero este programa empezaba a bosquejarse. Su primera reivindicación concreta era la reivindicación de la tierra usurpada por los latifundistas.

La plutocracia mexicana, con ese agudo instinto de conservación de todas las plutocracias, se apresuró a negociar con los revolucionarios. Y evitó que la revolución abatiese violentamente a la dictadura. En 1912, Porfirio Díaz dejó el gobierno a de la Barra, quien presidió las elecciones. Madero llegó al poder a través de un compromiso con los "científicos". Aceptó, consiguientemente, su colaboración. Conservó el antiguo parlamento. Estas transacciones, estos pactos, lo enflaquecieron y lo socavaron. Los "científicos" saboteaban el programa revolucionario y aislaban a Madero de los estratos sociales de los cuales había reclutado su proselitismo y se preparaban, al mismo tiempo, a la reconquista del poder. Acechaban el instante de desalojar a Madero invalidado, y minado, de la Presidencia de la República. Madero perdía rápidamente su base popular. Vino la

insurrección de Félix Díaz. Y tras ella vino la traición de Victoriano Huerta, quien sobre los cadáveres de Madero y Pino Suárez asaltó el gobierno. La reacción "científica" apareció victoriosa. Pero el pronunciamiento de un jefe militar no podía detener la marcha de la Revolución Mexicana. Todas las raíces de esta revolución estaban vivas. El general Venustiano Carranza recogió la bandera de Madero. Y, después de un período de lucha, expulsó del poder a Victoriano Huerta. Las reivindicaciones de la Revolución se acentuaron y definieron mejor. Y México revisó y reformó su Carta Fundamental, de acuerdo con esas reivindicaciones. El artículo 27 de la Reforma Constitucional de Querétaro declara que las tierras corresponden originariamente a la nación y dispone el fraccionamiento de los latifundios. El artículo 123 incorpora en la Constitución mexicana varias aspiraciones obreras: la jornada máxima, el salario mínimo, los seguros de invalidez y de retiro, la indemnización por los accidentes de trabajo, la participación de las utilidades.

Mas Carranza, elegido Presidente, carecía de condiciones para realizar el programa de la Revolución. Su calidad de terrateniente y sus compromisos con la clase latifundista lo estorbaban para cumplir la reforma agraria. El reparto de tierras, prometido por la Revolución y ordenado por la reforma constitucional, no se produjo. El régimen de Carranza se anquilosó y se burocratizó gradualmente. Carranza, pretendió, en fin, designar su sucesor. El país, agitado incesantemente por las facciones revolucionarias, insurgió contra este propósito, Carranza, virtualmente destituido, murió en manos de una banda irregular. Y bajo la presidencia provisional de De la Huerta, se efectuaron las elecciones que condujeron a la presidencia al General Obregón

El gobierno de Obregón ha dado un paso resuelto hacia la satisfacción de uno de los más hondos anhelos de la Revolución ha dado tierras a los campesinos pobres, A su sombra ha florecido en el Estado de Yucatán un régimen colectivista. Su política prudente y organizadora ha normalizado la vida de México, Y ha inducido a los Estados Unidos al reconocimiento mexicano.

Pero la actividad más revolucionaria y trascendente del gobierno de Obregón ha sido su obra educacional. José Vasconcelos, uno de los hombres de mayor relieve histórico de la América contemporánea,* ha dirigido una reforma extensa y radical de la instrucción pública. Ha usado los más originales métodos para disminuir el analfabetismo; ha franqueado las universidades a las clases pobres; ha difundido como un evangelio de la época, en todas las escuelas y en todas las bibliotecas, los libros de Tolstoy y de Romain Rolland; ha incorporado en la Ley de Instrucción la

obligación del Estado de sostener y educar a los hijos de los incapacitados y a los huérfanos; ha sembrado de escuelas, de libros y de ideas la inmensa y fecunda tierra mexicana [*Cabe señalar que Vasconcelos ha cambiado el sentido de su significación histórica, al adoptar en los últimos años un credo político conservador y retrógrado]

* Publicado en Variedades: Lima, 5 de Enero de 1924. ** Cooperativas campesinas de tipo comunitario.

- LA REVOLUCION Y LA REACCION EN BULGARIA*

Bulgaria es el país más conflagrado de los Balkanes. La derrota ha sido en Europa un poderoso agente revolucionario. En toda Europa existe actualmente un estado revolucionario; pero es en los países vencidos donde ese estado revolucionario tiene un grado más intenso de desarrollo y fermentación. Los Balkanes son una prueba de tal fenómeno político. Mientras en Rumania y Serbia, engrandecidas territorialmente, el viejo régimen cuenta con numerosos sostenes, en Bulgaria reposa sobre bases cada día más minadas, exiguas: e inciertas.

El Zar Fernando de Bulgaria fue, más acentuadamente que el Rey Constantino de Grecia, un cliente de los Hohenzollern y de los Hapsburgo. El Rey Constantino se limitó a la defensa de la neutralidad de Grecia. El Zar Fernando condujo a su pueblo a la intervención a favor de los imperios centrales. La adhirió y se asoció plenamente a la causa alemana. Esta política, en Bulgaria, como en Grecia, originó la destitución del monarca germanófilo y aceleró la decadencia de su dinastía. Fernando de Bulgaria es hoy un monarca desocupado, un zar chômeur. El trono de su sucesor Boris, desprovisto de toda autoridad, ha estado a punto, en setiembre último, de ser barrido por el oleaje revolucionario.

En Bulgaria, más aguadamente aún que en Grecia, la crisis no es de gobierno sino de régimen. No es una crisis de la dinastía sino del Estado. Stamboulinski, derrocado y asesinado por la insurrección de junio, que instaló en el poder a Zankov y su coalición, presidía un gobierno de extensas raíces sociales. Era el leader de la Unión Agraria, partido en el cual se confundían terratenientes y campesinos pobres. Representaba en Bulgaria ese movimiento campesino que tan trascendente y vigorosa fisonomía tiene en toda la Europa Central. En un país agrícola como Bulgaria la Unión Agraria constituía, naturalmente, el más sólido y numeroso sector político y social. Los socialistas de izquierda, a causa de su política pacifista, se habían atraído un vasto proselitismo popular.

Habían formado un fuerte partido comunista, adherente ortodoxo de la Tercera Internacional seguido por la mayoría del proletariado urbano y algunos núcleos rurales. Pero las masas campesinas se agrupaban, en su mayor parte, en los rangos del partido agrario. Stamboulinsky ejercitaba sobre ellas una gran sugestión. Su gobierno era, por tanto, inmensamente popular en el campo. En las elecciones de noviembre de 1922, Stamboulinsky obtuvo una estruendosa victoria. La burguesía y la pequeña burguesía urbanas, representadas por las facciones coaligadas actualmente alrededor de Zankov, fueron batidas sensacionalmente. A favor de los agrarios y de los comunistas votó el setenta y cinco por ciento de los electores.

Mas, empezó entonces a incubarse el golpe de mano de Zankov, estimulado por la lección del fascismo que enseñó a todos los partidos reaccionarios a conquistar el poder insurreccionalmente. Stamboulinsky había perseguido y hostilizado a los comunistas. Había enemistado con su gobierno a los trabajadores urbanos. Y no había, en tanto, desarmado a la burguesía urbana que acechaba la ocasión de atacarlo y derribarlo. Estas circunstancias prepararon el triunfo de la coalición que gobierna presentemente Bulgaria. Derrocado y muerto Stamboulinsky, las masas rurales se encontraron sin caudillo y sin programa. Su fe en el estado mayor de la Unión Agraria estaba quebrantada y debilitada. Su aproximación al comunismo se iniciaba apenas. Además, los comunistas, paralizados por su enojo contra Stamboulinsky, no supieron reaccionar inmediatamente contra el golpe de Estado. Zankov consiguió así dispersar a las bandas campesinas de Stamboulinsky y afirmarse en el poder.

Pronto, sin embargo, comenzaron a entenderse y concertarse los comunistas y los agrarios y a amenazar la estabilidad del nuevo gobierno. Los comunistas se entregaron a un activo trabajo de organización revolucionaria que halló entusiasta apoyo en las masas aldeanas. La elección de una nueva cámara se acercaba. Esta elección significaba para los comunistas una gran ocasión de agitación y propaganda. El gobierno de Zankov se sintió gravemente amenazado por la ofensiva revolucionaria y se resolvió a echar mano de recursos marciales y extremos contra los comunistas. Varios leaders del comunismo, Kolarov entre ellos, fueron apresados. Las autoridades anunciaron el descubrimiento de una conspiración comunista y el propósito gubernamental de reprimirla severamente. Se inauguró un período de persecución del comunismo. A estas medidas respondieron espontáneamente las masas trabajadoras y campesinas con violentas protestas. Las masas manifestaron una resuelta voluntad de combate. El Partido Comunista y la Unión Agraria pensaron que era indispensable empeñar una batalla decisiva. Y se colocaron a la

cabeza de la insurrección campesina. La lucha armada entre el gobierno y los comunistas duró varios días. Hubo un instante en que los revolucionarios dominaron una gran parte del territorio búlgaro. La república fue proclamada en innumerables localidades rurales. Pero, finalmente, la revolución resultó vencida. El gobierno, dueño del control de las ciudades, reclutó en la burguesía y en la clase media urbanas legiones de voluntarios bien armados y abastecidos. Movilizó contra los revolucionarios al ejército del general ruso Wrangel asilado en Bulgaria desde que fue derrotado y expulsado de Rusia por los bolcheviques. Y usó también contra la revolución a varias tropas macedonias. Favoreció su victoria, sobre todo, la circunstancia de que la insurrección, propagada principalmente en el campo, tuvo escaso éxito urbano. Los revolucionarios no pudieron, por esto, proveerse de armas y municiones. No dispusieron sino del escaso parque colectado en el campo y en las aldeas. [*líderes]

Ahogada la insurrección, el gobierno reaccionario de Zankov ha encarcelado a innumerable militantes del comunismo y de la Unión Agraria. Millares de comunistas se han visto obligados a refugiarse en los países limítrofes para escapar a la represión. Kolarov y Dimitrov se han asilado en territorio yugo-eslavo.

Dentro de esta situación, se ha efectuado en noviembre último, las elecciones. Sus resultados han sido, por supuesto, favorables a la coalición acaudillada por Zankov. Los agrarios y los comunistas, procesados y perseguidos, no han podido acudir organizada y numerosamente a la votación. Sin embargo, veintiocho agrarios y nueve comunistas han sido elegidos diputados. Y en Sofía, malgrado la intensidad de la persecución, los comunistas han alcanzado varios millares de sufragios.

Los resultados de las elecciones no resuelven, por supuesto, ni aún parcialmente la crisis política búlgara. Las facciones revolucionarias han sufrido una cruenta y dolorosa derrota, pero no han capitulado. Los comunistas invitan a las masas rurales y urbanas a concentrarse en torno de un programa común. Propugnan ardorosamente la constitución de un gobierno obrero y campesino. La Unión Agraria y el Partido Comunista tiende a soldarse cada vez más. Saben que no conquistarán el poder parlamentariamente. Y se preparan metódicamente para la acción violenta. (En estos tiempos, el parlamento no conserva alguna vitalidad sino en los países, como Inglaterra y Alemania, de arraigada y profunda democracia. En las naciones de democracia superficial y tenue es una institución atrofiada).

Y en Bulgaria, como en el resto de Europa la reacción no elimina ni

debilita el mayor factor revolucionario: el malestar económico y social. El gobierno de Zankov, del cual acaba de separarse un grupo de la derecha, los liberales nacionales, subordina su política a los intereses de la burguesía urbana. Y bien. Esta política no cura ni mejora las heridas abiertas por la guerra en la economía búlgara. Deja intactas las causas de descontento y de mal humor.

Se constata en Bulgaria, como en las demás naciones de Europa, la impotencia técnica de la reacción para resolver los problemas de la paz. La reacción consigue exterminar a muchos fautores de la revolución, establecer regímenes de fuerza, abolir la autoridad del parlamento. Pero no consigue normalizar el cambio, equilibrar los presupuestos, disminuir los tributos ni aumentar las exportaciones. Antes bien produce, fatalmente, un agravamiento de los problemas económicos que estimulan y excitan la revolución.

* Publicado en Variedades, Lima, 12 de Enero de 1924.

- POST-IMPRESIONISMO Y CUBISMO*

Esta época de compleja crisis política es también una época de compleja crisis artística. Aparecen en el arte conceptos y formas totalmente adversos a los conceptos y formas clásicos. El gusto del vulgo los rechaza irritados. Los recibe como una majadería o una extravagancia. Pero la aparición de esas escuelas es un fenómeno natural de nuestra época. No envejecen únicamente las formas políticas de una sociedad y una cultura; envejecen también sus formas artísticas. La decadencia y el desgaste de una época son integrales, unánimes.

Veamos la interpretación spengleriana del arte moderno. Oswald Spengler dice que en la etapa final de una cultura «la existencia no tiene forma interior; el arte de la gran urbe es una costumbre, un lujo, un deporte, un excitante; los estilos se ponen de moda y varían rápidamente (rehabilitaciones, inventos caprichosos, imitaciones); no tienen ya contenido simbólico». Esta tesis de Spengler define muy bien las características del arte actual. Es casi un cuadro sintomatológico. En realidad, el arte se encuentra en un período de modas. En un período de imitaciones de motivos arcaicos y exóticos. El gusto de los artistas europeos es más versátil y tornadizo que nunca. Y se complace en la imitación de modelos remotos o de modelos extranjeros. La pintura y la música, por ejemplo, están impregnadas de orientalismo. Los colores y los ritmos rusos invaden París y Berlín, Londres y Roma. La pintura japonesa ejerce una extensa influencia sobre varios sectores del arte contemporáneo. Simultáneamente, otros sectores se tiñen densamente de primitivismo. Muchos artistas buscan a sus maestros y sus dechados entre los últimos pre-renacentistas. Otros se remontan a Cimabue y a Giotto. Sandro Botticelli, Fra Filippo Lippi, Pierdella Francesca resultan extrañamente actuales. Asistimos a una valorización de su arte y sus obras. Y esta valorización no es artificial ni arbitraria. A mí, verbigracia, un cuadro de Botticelli me impresiona y place mucho más que un cuadro de Rafael. Si hubiese nacido hace cien años me habría acontecido lo contrario. En la

escultura se nota una acentuada corriente de arcaísmo. Las estatuas modernas son, generalmente, hieráticas, rígidas, sintéticas. Acusan una marcada influencia de la escultura egipcia. En suma, las escuelas son múltiples; la inquietud de los artistas es infinita; la moda es fugaz; la búsqueda es insaciable. ¿Hay que ver en todo esto, como Spengler, más que ninguna otra cosa, un síntoma del tramonto de la civilización occidental?

Uno de los leaders* del arte de vanguardia, Francis Picabia, dice que la historia del arte se condensa en períodos de revolución y de conservación. A un período romántico sigue un período clásico. Un período romántico es tempestuoso, desordenado, caótico. Es, sincrónica y revueltamente, de destrucción y de construcción. Un período clásico, en cambio, es sereno, regular, apacible. Encierra un trabajo de pacífica elaboración y desarrollo de un estilo. Actualmente atravesamos un período romántico y revolucionario. Los artistas buscan una meta nueva. Las escuelas modernas son vías, rumbos, exploraciones. [*Dirigente]

En un artículo de La Revista de Occidente, Eugenio D'Ors conduce a sus lectores a otro punto de vista. Remarca la similitud y el parentesco que existe entre unas marquetorías de Fra Giovanni de Verona y muchos cuadros de ahora. Fra Giovanni de Verona, cuya lejana inspiración tenía raíces góticas, copiaba grupos de objetos del mundo inorgánico: un compás, un frasco, unos libros; una vihuela, un cono, unas gafas; una copa, una arena, un cráneo. Ahora se cultiva también, apasionadamente, la "naturaleza muerta". La "naturaleza muerta" de estos tiempos es menos austera, menos ascética que la de los tiempos de Fra Giovanni de Verona. Alguna vez el grupo se compone de una pieza de caza, un haz de espárragos, una botella. Pero, generalmente, el grupo es más simple: una botella, una manzana, un vaso. Picasso ha pintado varias veces una vihuela sobre una silla o sobre una mesa. ¿Qué buscan los artistas actuales en esta persistente producción de "naturalezas muertas"? Sería estólido atribuirles limitadamente una frívola adhesión a una moda. Esos artistas aprenden a ver y copiar la naturaleza de una manera nueva.

Las botellas, los vasos y las manzanas no han variado en cinco siglos; pero la sensibilidad de los hombres sí. Y el mundo exterior de un artista de hoy no se parece casi al mundo exterior de un artista del Renacimiento. La vida actual tiene elementos físicos absolutamente nuevos. Uno de ellos es la velocidad. El hombre antiguo marchaba lentamente, que es, según Ruskin, como Dios quiere que el hombre marche. El hombre contemporáneo viaja en automóvil y en aeroplano. Una época está separada pues de otra por hondas diferencias mentales, espirituales y físicas. Las escuelas artísticas actuales son un producto genuino de esta época y de su ambiente. Algunos

críticos asignan un rol a la velocidad en la generación del impresionismo. Es absurdo, es cretino pretender que se pinte hoy como en los días del Tintoretto. Los artistas sienten y ven las cosas de otra manera. Las pintan, por, eso, diversamente. Una necesidad superior, un mandato íntimo mueve a los artistas a la búsqueda de una forma y una técnica nuevas. Los leaders, los creadores de las escuelas extremistas dominan la técnica y los recursos académicos. Picasso tiene dibujos más puros y clásicos que los de Ingres y los de Rafael. Los más grandes artistas contemporáneos son, sin duda, los artistas de vanguardia. Archipenko, cuyas obras desconciertan y contrarían al vulgo, representa en la historia del arte mucho más que cualquier Benlliure, cuyas obras emocionan y satisfacen a ese mismo vulgo. Ningún artista ortodoxo de los últimos tiempos es comparable a Van Gogh, a Franz Marck, a Matisse, a Picasso y a otros artistas arbitrarios.

El proceso del arte moderno es, de otro lado, un proceso coherente, lógico, orgánico, bajo su apariencia desordenada y anárquica. El impresionismo, que dio al arte una orientación realista, exaltó el valor del color y de la luz y desconoció el valor de la línea. Las figuras y las cosas perdieron su contorno. El cubismo, desde este punto de vista, representó una reacción contra la vaguedad y la incorporeidad de las formas impresionistas. Se preocupó exclusivamente de, los planos y de la línea. El post-impresionismo rectifica el error del impresionismo. Su esencia es la misma del impresionismo; pero su técnica no. Es una técnica corregida, revisada, que concede a la línea la misma categoría plástica que al color. El post-impresionismo, además, es sintetista. Es una de las manifestaciones de esa tendencia a la estilización y a la síntesis que domina el arte de hoy y que resucita algunas formas arcaicas.

Los artistas de las academias, los artistas oficialmente gloriosos, miran con un aire un poco desdeñoso el extremismo de estas escuelas y de estas sectas. Muchos de ellos, sin embargo, emplean en su arte elementos creados por esas sectas y esas escuelas. Sus obras contienen, más o menos diluido, algún ingrediente impresionista, cubista o sintetista. El gusto común rechaza hoy la Venus de Archipenko, como rechazó en otro tiempo la Olimpia de Manet y el Balzac de Rodin. El arte es sustancial y eternamente heterodoxo. Y, en su historia, la herejía de hoy es casi seguramente el dogma de mañana.

Spengler sostiene que para que una verdad sea comprendida es indispensable una generación que nazca dotada de las disposiciones necesarias. Ortega y Gasset, en un remarcable artículo sobre la actitud de la generación actual ante el arte de vanguardia, llega, por otro camino, a la misma tesis. Dice que es natural que el público no comprenda

absolutamente este arte. Se trata de un arte nuevo e insólito en su espíritu y en su materia, en su contenido y en su forma. El público, por eso, no lo discute: lo repudia integralmente.

* Publicado en Variedades: Lima, 26 de enero de 1924.

- DECIMA SETIMA CONFERENCIA*

Las notas del autor

ELOGIO DE LENIN

LENIN nació en Simbirsk en 1870, hijo de un director de escuela primaria. Estudió derecho en Petrogrado, donde su hermano Alexandro -ejecutado a continuación de un atentado contra Alejandro III- lo hizo conocer El Capital. Se incorporó en el movimiento socialista y se entregó plenamente a la causa obrera. Se dedicó no sólo al estudio de las teorías sino, principalmente, al estudio directo de los problemas y del alma del obrero. Fue desde su vida de estudiante un organizador. Lo arrojaron, finalmente, de la Universidad. A renglón seguido de una huelga de textiles, fue enviado a Siberia. Allí completó sus estudios teóricos y sus observaciones prácticas sobre la cuestión social en el mundo y en Rusia. Basó su ideología en la realidad proletaria; combatió el confucionismo obrero, generado por la situación política rusa; luchó por diferenciar a los marxistas de los que no lo eran. Tomó parte en la revolución de 1905 al lado de los obreros de Moscú. En 1907 emigró a Finlandia y luego al extranjero. En esa época escribió su libro Materialismo y Empiriocriticismo. En 1912 estuvo en Cracovia animando el movimiento obrero. En seguida en Suiza.

En 1907 en el congreso de Stuttgart, la Internacional aprobó una moción de Lenin y de Rosa Luxemburgo que en sus conclusiones decía: «Si amenaza el estallido de una guerra es deber de la clase obrera en los países interesados, con la ayuda de la Internacional, el coordinar todos sus esfuerzos para impedir la guerra por todos los medios que le parezcan adecuados y que varían naturalmente según la intensidad de la lucha de clases y la situación política general. Si, no obstante esto, estallase la guerra, los trabajadores tienen el deber de intervenir para hacerla cesar lo más pronto posible y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y

política creada por ella para agitar a las capas populares más profundas y precipitar la caída del régimen capitalista».

Vinieron los congresos de Zimmerwald y Khiental, durante la guerra, a donde acudieron las fracciones sindicales y socialistas fieles a esos principios. Ahí empezó a germinar la Tercera Internacional.

El rol de Lenin en la revolución rusa.

Sus libros: La Revolución y el Estado, El extremismo, enfermedad de infancia del comunismo, La dictadura del proletariado y el renegado Kautsky, La lucha por el pan, La obra de reconstrucción de los soviets, Apuntes críticos sobre una filosofía reaccionaria y otros.

Su colaboración en Pravda, Izvestia y la Revista de la III Internacional.

Las páginas de Sorel Defensa de Lenin en su libro Reflexiones sobre la violencia.

 * Pronunciada el sábado 26 de enero de 1924, en el local de Motoristas y Conductores (calle de Espalda de Santa Clara). Hasta donde hemos rastreado, J. C. Mariátegui sólo enfocó la figura de Lenin, directamente, en dos oportunidades: la primera, cuando el fundador del Partido Bolchevique vivía aún (Variedades, N° 809, 22 de Setiembre de 1923); la segunda, a los pocos días del fallecimiento del forjador del Estado soviético, en la actuación reseñada por La Crónica. Cabe aclarar que este diario, en su edición del 30 de Enero, se refiere a "anteanoche", lo que significaría que el homenaje se realizó el día 28. Sin embargo, la Conferencia de Mariátegui fue dictada el sábado 26 de Enero. El error de La Crónica debe de haberse originado por la no inserción a tiempo de la reseña periodística. El guión que nos ha dejado Mariátegui es, naturalmente, un frío itinerario biobibliográfico. Por ello, duele hondamente el hecho de que el cronista de este diario sólo haya dedicado unas diez líneas a la pieza oratoria del insigne ensayista. Ella, con seguridad, estuvo cargada de emoción y de enseñanzas, pues a su término la Universidad Popular González Prada acordó la remisión de un cable de condolencia a los "Soviets de Rusia", por la muerte de Lenin, acaecida el 21 de enero de 1924.

- EL EXPRESIONISMO Y EL DADAISMO*

El vulgo no cree que el arte dadaísta sea un arte defectuoso o un arte equivocado. Cree, radicalmente, que no es arte. Le niega todo derecho de ser calificado y clasificado como arte. El gusto del público está adaptado a una concepción más o menos clásica del arte; y el arte ultramoderno brota de una concepción absolutamente diversa. He citado, anteriormente, en mis notas relativas al post-impresionismo y cubismo, un certero juicio de Ortega y Gasset sobre este tema. Ortega y Gasset observa que, mientras el artista antiguo, ejercía el arte, hierática, religiosa y solemnemente, el artista nuevo lo ejerce alegre y gayamente. El artista antiguo se sentía un hierofante, un sacerdote. El artista nuevo se siente, más bien, un jugador, un juglar. El arte de nuestro tiempo tiende a asimilarse al espíritu del deporte. Los dadaístas piensan que la obra de una civilización, «el arte de la gran urbe es una costumbre, un lujo, un deporte, un excitante».

El arte ultramoderno quiere ser un arte sustancial y absolutamente nuevo. Un teórico del dadaísmo asegura que "el arte, tal vez, comienza hoy". Sostiene que el arte ha tenido hasta ahora una base práctica, consonantemente con la cultura y la educación utilitarias que lo han engendrado. Reclama para el arte una base puramente espiritual. Propugna un método abstracto, un método no práctico. Siente el arte «como una elaboración desinteresada, emanada de una conciencia superior del individuo, extraña a las cristalizaciones pasionales y a la experiencia vulgar».

Esto aparecerá muy grave, muy serio y muy filosófico. Pero es que esto pertenece a la teorización del dadaísmo; no a su ejercicio. El arte dadaísta es fundamentalmente humorista. Y es, al mismo tiempo, agudamente escéptico. Su escepticismo y su humorismo son dos de sus componentes sustantivos. Bajo este aspecto, el arte ultra-moderno no es sino una fase del fenómeno relativista. El dadaísmo es festiva e integralmente nihilista: no cree en nada; no tiene ninguna fe ni siente su falta. Ribemont Dessaignes

dice: "Dada duda de todo". Uno de los manifiestos de Francis Picabia contiene estas frases: «Dada no es nada, nada, nada. Dada es como vuestras esperanzas: nada. Como vuestro paraíso: nada. Como vuestros ídolos: nada. Como vuestros hombres políticos: nada. Como vuestros héroes: nada. Como vuestros artistas: nada. Como vuestras religiones: nada». Y el poeta Tristán Tzara, leader y fundador del dadaísmo, agrega: «Dadá se transforma, afirma, dice al mismo tiempo lo contrario, grita, pesca con caña. Dadá es el camaleón del cambio rápido e interesado. Dadá está contra lo futuro. Dadá ha muerto. Dadá es idiota. ¡Viva Dadá! Dadá no es una escuela literaria».

Este lenguaje, lector, en primer lugar, te parecerá incoherente y, en segundo lugar, no te parecerá circunspecto. Y bien, el dadaísmo es incoherente y no es circunspecto. Tú añadirás que el dadaísmo es, además, infantil, insensato y estúpido. Y los dadaístas no tendrán el menor inconveniente en suscribir tu opinión. La oposición al dadaísmo tiene esta ventaja. En la época de advenimiento del romanticismo, del realismo, etc., los fautores de estas revoluciones polemizaban arduosamente con sus adversarios. Los corifeos del dadaísmo, en cambio, se complacen en dar la razón a los suyos. «¿No comprendéis, verdad, lo que nosotros hacemos? Y bien, nosotros lo comprendemos menos todavía». La incoherencia, verbigracia, no es en el dadaísmo un defecto ni un exceso, sino un ingrediente, un elemento, un factor casi básico y esencial. No se puede ser dadaísta sin ser incoherente. La coherencia es propia de un método práctico. La coherencia se inspira en razones de comodidad y de utilidad. Y los dadaístas se proponen no subordinar a la comodidad ni a la utilidad su actividad estética.

El dadaísmo se complace, pues, en la incoherencia y en el desorden. Una greguería* -llamémosla así- de Picabia dice: «Los sentidos huelen a cebolla en las tardes». Y otra dice: «El más bello descubrimiento del hombre es el bicarbonato de soda». [* Pensamiento breve de sentido humorístico. La paternidad de las greguerías se atribuye a Ramón Gómez de la Serna].

Y veamos un ejemplo de poesía dadaísta:

«Je suis dada, a-dada-anada, anana.

Amanda n'avait q'un defaut...»*

[* Traducción literal: Yo soy dada, a-dada-anada, anana. Amanda no tenía más que un defecto].

Todo esto es demasiado insólito, demasiado nuevo, demasiado disparatado. Pero todo esto es, asimismo, muy propio de nuestro tiempo. Este género de arte es como la música negra, como el box y como otras cosas actuales, un síntoma y un producto legítimos, peculiares y espontáneos de una civilización que se disuelve y que decae. El arte se vuelve deporte, se torna

juego. Una poesía no tiene hoy más importancia que un tango. La poesía y el jazz band suelen acompañarse muy bien en este tiempo. Yo he oído en Roma a un poeta recitar sus versos acompañado al piano con música de fox-trot. Y el efecto de esta melopea snobista era bastante agradable.

No es sensato, por estos varios motivos, enfadarse dramáticamente contra dos dadaístas. El hecho de no comprenderlos no autoriza a declararlos locos. El dadaísmo es un fruto de la época. No es una invención de Tristán Tzara y Francis Picabia. Muchas cosas, muchos elementos del dadaísmo son anteriores a la aparición oficial del dadaísmo, que no data sino de 1918. Muchas greguerías de Gómez de la Serna, por ejemplo, tienen un marcado sabor dadaísta. El dadaísmo no es una consecuencia de los dadaístas. Los leaders del dadaísmo, además, son gentes de talento, cuyo arte, en sus dosis mínimas, ha empezado ya a ser administrado al público por librerías y revistas. (La Revista de Occidente aloja, frecuentemente, la firma de Jean Cocteau).

Internémonos más profundamente en el sentido del arte de hoy. Veamos, ante todo, qué es lo que separa el arte del siglo XIX y el arte del siglo XX. La característica del arte del siglo XIX es su orientación naturalista. El artista de esa orientación se sentía destinado a copiar la naturaleza, tal como la veía, sin dramatizarla y sin idealizarla. El arte se purgó, en esa época, de la retórica y la teatralidad antiguas. La escuela central del siglo XIX es la escuela impresionista, y el impresionismo es esencialmente naturalista y objetivista. Para el impresionismo, la obra de arte es una impresión de la naturaleza. El expresionismo tiene un punto de vista radicalmente antagónico y antitético. No es objetivista, sino subjetivista. El mundo de un artista expresionista es un mundo abstracto. Jorge Simmel, en su interesante ensayo sobre El Conflicto de la Cultura Moderna, define hondamente la antítesis entre el impresionismo y el expresionismo. El tema de la obra de arte impresionista es el modelo. El tema de la obra de arte expresionista es lo que el modelo sugiere, lo que el modelo suscita en el espíritu del artista. El modelo, en el arte expresionista, deja de ser específicamente un modelo. Pasa de su categoría primaria y única a una categoría secundaria. En el expresionismo el eje del arte se desplaza del objeto al sujeto. El impresionismo es sólo impresión. El expresionismo es sólo expresión. Aquí reside toda la diferencia, toda la oposición entre uno y otro arte. Dentro del concepto vigente del arte, la forma es la expresión del contenido. Dentro del concepto novísimo, la forma es todo: es forma y es contenido al mismo tiempo. La forma resulta el único fin del arte.

Muchos cuadros de estas escuelas no intentan ser sino una armonía de colores y de líneas. No representan absolutamente nada. No reproducen

ninguna figura, ningún objeto. Son tan sólo, repito, una composición caprichosa de líneas y de colores. ¿Anuncian e inician la tendencia a crear una pintura exclusivamente pictórica? A la pintura han estado, más o menos, mezcladas siempre la arquitectura, la poesía, la literatura. Es probable que ahora la pintura trate de ser únicamente pintura, ¿No se advierte, acaso, el mismo rumbo en la ciencia: en la historia, la biología, la física? Las nuevas corrientes artísticas son, como la teoría de la relatividad, un fruto de esta estación histórica.

Varias fases del arte ultra-moderno concuerdan con otras fases del espíritu y la mentalidad contemporáneas. El dadaísmo, por ejemplo, propugna la siguiente tesis artística: «Asesinemos la inteligencia si queremos comprender la belleza». Desde este punto de vista, el dadaísmo resulta un fenómeno congruente con otros fenómenos actuales. Constituye una reacción contra el intelectualismo del arte de los últimos tiempos. El arte, a causa de la influencia del período racionalista, llegó a este siglo demasiado intelectualizado. Y el arte no debe ser pensamiento, sino sentimiento; no debe ser creación consciente, sino creación subconsciente. El dadaísmo, en el lenguaje ultraísta y extremista que le es propio, arremete contra toda servidumbre del arte a la inteligencia. Y este movimiento coincide con el tramonto del pensamiento racionalista.

La raíz de esta extraña flora artística es, evidentemente, la misma de la nueva flora científica y metafísica. Un hombre de pensamiento no puede, pues, recibir únicamente con una risa idiota las extravagancias y los disparates del arte de vanguardia. Aunque tengan todo el aire de cosas grotescas, se trata, en realidad, de cosas serias.

 * Publicado en Variedades: Lima, 2 de febrero de 1924, con el título de "La extrema izquierda del arte actual: El expresionismo y el dadaísmo". Suprimida por el propio autor, el artículo empezaba con las siguientes frases: «Partamos lector, para una rápida excursión por la zona más esotérica y laberíntica del arte de nuestro tiempo: el expresionismo y el dadaísmo. Es probable que para emprender este viaje tengas el mismo temor que para emprender un vuelo. Pero debes tranquilizarte. Te puedo garantizar que, después de una travesía más o menos cómoda, volveremos a tierra. No nos marearemos, ni, mucho menos nos extraviaremos». «Sólo tienes que prepararte para una sorpresa. Probablemente, las obras del expresionismo y del dadaísmo, que conocerás durante esta excursión, no te parecerán obras de arte. Tal es la actitud natural de la mayoría de la generación contemporánea, ante las escuelas ultramodernas y sus creaciones».

- TCHITCHERIN Y LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS SOVIETS*

Rusia ha sido readmitida formalmente, después de siete años de ostracismo, en la sociedad internacional. Inglaterra, Italia, Noruega; han reconocido de Jure, al gobierno de los soviets. Otras declaraciones de reconocimiento vendrán tras de éstas. Caerán en breve del todo las últimas murallas del cerco dentro del cual las potencias capitalistas intentaron encerrar y asfixiar al sovietismo. ¡Qué lejano y qué inverosímil parece ahora el eco de aquel obcecado ¡Jamais! con que respondiera Clemenceau en la cámara francesa a todos cuantos lo invitaban a tratar con Rusia! Francia se encamina hoy, poco a poco, a la reanudación de sus relaciones con Moscú. Ha dado ya, en esta vía, varios pasos iniciales. Una delegación de la Bolsa de París ha visitado Rusia con el objeto de averiguar las posibilidades de negocios que ahí existen. El senador De Monzie se ha hecho propugnador ardoroso de un arreglo franco-ruso. Rusia ha sido invitada a la feria de Lyon. Charles Gide ha representado a los cooperatistas franceses en el reciente Jubileo de las cooperativas rusas y ha regresado a Paris lleno de simpatía por el Estado sovieta.

La política exterior de los soviets rusos ha tenido, en suma, varios éxitos sensacionales. Estos éxitos renuevan la confluencia de la curiosidad mundial alrededor de la figura del comisario de negocios extranjeros de Rusia.

Ningún personaje de la diplomacia contemporánea es tan interesante y tan singular como Tchitcherin. Su método, su procedimiento, son característicamente revolucionarios e insólitos. Durante mucho tiempo los mensajes de Tchitcherin han sido los documentos más desconcertantes y estruendosos de la vida internacional. Sobre todo en los días de la gran ofensiva europea contra los soviets, la prosa de esos documentos era una prosa polémica, cáustica, agresiva. El gobierno ruso carecía de órganos de comunicación oficial con los demás gobiernos. Se encontraba rigurosamente aislado, bloqueado. Tchitcherin, consiguientemente, se

dirigía a los gobiernos y a los pueblos no por medio de notas sino por medio de radiogramas. El ministerio de negocios extranjeros de Rusia funcionaba en una estación de telegrafía sin hilos. La diplomacia secreta, condenada teóricamente por Wilson, era prácticamente abolida por Tchitcherin. El ministro de negocios extranjeros de Rusia dialogaba con el mundo en voz alta, sin reservas, sin eufemismos, sin protocolo. Y no sólo el lenguaje de la diplomacia bolchevique tenía este carácter. Toda su técnica, todos sus sistemas, eran radicalmente nuevos, peculiarmente revolucionarios. Un día publicaban los soviets los papeles secretos de la diplomacia zarista y revelaban los tratados y los planes imperialistas de Rusia y de sus aliados. Otro día alentaban a los pueblos coloniales a la revuelta contra las potencias de Occidente. El director de esta política exterior iconoclasta y bolchevique no era, sin embargo, un advenedizo de la diplomacia, un individuo sin entrenamiento ni antecedentes diplomáticos. Tchitcherin es —dato notorio— un diplomático de carrera. Antes de 1908, antes de que su filiación ideológica lo obligara a dejar la mullida vida mundana y a entregarse a la tumultuosa vida revolucionaria, Tchitcherin sirvió en la diplomacia rusa. Además, aristócrata de nacimiento, es un individuo de prestancia y educación mundanas. El bolchevismo de su diplomacia resulta, por tanto, un fenómeno muy espontáneo, muy sincero, muy original.

La historia de la política exterior de los soviets se divide en dos capítulos. El primero es breve. Corresponde al paso de Trotsky por el comisariato de negocios extranjeros. Y se cierra con la resistencia de Trotsky a la aceptación por Rusia de las condiciones de paz del militarismo alemán. Trotsky quiso entonces que Rusia asumiera ante Alemania una actitud tolstoyana: que rasgase el tratado marcialmente dictado por los generales de Alemania y que desafiase románticamente la invasión de su territorio. Lenin, con ese sagaz y vidente sentido del deber histórico de la revolución que casi todos sus críticos le reconocen, sostuvo la necesidad dolorosa e inevitable de capitular. Trotsky se trasladó en esa ocasión a un escenario más adecuado a su temperamento y a su capacidad organizadora: el ministerio de guerra. Y Tchitcherin se encargó del ministerio de negocios extranjeros. Timoneada por Tchitcherin, la política exterior de Rusia ha seguido, sin desviación y sin impaciencia, una dirección al mismo tiempo realista y rectilínea. La actitud de los soviets ante los estados capitalistas, durante estos cinco años de debate diplomático, no se ha modificado sustancialmente en ningún momento. Tchitcherin la definía y la explicaba así en julio de 1921: "Los fundamentos de nuestra política económica actual fueron establecidos desde el primer año de nuestra existencia. Esta idea de relaciones económicas ha sido siempre nuestra idea favorita. No hemos sido nosotros quienes hemos inventado el alambre con púas del

cercos económicos. El heroísmo del ejército rojo ha hecho caer esta barrera y, por consiguiente, el sistema contenido en el fondo de nuestro pensamiento, y que nosotros habíamos expresado varias veces en nuestras notas y declaraciones, vuelve a ser, del modo más natural, una realidad inmediata, la política misma de nuestros enemigos ha contribuido a este resultado. Los hombres de Estado más clarividentes del mundo capitalista, o sea los de Inglaterra, han comprendido desde hace largo tiempo que no conseguirían aplastarnos por la fuerza de las armas. Esperan domesticarnos por el comercio. Esta es la táctica oficialmente confesada por Lloyd George. Nosotros no tenemos sino que prestarnos a ella, puesto que desde un principio hemos querido relaciones comerciales. Hemos mordido voluntariamente el cebo. Nuestra vía se ha confundido con la de Lloyd George. Ambos queremos comercio. Queremos, como dicen los ingleses, *peace and trade*. Son únicamente las perspectivas del porvenir las que difieren. Nosotros aguardamos la disgregación del sistema capitalista. Lloyd George aguarda nuestro amansamiento. ¿Qué les importa a los ingleses que nuestras esperanzas sean otras, si prácticamente nosotros queremos la misma cosa que ellos? Comercieemos juntos, como unos y otros deseamos, que en cuanto al buen fundamento de nuestras esperanzas el porvenir decidirá".

Rusia ha conseguido hoy su reconocimiento por Inglaterra en condiciones mejores todavía de las que habría aceptado en 1919 o 1921. Los términos del reconocimiento de Inglaterra no comportan para el gobierno de los soviets ningún sacrificio, ninguna obligación onerosa. Ramsay Mac Donald ha adoptado la siguiente fórmula: primero, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas; después el arreglo de las cuestiones pendientes. El reconocimiento del gobierno comunista no ha sido el precio de especiales concesiones de Rusia a Inglaterra. Y en la primera cláusula del tratado italo-ruso, Italia declara que reconoce ampliamente al gobierno de los soviets, sin que las demás cláusulas le aseguren en Rusia ventajas contrarias a la constitución comunista.

Estos hechos son trascendentes porque el conflicto entre los estados capitalistas y la Rusia de los Soviets nace del carácter de la constitución rusa. Los soviets representan un régimen antagónico y opuesto en su esencia al régimen capitalista. Constituyen la actuación del socialismo y de su doctrina sobre la propiedad. Los motivos concretos y sustantivos de la resistencia de los Estados capitalistas a la admisión de la Rusia soviética en la sociedad internacional son, precisamente, estos dos: el repudio ruso de la deuda externa del zarismo y la socialización de las tierras y de las fábricas sin indemnización a los propietarios extranjeros.

Conviene, acaso, recordar algunos aspectos de la beligerancia entre Rusia y la Entente. Aparentemente esta ruptura, o mejor dicho su violencia, fue efecto de la defección de Rusia de la lucha contra Alemania. Mas la verdad es que los bolcheviques suscribieron el tratado de paz empujados por la actitud de la Entente respecto a su gobierno. Durante los primeros meses de la revolución, los soviets se mostraron dispuestos a llegar a un acuerdo con la Entente; pero demandaron, naturalmente, que la Entente declarase su programa de paz y que este programa estuviese exento de toda intención imperialista. La diplomacia aliada se negó a toda discusión de estos tópicos. Sus embajadas se quedaron en Rusia no para tratar con los soviets sino para sabotearlos y socabarlos, rehusando toda colaboración con ellos y alentando todos los complots reaccionarios de la aristocracia y de la burguesía rusas. Únicamente el capitán Jacques Sadoul, adjunto de la embajada francesa, y algún otro diplomático aliado trabajaron lealmente por una inteligencia entre la Entente y los soviets. Los demás miembros de las embajadas miraban en los bolcheviques unos detentadores transitorios, anecdóticos y bizarros del gobierno de Rusia.

La actitud aliada ante los soviets, en suma, estuvo dictada, integralmente, por razones políticas. Las democracias inglesa y francesa que no habían tenido inconveniente en aliarse con la autocracia zarista, se resistían a aceptar su sustitución por una dictadura proletaria. Ensayaron, por esto, todos los medios posibles para sofocar la revolución rusa. Abastecieron de armas y de dinero todas las tentativas revolucionarias. Movilizaron contra los soviets ejércitos polacos y tcheco-eslavos. Francia no tuvo reparo en reconocer como gobierno legítimo de Rusia el del general Wrangel que, poco tiempo después de ese espaldarazo solemne, liquidó ridículamente su aventura reaccionaria.

Sólo el fracaso sucesivo de todas estas expediciones y del bloqueo concebido por la imaginación felina de Clemenceau, indujo, poco a poco, a las potencias aliadas a negociar y transigir con los bolcheviques. Inglaterra e Italia fueron las primeras en propugnar esta nueva política, cuya manifestación inaugural fue la invitación de Rusia a la conferencia de Génova. La conferencia de Génova, una vez eliminada de su programa la cuestión de las reparaciones, resultó entera aunque baldíamente destinada a la cuestión rusa. Francia se opuso ahí obstinadamente a todo arreglo con Rusia que no reposase sobre una rendición total de los soviets. Pero, al margen de la conferencia, se produjo un acontecimiento importante. Alemania suscribió en Rapallo un tratado de paz y de amistad con Rusia. Ese tratado era el primer reconocimiento de los soviets por un Estado capitalista. Frustraba el frente único del régimen capitalista contra el bolchevismo. Luego, la conferencia de Génova tuvo como epílogo la

reunión de La Haya, donde la esperanza de un acuerdo conjunto de Europa con Rusia se desvaneció totalmente. Inglaterra anunció entonces su voluntad de entrar en negociaciones separadas con los soviets. La misma idea se abrió paso en Italia. Los estados capitalistas, convencidos de la solidez del nuevo régimen, sintieron crecientemente la necesidad de entenderse con él. Rusia es un in-menso depósito de materias primas y productos alimenticios y un rico mercado para los productos de la industria occidental. En el comercio con Rusia, la industria inglesa y la industria italiana miran, un remedio para su crisis y su chômage.

El factor principal de la nueva política de Europa ante los soviets rusos reside, así, en los intereses de la industria y del comercio europeos. Pero no es un factor negligible la presión socialista y democrática. Al sentimiento conservador le ha repugnado invariablemente el reconocimiento de Rusia, aunque haya advertido su necesidad y su conveniencia. Ese acto no ha podido ser cumplido cómodamente por estadistas educados en el antiguo concepto jurídico de la propiedad. Acabamos de ver que Baldwin, en la cámara de los comunes, ha criticado a Mac Donald por el reconocimiento de Rusia. Lloyd George y Asquith habrían llegado al reconocimiento; pero después de algunos rodeos y con no pocas reservas. El Labour Party, en cambio, no ha tenido ningún embarazo mental ni doctrinario para tender la mano a Rusia porque, cualesquiera que sean su oportunismo, y su minimalismo, es un partido socialista, en cuyo programa, entre otras cosas, está inscrita la nacionalización de las minas y de los ferrocarriles.

La trayectoria de la Revolución Rusa se asemeja, desde este y otros puntos de vista, a la trayectoria de la Revolución francesa. Pero el proceso de esta revolución es más acelerado. La Revolución Rusa ha pasado ya el episodio de la Santa Alianza. Concluye su jornada guerrera. Y entra en un período en que los estados conservadores se avienen a una convivencia pacífica con los estados revolucionarios.

* Publicado en Variedades, Lima, 23 de Febrero de 1924.

- LA MUJER Y LA POLITICA*

Uno de los acontecimientos sustantivos del siglo veinte es la adquisición por la mujer de los derechos políticos del hombre, Gradualmente hemos llegado a la igualdad política y jurídica de ambos sexos. La mujer ha ingresado en la política, en el parlamento y en el gobierno. Su participación en los negocios públicos ha dejado de ser excepcional y extraordinaria. En el ministerio laborista de Ramsay Mac Donald una de las carteras ha sido asignada a una mujer, Miss Margarita Bondfield, que asciende al gobierno después de una laboriosa carrera política: ha representado a Inglaterra en las Conferencias Internacionales del Trabajo de Washington y Ginebra. Y Rusia ha encargado su representación diplomática en Noruega a Alexandra Kollontay, ex-Comisaria del pueblo en el gobierno de los soviets.

Miss Bondfield y Mme. Kollontay son, con este motivo, dos figuras actualísimas de la escena mundial. La figura de Alexandra Kollontay, sobre todo, no tiene sólo el interés contingente que le confiere la actualidad. Es una figura que desde hace algunos años atrae la atención y la curiosidad europea.

Y mientras Margarita Bondfield no es la primera mujer que ocupa un ministerio de Estado, Alexandra Kollontay es la primera mujer que ocupa la jefatura de una legación.

Alexandra Kollontay es una protagonista de la Revolución Rusa. Cuando se inauguró el régimen de los soviets tenía ya un puesto de primer rango en el bolchevismo. Los bolcheviques la elevaron, casi inmediatamente, a un comisariato del pueblo, el de higiene, y le dieron, en una oportunidad, una misión política en el extranjero. El capitán Jacques Sadoul, en sus memorias de Rusia, emocionante crónica de las históricas jornadas de 1917 a 1918, la llama la Virgen Roja de la Revolución.

A la historia de la Revolución Rusa se halla, en verdad, muy conectada la

historia de las conquistas del feminismo. La constitución de los soviets acuerda a la mujer los mismos derechos que al hombre. La mujer es en Rusia electora y elegible. Conforme a la constitución, todos los trabajadores, sin distinción de sexo, nacionalidad ni religión, gozan de iguales derechos. El Estado comunista no distingue ni diferencia los sexos ni las nacionalidades; divide a la sociedad en dos clases: burgueses y proletarios. Y, dentro de la dictadura de su clase, la mujer proletaria puede ejercer cualquier función pública. En Rusia son innumerables las mujeres que trabajan en la Administración nacional y en las administraciones comunales. Las mujeres, además, son llamadas con frecuencia a formar parte de los tribunales de justicia. Varias mujeres, la Krupskaia y la Menjinskaia, por ejemplo, colaboran en la obra educacional de Lunatcharsky. Otras intervienen conspicua-mente en la actividad del partido comunista y de la Tercera Internacional, Angélica Balabanoff, verbigracia.

Los soviets estiman y estimulan grandemente la colaboración femenina. Las razones de esta política feminista son notorias. El comunismo encontró en las mujeres una peligrosa resistencia. La mujer rusa, la campesina principalmente, era un elemento espontáneamente hostil a la revolución. A través de sus supersticiones religiosas, no veía en la obra de los soviets sino una obra impía, absurda y herética. Los soviets comprendieron, desde el primer momento, la necesidad de una sagaz labor de educación y adaptación revolucionaria de la mujer. Movilizaron, con este objeto, a todas sus adherentes y simpatizantes, entre las cuales se contaban, como hemos visto, algunas mujeres de elevada categoría mental.

Y no sólo en Rusia el movimiento feminista aparece marcadamente solidarizado con el movimiento revolucionario. Las reivindicaciones feministas han hallado en todos los países enérgico apoyo de las izquierdas. En Italia, los socialistas han propugnado siempre el sufragio femenino. Muchas organizadoras y agitadoras socialistas proceden de las filas del sufragismo. Silvia Pankhurst, entre otras, ganada la batalla sufragista, se ha enrolado en la extrema izquierda del proletariado inglés.

Mas las reivindicaciones victoriosas del feminismo constituyen, realmente, el cumplimiento de una última etapa de la revolución burguesa y de un último capítulo del ideario liberal. Antiguamente, las relaciones de las mujeres con la política eran relaciones morganáticas. Las mujeres, en la sociedad feudal, no influyeron en la marcha del Estado sino excepcional, irresponsable e indirectamente. Pero, al menos, las mujeres de sangre real podían llegar al trono. El derecho divino de reinar podía ser heredado por hembras y varones. La Revolución Francesa, en cambio, inauguró un

régimen de igualdad política para los hombres; no para las mujeres. Los Derechos del Hombre podían haberse llamado, más bien, Derechos del Varón. Con la burguesía las mujeres quedaron mucho más eliminadas de la política que con la aristocracia. La democracia burguesa era una democracia exclusivamente masculina. Su desarrollo tenía que resultar, sin embargo, intensamente favorable a la emancipación de la mujer. La civilización capitalista dio a la mujer los medios de aumentar su capacidad y mejorar su posición en la vida. La habilitó, la preparó para la reivindicación y para el uso de los derechos políticos y civiles del hombre. Hoy, finalmente, la mujer adquiere estos derechos. Este hecho, apresurado por la gestación de la revolución proletaria y socialista, es todavía un eco de la revolución individualista y jacobina. La igualdad política, antes de este hecho, no era completa, no era total. La sociedad no se dividía únicamente en clases sino en sexos. El sexo confería o negaba derechos políticos. Tal desigualdad desaparece ahora que la trayectoria histórica de la democracia arriba a su fin.

El primer efecto de la igualación política de los varones y las mujeres es la entrada de algunas mujeres de vanguardia en la política y en el manejo de los negocios públicos. Pero la trascendencia revolucionaria de este acontecimiento tiene que ser mucho más extensa. A los trovadores y los enamorados de la frivolidad femenina no les falta razón para inquietarse. El tipo de mujer, producido por un siglo de refinamiento capitalista, está condenado a la decadencia y al tramonto. Un literato italiano, Pitigrilli, clasifica a este tipo de mujer contemporánea como un tipo de mamífero de lujo. Y bien, este mamífero de lujo se irá agotando poco a poco. A medida que el sistema socialista reemplace al sistema individualista, decaerán el lujo y la elegancia femeninas. Paquín y el socialismo son incompatibles y enemigos. La humanidad perderá algunos mamíferos de lujo; pero ganará muchas mujeres. Los trajes de la mujer del futuro serán menos caros y suntuosos; pero la condición de esa mujer será más digna. Y el eje de la vida femenina se desplazará de lo individual a lo social. La moda no consistirá ya en la imitación de una Mme. Pompadour ataviada por Paquin. Consistirá, acaso, en la imitación de una Mme. Kollontay. Una mujer, en suma, costará menos, pero valdrá más.

Los literatos enemigos del feminismo temen que la belleza y la gracia de la mujer se resientan a consecuencia de las conquistas feministas. Creen que la política, la universidad, los tribunales de justicia, volverán a las mujeres unos seres poco amables y hasta antipáticos. Pero esta creencia es infundada. Los biógrafos de Mme. Kollontay nos cuentan que, en los dramáticos días de la revolución rusa, la ilustre rusa tuvo tiempo y disposición espiritual para enamorarse y casarse. La luna de miel y el

ejercicio de un comisariato del pueblo no le parecieron absolutamente inconciliables ni antagónicos.

A la nueva educación de la mujer se le deben ya varias ventajas sensibles. La poesía, por ejemplo, se ha enriquecido mucho. La literatura de las mujeres tiene en estos tiempos un acento femenino que no tenía antes. En tiempos pasados la literatura de las mujeres carecía de sexo. No era generalmente masculina ni femenina. Representaba a lo sumo un género de literatura neutra. Actualmente, la mujer empieza a sentir, a pensar y a expresarse como mujer en su literatura y en su arte. Aparece una literatura específica y esencialmente femenina. Esta literatura nos descubrirá ritmos y colores desconocidos. La Condesa de Noailles, Ada Negri, Juana de Ibarbourou, ¿no nos hablan a veces un lenguaje insólito, no nos revelan un mundo nuevo?

Félix del Valle tiene la traviesa y original intención de sostener en un ensayo que las mujeres están desalojando a los hombres de la poesía. Así como los han reemplazado en varios trabajos, parecen próximas a reemplazarlos también en la producción poética. La poesía, en suma, comienza a ser oficio de mujeres.

Pero ésta es, en verdad, una tesis humorística. No es cierto que la poesía masculina se extinga, sino que por primera vez se escucha una poesía característicamente femenina. Y que ésta le hace a aquellas, temporalmente, una concurrencia muy ventajosa.

* Publicado en Variedades, Lima, 15 de marzo de 1924.

- DON MIGUEL DE UNAMUNO Y EL DIRECTORIO*

Los intelectuales españoles han contribuido activamente al socavamiento del viejo régimen, a la descalificación de sus métodos y al descrédito de sus políticos. Se les atribuye, por esto, una participación sustantiva en la génesis de la actual dictadura. Y se juzga el advenimiento del Directorio como un suceso incubado al calor de sus conceptos.

¿Cómo es posible, entonces, que el Directorio libre contra esos intelectuales su más encarnizada batalla? La explicación es clara. Entre esos intelectuales y los generales del Directorio no existe ningún parentesco espiritual. Los intelectuales españoles denunciaron la incapacidad del régimen viejo y la corrupción de los partidos turnantes. Y propugnaron un régimen nuevo. Su actividad, voluntariamente o no, fue una actividad revolucionaria. El Directorio, en tanto, es un fenómeno inconfundible e inequívocamente reaccionario. Su objeto preciso es impedir que la revolución se actúe: su función es sustituir, en la defensa del viejo orden social, la complicada y desgastada autoridad del gobierno representativo y democrático con la autoridad tudente del gobierno absoluto y autocrático.

Los intelectuales y los militares españoles no han coincidido, en suma, sino en la constatación de la ineptitud del antiguo sistema. El móvil de esa constatación ha sido diverso. Los intelectuales han juzgado a la antigua clase gobernante inepta para adaptarse a la nueva realidad histórica: los militares la han juzgado inepta para defenderse de ella. El malestar de España era diagnosticado por unos y por otros desde puntos de vista inconciliables y enemigos. Los intelectuales condenaban a las averiadas facciones liberales; pero no propugnaban la exhumación de las facciones absolutistas, tradicionalistas. Se declaraban descontentos y quejosos del presente; pero no sentían ninguna nostalgia del pasado.

La propaganda y la crítica de los intelectuales ha aportado, a lo más, un

elemento negativo, pasivo, a la formación del movimiento de setiembre. Y, luego, los intelectuales no han saludado a los generales del Directorio como a los representantes de una clase política vital sino como a los sepultadores de una clase política decrepita.

El conflicto entre los intelectuales y el Directorio no ha tardado, por todo esto, en manifestarse. Además, el programa, la actitud y la fisonomía del nuevo gobierno han disgustado particularmente a los intelectuales desde que se han empezado a bosquejar. La composición de la clientela del Directorio ha desvanecido rápidamente en los menos perspicaces toda ilusión sobre el verdadero carácter de esta dictadura de generales. Exhumando a los más rancios y manidos personajes tradicionalistas, recurriendo a su asistencia y consejo, complaciéndose de su adhesión y de su amistad, el Directorio ha descubierto a toda España su estructura y su misión reaccionarias. Se ha inhabilitado para merecer o recibir la adhesión de la gente sin filiación y propensa a enamorarse de la primera novedad, estruendosa y afortunada.

Los intelectuales se han visto empujados a un disgusto creciente. El Directorio se ha defendido de su crítica sometiendo a la prensa a una censura estricta. Pero la prensa no es la única ni la más pura tribuna del pensamiento. Desterrada de los periódicos y las revistas, la crítica de los intelectuales se ha refugiado en la Universidad y en el Ateneo. Y, no obstante la limitación de estos escenarios, su resonancia ha sido tan extensa, ha encontrado un ambiente tan favorable a su propagación que el Directorio ha sentido la necesidad de perseguirla y reprimirla extremadamente. Así han desembocado el Directorio y sus opositores en el conflicto contemporáneo.

Los actuales ataques del Directorio a la libertad de pensamiento, de prensa, de cátedra, etc., aparecen como una consecuencia de su política y de su función reaccionarias. No son medios ni resortes extraños a su praxis y a su ideario: sino congruentes y propios de éste y de aquélla. La reacción no ha usado en otros países coacciones y persecuciones tan violentas contra la libre actividad de la inteligencia porque no ha chocado con tanta resistencia de ésta. Más aún, en otros países la reacción ha sabido crear estados de ánimo populares, ha sabido representar una pasión multitudinaria. En Italia, por ejemplo, el fascismo ha sido un movimiento de muchedumbres intoxicadas de sentimientos chauvinistas e imperialistas, y sagazmente excitadas contra el socialismo y el proletariado. Timoneado por expertos demagogos y diestros agitadores, el fascismo ha movilizó contra la revolución a la clase media, cuyas pasiones y sentimientos ha explotado redomadamente. Ahí, por tanto, la reacción ha dispuesto de los recursos

morales precisos para contar con una numerosa clientela intelectual. En Francia ha acontecido otro tanto. La victoria ha generado una atmósfera favorable al desarrollo de un ánimo y una conciencia reaccionarias. Consiguientemente, una numerosa categoría intelectual ha tomado abiertamente partido contra la revolución. La reacción en éstos y otros países ha conseguido captarse la adhesión o la neutralidad de una extensa zona intelectual. No se ha visto, por tanto, urgida a atacar los fueros de la inteligencia. En España, en cambio, el gobierno reaccionario no ha brotado de una corriente organizada de opinión ciudadana. Ha sido obra exclusiva de las juntas militares, progresivamente rebeladas contra el poder civil. Los somatenes no han tenido como los fasci* la virtud de atraerse masas fanáticas y delirantes de voluntarios. La reacción española, en suma, ha carecido de los elementos psicológicos y políticos necesarios para formarse un séquito intelectual importante. [*Fascistas].

Pero estas consideraciones sobre la posición del pensamiento español ante el Directorio no definen, no contienen totalmente el caso de Unamuno. Unamuno no cabe dentro de un juicio global, panorámico, sobre la generación española a que pertenece. Una de las características de su inteligencia es la de tener un perfil muy personal, muy propio. A Unamuno no se le puede clasificar, no se le puede catalogar fácilmente como a un escritor de tal género y de tal familia. El pensamiento de Unamuno no sólo tiene mucho de individualista sino, sobre todo, de individual. Unamuno, de otro lado, no es una de las grandes inteligencias de España sino de Europa, de Occidente. Su obra no es nacional sino europea, mundial. A ningún escritor español contemporáneo se conoce y se aprecia tanto en Europa como a Unamuno. Y este hecho no carece de significación. Indica, antes bien, que la obra de Unamuno refleja inquietudes, preocupaciones y actitudes actuales del pensamiento mundial. La literatura de otros escritores españoles -de Azorín, verbigracia- que encuentra en Sudamérica un ambiente tan favorable, no logra interesar seriamente a la crítica y a la investigación europea. Apenas si la conoce y la explora uno que otro erudito.

Aparece construida con elementos demasiado locales. Es, fuera de España, una literatura inactual y secundaria. Sus filtraciones europeas no han sido, pues, abundantes. Recuerdo la opinión de un crítico francés que ve en la obra de Azorín y de otros nada más que una prolongación y un apéndice de la obra de Larra. Larra, Azorín, etc., traducen una España malhumorada, malcontenta, melancólica, aislada de las corrientes espirituales del resto de Europa. Unamuno, en tanto, asume ante la vida una actitud original y nueva. Sus puntos de vista tienen una señalada afinidad espiritual con los puntos de vista de otros actualísimos escritores europeos. Su filosofía

paradójica y subjetiva es una filosofía esencialmente relativista. Su arte tiende a la creación libre de la ficción; no se dirige a la traducción objetiva y patética de la realidad, como quería el decaído y superado gusto realista y naturalista. Unamuno, afirmando su orientación subjetivista, ha dicho alguna vez que Balzac no pasaba su tiempo anotando lo que veía o escuchaba de los otros, sino que llevaba el mundo dentro de sí. Y bien, esta manera de pensar y de sentir es muy siglo veinte y es "muy moderna, audaz, cosmopolita".

Unamuno no es ortodoxamente revolucionario, entre otras cosas porque no es ortodoxamente nada, No se compeadece con su agreste individualismo el ideario más o menos rígido de un partido ni de una agrupación. Hace poco, respondiendo a una carta de Rivas Cherif que lo invitaba precisamente a presidir la acción de la intelectualidad joven, Unamuno escribía, entre otros conceptos, que «recababa la absoluta independencia de sus actos». Estas razones psicológicas han alejado a Unamuno de las muchedumbres y de sus reivindicaciones. Pero el pensamiento de Unamuno ha tenido siempre un sentido revolucionario. Su influencia, sobre todo, ha sido hondamente revolucionaria. Últimamente, la política del Directorio había empujado a Unamuno más marcadamente aún hacia la Revolución. Su repugnancia intelectual y espiritual a la reacción y a su despotismo opresor de la Inteligencia, lo había aproximado al proletariado y al socialismo. Una de sus más recientes actitudes ha sido socialista o, al menos, filosocialista. En este punto de su trayectoria lo han detenido el ultraje y la agresión brutales del Directorio.

José Ortega y Gasset, a propósito de la muerte de Mauricio Barrés, dice que la entrada de un literato en la política acusa escrúpulos de conciencia estéticos. El argumento está muy seductoramente sostenido -como están siempre los argumentos de Ortega y Gasset- en un artículo ágil y elegante. Pero no es verdadero ni aun respecto de los literatos y artistas específicos. En los períodos tempestuosos de la historia, ningún espíritu sensible a la vida puede colocarse al margen de la política. La política en esos períodos no es una menuda actividad burocrática, sino la gestación y el parto de un nuevo orden social. Así como nadie puede ser indiferente al espectáculo de una tempestad, nadie tampoco puede ser indiferente al espectáculo de una Revolución. La infidelidad al arte no es en estos casos una cuestión de flaqueza estética sino una cuestión de sensibilidad histórica. Dante intervino arduosamente en la política y esa intervención no disminuyó, por cierto, el caudal ni la prestancia de su poesía. A los casos en que Ortega y Gasset apoya capciosamente su tesis se podría oponer innumerables casos que válidamente la aniquilan. ¿El contenido de la obra de Wagner no es, acaso, eminentemente político? ¿Y el pintor Courbet comprometió acaso, con su participación en la Comuna de París, algo de su calidad estética? Actualmente, la trama del teatro de Bernard Shaw es una trama política. La Inteligencia y el Sentimiento no pueden ser apolíticos. No pueden serlo sobre todo en una época principalmente política. La gran emoción contemporánea es la emoción revolucionaria. ¿Cómo puede entonces, un artista, un pensador, ser insensible a ella? ¡Pobres almas ramplonas, impotentes, femeninas, aquéllas que se duelen de que

don Miguel de Unamuno haya abandonado la solemne austeridad de su cátedra de Salamanca para intervenir, batalladora y gallardamente, en la política de su pueblo! Nunca la personalidad de Unamuno ha sido tan admirable, tan mundial, tan contemporánea y tan fecunda.

* Publicado en Variedades: Lima, 19 de Marzo de 1924.

- LAS ELECCIONES ITALIANAS Y LA DECADENCIA DEL LIBERALISMO*

La hora es de fiesta para los fautores y admiradores de Mussolini y las "camisas negras". Los filofascistas de todos los climas y todas las latitudes recogen, exultantes, los ecos fragmentarios de las elecciones italianas que, exultante también, les trae el cable. Aclaman estruendosa y delirantemente la victoria del fascismo. El júbilo de los reaccionarios es natural y es lícito. No hay interés en contrastarlo. No hay interés en remarcarlo siquiera. Pero ocurre que en este coro filofascista se mezclan y confunden con los secuaces de la reacción muchos adherentes de la democracia. Una buena parte del centro se asocia al regocijo de la derecha. Y esta actitud si es acreedora de atención y estudio. Sus raíces y sus orígenes son muy interesantes.

El liberalismo y la democracia han renegado, ante el fascismo, su teoría y su praxis. Su capitulación ha sido plena. Su apostasía ha sido total. El liberalismo y la democracia se han dejado desalojar, dominar y absorber por el fascismo. El fascismo, en sus métodos, en su programa y en su función, es esencialmente anti-democrático. Los extremistas del fascismo propugnan abiertamente el absolutismo y la dictadura. Mussolini se ha apoderado del poder mediante la violencia y ha anunciado su intención de conservarlo sin cuidarse de la voluntad del parlamento ni del sufragio. Y los partidos de la democracia, sin embargo, no le han negado ni le han regateado casi su adhesión. Se han entregado incondicional y rendidamente al dictador. La mayoría de la cámara extinta era liberal-democrática. Mussolini la tuvo, no obstante esto, a sus órdenes. Consiguió de ella los poderes extraordinarios que necesitaba para gobernar dictatorially, la sanción de los desmanes y desbordes de su política represora y reaccionaria y una ley electoral adecuada a la formación de un parlamento fascista. Y obtuvo del liberalismo y de la democracia la misma obediencia en todas partes. La prensa liberal, seducida o asustada por los fascistas, cayó, poco a poco, en la más categórica retractación de su ideario. Apenas si "Il Corriere della Sera" de Milán, "Il Mondo" de Roma y algún otro órgano del

liberalismo opusieron alguna resistencia al régimen fascista.

La actitud de los liberales y demócratas de fuera de Italia coincide, pues, con la de los liberales y demócratas de dentro. El liberalismo y la democracia tienen el mismo gesto ante la fuerza y el bastón fascistas, tanto si sufren como si no sufren la coacción de sus amenazas y de sus golpes.

Las elecciones italianas, en verdad, significan, más que una derrota de la revolución, una derrota del liberalismo y la democracia. Constituyen una fecha de su decadencia, un instante de su tramonto. Marcan una rendición explícita de los liberales italianos al fascismo. Los partidos liberal-democráticos han concurrido a estas elecciones uncidos mansa y resignadamente al carro de la dictadura fascista. Orlando, después de algunas coqueterías y reservas, ha figurado en la lista de candidatos ministeriales. Una parte de los demócratas cristianos ha desertado de las filas de Don Sturzo para enrolarse en las de Mussolini. Giolitti, con su sólita astucia, ha querido diferenciar su candidatura de las del fascismo, presentándose con sus amigos piemonteses en una lista independiente: pero ha hecho plenas protestas de su confianza en el régimen fascista. La oposición liberal ha estado representada únicamente por Bonomi, leader de un pequeño grupo reformista y Amendola, uno de los tenientes de Nitti. Nitti se ha abstenido de intervenir en las elecciones.

La victoria fascista, aparece, pues, en primer lugar, como una consecuencia de la descomposición y la abdicación del liberalismo. Los liberales italianos no sólo no han sabido ni han querido distinguirse en las elecciones de los fascistas sino que, como estos, se han uniformado de "camisa negra". Su proselitismo, por consiguiente, se ha desbandado o se ha confundido con el del régimen fascista. La mayoría de aquellos electores antiguos y habituales clientes de la democracia se ha sentido inclinada a dar su voto al fascismo. El liberalismo se ha presentado esta vez a sus ojos como una doctrina exangüe, superada, vacilante.

Pero este no ha sido sino uno de los elementos de la victoria fascista. Otro elemento principal ha sido la nueva ley de elecciones. Las elecciones de 1919 y 1921 efectuaron en Italia conforme al régimen proporcional. Este régimen asegura a cada partido en el parlamento una posición que refleja matemática-mente su posición en la masa electoral. El fascismo lo consideró contrario a sus intereses. Y, en la nueva ley electoral, tornó Italia al antiguo sistema, que garantiza a la mayoría un predominio aplastante en el parlamento.

Las elecciones, además, se han realizado dentro de un ambiente preparado

por varios años de coacción y de violencia. Antes de la "marcha a Roma" los fascistas destruyeron una gran parte de las cooperativas, periódicos, sindicatos y demás instrumentos de propaganda socialista. Inaugurada su dictadura, usaron y abusaron de todos los resortes del poder para sofocar esa propaganda. El fascismo, por ejemplo, ha puesto la libertad de la prensa en manos de sus prefectos. La libertad de opinión en general ha tenido los límites que le han fijado el bastón y el aceite de ricino abundantemente empleados por los fascistas contra sus adversarios. Mientras el fascismo ha movilizado para estas elecciones todas sus fuerzas legales y extra-legales, la oposición casi no ha dispuesto de medios de organización ni de propaganda.

Por consiguiente, tiene mucho valor el hecho de que, en este período de retirada y retroceso revolucionarios, los socialistas hayan conquistado sesenta y cinco asientos en la cámara (Veintiséis asientos han sido ganados por los socialistas maximalistas y diecisiete por los comunistas). Los tres partidos socialistas han alcanzado, en total, un millón cien mil votos. Trescientos mil de estos votos pertenecen a los comunistas que en la nueva cámara tienen uno o dos puestos más que en la vieja. Mas disminuida que la representación socialista ha salido la representación católica. Los socialistas, en conjunto, eran 136 en la cámara vieja; son 65 en la cámara nueva. Los católicos eran 109 en la cámara vieja; en la cámara nueva no son sino 39. Y los grupos liberal-democráticos no incorporados en el bloque ministerial han conquistado una representación menor todavía. Además, tanto estos grupos como la democracia cristiana de Don Sturzo, no son verdaderos partidos de oposición. En la democracia cristiana, sólo la fracción de izquierda Mauri-Miglioli tiene un tinte acentuadamente anti-fascista.

Las fuerzas de la democracia y del liberalismo italianos resultan, así, plegadas y rendidas al fascismo. Pero el fascismo se encuentra sometido al trabajo de digerirlas y assimilarlas. Y la absorción de los liberales y demócratas no es para los fascistas una función fácil ni inocua. Los fascistas, que en sus días de ardimiento demagógico, proclamaban su propósito de desalojar radicalmente del gobierno a los políticos del antiguo régimen, no se atreven ahora a prescindir de su colaboración. Acontece, a este respecto, en Italia, algo de lo que acontece en España. La dictadura ha anunciado estruendosamente, en un principio, el ostracismo, la segregación definitiva de los viejos políticos; pero ha concluido, después, por recurrir a los más fosilizados y arcaicos de ellos. Los fascistas, en las elecciones recientes, no han querido ni han podido formular una lista de candidatos neta y exclusivamente fascista. Han tenido que incluir entre sus candidatos a muchos liberales, demócratas y católicos. La lista vencedora es una lista

ministerial; pero no es íntegramente una lista fascista. Ciento veinte de los cuatrocientos diputados de la mayoría fascista no están afiliados al fascismo. A todos estos diputados el fascismo les ha impuesto sus tesis reaccionarias; pero no puede incorporarlos en su cortejo sin adquirir y sin contagiarse de algunos de sus hábitos mentales. La asimilación de la burocracia liberal y democrática modificará la estructura y la actitud del fascismo. Se advierte, desde hace algún tiempo, en el fascismo, la existencia de una tendencia acentuadamente revisionista. Esta tendencia ha sido, en los primeros momentos, excomulgada por el estado mayor fascista. Pero ha aparecido tácitamente amparada por el propio Mussolini. El caso de Massimo Rocca es el incidente más notorio de este proceso revisionista. Massimo Rocca, ex-anarquista, conspicuo teniente de Mussolini, publicó algunos artículos que preconizaban la vuelta a la legalidad y condenaban la persistencia en el fascismo de un humor beligerante y demagógico. El directorio fascista censuró y expulsó del fascismo a Massimo Rocca; pero bajo la presión de Mussolini tuvo que reconsiderar su acuerdo. La tendencia revisionista, posteriormente, se ha acentuado. El fascismo tiende cada día más a adaptarse a las formas que antes quiso romper. Y si hoy exulta es, en parte, porque siente que estas elecciones legalizan, regularizan su ascensión al poder. Se habla, actualmente, de que el fascismo va cediendo el puesto al mussolinismo. Y de que el actual gobierno de Italia es más mussolinista que fascista.

Este rumbo de la política fascista era fatal. El fascismo no es una doctrina; es un movimiento. Por más esfuerzos que ha hecho, no ha conseguido trazarse un programa ni una vía netamente fascistas. No hay ni puede haber una ideario fascista. Los fascistas, naturalmente, creen que el fascismo contiene no sólo una nueva concepción política sino hasta una nueva concepción filosófica. (La marcha a Roma tiene para ellos una importancia cósmica). Mas una opinión tan autorizada para el fascismo, como la de Benedetto Croce, se ha burlado exquisitamente de esa pretensión. Interrogado por un órgano fascista "Il Corriere Italiano", Benedetto Croce ha declarado: "En verdad, no me parece que se haya presentado hasta aquí otra cosa que algunas vagas indicaciones de designios políticos y de constituciones nuevas. Lo que existe es más bien la fórmula genérica del Estado fascista y el deseo de llenarla con un contenido adecuado. Yo he oído hablar del pensamiento nuevo, de la nueva filosofía que estaría implícitamente contenida en el fascismo. Y bien, yo he tratado, por simple curiosidad intelectual, de deducir de los actos del fascismo la filosofía o la tendencia filosófica que, según se dice, deberían encerrar; y aunque yo tengo algún hábito y alguna habilidad en estos análisis y estas síntesis lógicas, en este arte de encontrar y formular principios, confieso que no he logrado mi objeto. Temo que esa filosofía no exista y que no exista porque

no puede existir".

La dictadura fascista, por ende, tendrá una fisonomía menos característicamente fascista cada día. Sostenida por la sólida mayoría parlamentaria que ha ganado en las elecciones últimas, adquirirá un perfil análogo al de otras dictaduras de esta Italia de la Unidad y de la dinastía de Saboya. Crispi, Pelloux, el propio Giolitti gobernaron Italia dictatorialmente. Sus dictaduras estuvieron desprovistas de todo gesto demagógico y se conformaron con un rol y un carácter burocráticos. Y bien, la dictadura de Mussolini, estruendosa, retórica, olímpica y d'annunciana en sus orígenes, como conviene en esta época tempestuosa, acabará por contentarse con las modestas proporciones de una dictadura burocrática. Perderá poco a poco su énfasis heroico y su acento épico. Empleará para conservar el poder los recursos y expedientes oportunistas de la vieja democracia. (Ya Mussolini ha invitado a colaborar en su gobierno a la Confederación General del Trabajo y a los leaders reformistas)

A las "camisas negras" les aguarda, en suma, la misma suerte que a las "camisas rojas" de Garibaldi. Dejarán de ser una prenda de moda aún entre los fascistas. Y su ocaso será, en verdad, el ocaso del fascismo. Porque este estrepitoso estremecimiento político no significa, realmente, para la Terza Italia, un cambio de doctrina sino apenas un cambio de camisa

* Publicado en Variedades, lima, 12 de Abril de 1924.

- ALGUNAS IDEAS, AUTORES Y ESCENARIOS DEL TEATRO MODERNO*

El escenario teatral es uno de los escenarios más atrayentes y más vastos de esta época y de sus conflictos. Todas las inquietudes, los contrastes y los problemas de la historia contemporánea se reproducen en el mundo del teatro. El Teatro, como el Arte en general, carece actualmente de un estilo, de un rumbo, de un espíritu únicos. Se descompone, como la fatigada civilización occidental, en diversos estados de ánimo. Se fragmenta en numerosas escuelas, formas y tendencias. Semeja una inmensa feria cosmopolita donde toda moda es precaria, toda filosofía es efímera y todo color es tornadizo.

No se puede encerrar dentro de dos o tres definiciones el carácter de este teatro. Y es que no tiene un carácter sino varios que se repelen y se confunden, se mezclan y se excluyen. Hay que explorar, una por una, sus facetas. Aunque entonces se corre el riesgo de extraviarse en un laberinto de teorías y de búsquedas y de senderos: teatro sintético, teatro experimental, teatro de color, etc.

Pero, entre tanta complejidad y tanta movilidad, aparece siempre algún porfiado elemento esencial, alguna línea persistente, alguna nota constante. El humor y el pensamiento de la humanidad occidental son los mismos en el teatro que en la física y la metafísica. A Pirandello, por ejemplo, se le clasifica como un relativista. Por el teatro, como por la filosofía, pasa actualmente una onda de escepticismo, de subjetivismo y de humorismo. El gesto del teatro moderno es predominantemente burlón, irónico, agridulce, satírico; su lenguaje es paradójico; su actitud es sofista. Sus ingredientes mentales son negativos, corrosivos, disolventes.

Un vínculo espiritual, invisible pero evidente, une el teatro de Pirandello y las coordenadas de Einstein. Las novelas y las comedias pirandellianas contienen todas las fases de la filosofía del punto de vista. La novedad de la actitud estética de Pirandello reside en su relativismo y en su subjetivismo

radical. Los novelistas y dramaturgos realistas, al darnos sus obras, nos aseguraban graves y un poco hieráticos: "Así es la vida". Pirandello, en cambio, nos dice dubitativo y risueño: "Así es, si os parece". ("Cosí é se vi pare").

Pirandello, al mismo tiempo, nos conduce a una revisión de nuestras ideas sobre la ficción y la realidad. En su literatura, los confines entre la realidad y la ficción se borran mágicamente. Pirandello se obstina en convencernos de la realidad de la ficción y, sobre todo, de la ficción de la realidad. Los personajes de la fantasía no son menos reales que los personajes de carne y hueso. Son a veces más reales, más interesantes, más trascendentes. "¡Se nace a la vida de tantos modos!" -dice un personaje pirandelliano-. «La naturaleza se sirve del instrumento de la fantasía humana para proseguir su obra de creación. Y quien nace merced a esta actividad creadora que tiene su sede en el espíritu del hombre, está destinado por naturaleza a una vida mucho más dilatada que la del que nace en el regazo mortal de una mujer. Quien nace personaje, quien tiene la ventura de nacer personaje vivo, puede mofarse hasta de la muerte porque no muere jamás. Morirá el hombre, el escritor, instrumento mortal de la creación; pero la criatura es imprecadera. Y para vivir eternamente no tiene apenas necesidad de prendas extraordinarias ni de consumir prodigios. ¿Quiere usted decirme quién era Sancho Panza? ¿Quiere usted decirme quién era don Abundio? Y, no obstante, viven eternos porque -gérmenes vivos- tuvieron la ventura de hallar una matriz fecunda, una fantasía que supo criarlos y nutrirlos».

Para Unamuno -cuya afinidad con Pirandello no es sino estética- Don Quijote es tan real como Cervantes, Hamlet y Macbeth tanto como Shakespeare. Pirandello y Unamuno nos enseñan que el personaje es el objeto central de la novela y del teatro. La vida está en el personaje, no en su ambiente, ni en otras cosas circundantes y externas. El personaje vivo, palpitante, anima la obra que lo contiene y el mundo que lo rodea. Un personaje puede parecer arbitrario e inverosímil y ser verdadero. La fortuna y el acierto del teatro no consisten en la creación de personajes aparentemente humanos y verosímiles, sino en la creación de personajes vivos. El teatro, la literatura en general, están, por esto, poblados de fanteoches y de sombras. La duración de estos fanteoches y de estas sombras es efímera y contingente. Depende de una moda, una costumbre o alguna otra onda pasajera. Los personajes que consiguen vivir son, en cambio, eternos. Y eternizan a los hombres que los imaginaron. Hay también personajes abortados, personajes frustrados. El Señor de Pigmalión de Jacinto Grau, me parece uno de éstos. En esta pieza de Jacinto Grau -que acabo de leer a propósito de haber flotado su nombre en algunas críticas españolas acerca del teatro pirandelliano- el personaje es un personaje

frustrado y, por ende, el drama es un drama frustrado también. Todo es ahí larvado. Se trata, tal vez, de un personaje y de un drama en busca de autor.

A través de estos autores y estas obras se constata en el teatro moderno un hecho esencial: la defunción de la escuela realista. La orientación naturalista y objetivista no ha tenido un largo dominio sobre el Arte. Ha pretendido mantener en un injusto ostracismo a la Fantasía y obligar a los artistas a buscar sus modelos y sus temas sólo en la Naturaleza y en la Vida tales como las perciben sus sentidos.

El realismo ha empobrecido así a la Naturaleza y a la Vida. Por lo menos ha hecho que los hombres las declaren limitadas, monótonas y aburridas y las desalojen, finalmente, de sus altares para restaurar en ellos a la fantasía. Oscar Wilde sostenía que la Vida y la Naturaleza son discípulas del Arte; que el Arte es el modelo de la Naturaleza y de la Vida. Su bizarra tesis estética era precursora de las tesis actuales. Hoy la ficción reivindica su libertad y sus fueros. La ficción no es anterior ni superior a la realidad como sostenía Oscar Wilde; ni la realidad es anterior ni superior a la ficción como quería la escuela realista. Lo verdadero es que la ficción y la realidad se modifican recíprocamente. El arte se nutre de la vida y la vida se nutre del arte. Es absurdo intentar incomunicarlos y aislarlos. El arte no es acaso sino un síntoma de plenitud de la vida.

Los errores del realismo, en el teatro como en la novela, han sido graves. Pero un balance exclusivamente negativo y pasivo de la escuela realista sería incompleto e injusto. El realismo ha renovado la técnica y el método teatrales. En la mayoría de las obras realistas subsiste la técnica vieja. El eje de la obra es un "asunto". La intensidad del asunto aumenta a medida que las escenas transcurren. Y culmina en la escena final que es la escena del desenlace. Este método era propio del viejo teatro clásico. El teatro realista lo conservó, sin embargo, durante mucho tiempo. Los temas y los materiales del teatro fueron sustituidos; su arquitectura no. El proceso, los personajes, el mundo de una pieza teatral seguían subordinados a un método artificial. Mas, ahora que el realismo está agotado y superado, aparecen una técnica y un método verdaderamente realistas. En el teatro moderno, las escenas tienen vida aislada. Un drama, una comedia, son un conjunto de episodios desconectados y desligados. La vida de un personaje no absorbe ni anula la vida de los demás. En la ficción, como en la realidad, cada personaje, cada individuo vive su propio drama. En un drama, por consiguiente, se mezclan y combinan los elementos de varios dramas más o menos simultáneos y tangentes. El teatro ha ganado así en agilidad y movilidad. Las obras transcurren más rápida y animadamente. Cada uno de sus fragmentos, cada una de sus partículas parece poseer

interés independiente. Todo esto, de otra parte, coincide con las exigencias de la sensibilidad moderna. El hombre contemporáneo no resiste las viejas facturas teatrales. Necesita un espectáculo más excitante, más fluido. Le gustan la estilización y la síntesis. Se acentúa y se extiende en el teatro, con este motivo, la tendencia a lo esquemático. Los futuristas han inventado un género sintético. Las obras de este género son verdaderos "comprimidos" teatrales. No pasa en el teatro sintético, como en el guignol, que la acción se desarrolla fulminante y cinematográficamente, sino que la acción en sí es breve, instantánea.

El teatro no sólo se renueva radicalmente en su literatura y en su técnica literaria, sino también en sus elementos y en su técnica escénicas. Junto con el concepto de la creación se rectifica el concepto de la interpretación. El regisseur* adquiere tanta importancia y dignidad artísticas como el autor. Los nombres de Copeau, Max Reinhardt y Stanislavsky no son menos mundiales que los de Bernard Shaw y Wedekind. Y el teatro de algunos países tiene mejores regisseurs que autores. Francia, por ejemplo, está representada en la historia del teatro contemporáneo [* Director]

por Antoine Copeau más que por Capus o Bataille. Ningún autor francés ocupa aún el rango de Shaw, de Pirandello, de Chejov. El teatro francés aparece construido con materiales deleznablemente temporales. Es un teatro burgués por antonomasia. Sus elementos esenciales son el adulterio, el dinero, los negocios. El adulterio, sobre todo, ha preocupado obstinadamente a los autores de París. Una de las más nuevas y últimas piezas francesas -Le cocu magnifique,* de Crommelynck- anuncia, finalmente, una reacción del teatro francés contra los cuernos, como motivo dramático. El personaje de esta obra es un marido que, exasperado por la duda y el temor de que su mujer lo engañe, quiere que lo engañe al menos con su conocimiento y por su voluntad. Pero a este marido le toca una mujer honesta, sin disposiciones espirituales ni físicas para la infidelidad. Y, llena de náusea de su marido y de sus amantes, se escapa con un boyero, con un hombre rústico, primitivo y palurdo a quien suplica: "Prométeme que te podré ser fiel". Esta comedia y esta frase marcan, evidentemente, en el teatro, el principio de un período de decadencia del adulterio.

* Publicado en Variedades: Lima, 22 de marzo de 1924. El autor acompañó el precedente ensayo, con la siguiente carta dirigida a Ricardo Vegas García, que era Jefe de Redacción de aquella revista:

«Querido Vegas:

«Este artículo es, como los dramas futuristas, un "comprimido". Mis artículos de **Variedades** no son generalmente sino sumarios de ideas. Pero esta vez ni un sumario cabe en las páginas habituales. El tópic es demasiado extenso y voluminoso. Como "regisseur" resalta Ud. excesivamente al género sintético. Publique Ud. estas líneas. Puesto que en estos tiempos se hace teatro del teatro, ¿por qué no haber también un poco de periodismo del periodismo?

Su amigo y compañero .

José Carlos Mariátegui.

- EL FASCISMO Y EL MONARQUISMO EN ALEMANIA*

El proceso de Hitler y Luddendorf no es sólo el proceso del fascismo bávaro. Es, sobre todo, el proceso de la segunda ofensiva monarquista y reaccionaria en Alemania. Esta segunda ofensiva ha sido, en apariencia, menos extensa y dramática que la primera. Kapp y Lutwitz consiguieron, en marzo de 1920, apoderarse de Berlín. Impusieron a una parte de la nación alemana una dicta-dura de cuatro días. Fueron vencidos por la resistencia enérgica y disciplinada de todos los elementos republicanos, coaligados en un compacto frente único. Hitler y Luddendorf, en noviembre de 1923, no llegaron, en cambio, a dominar Munich. Su tentativa —anécdota de opereta, conjuración de cervecería— abortó espontáneamente. La frustraron dos reaccionarios, dos monarquistas, Von Kahr y Von Lossow, con cuya cooperación o neutralidad contaban los conjurados. Las audiencias de Munich han sido, con este motivo, una monótona querrela de Hitler y Luddendorf contra Von Kahr y Von Lossow.

Pero no se puede comprender ni juzgar la insurrección de Munich escindiéndola y aislándola de los acontecimientos que la antecedieron y circundaron. Esa insurrección constituyó el episodio final de un emocionante capítulo de la historia alemana inaugurado por ocupación del Ruhr. Fue el epílogo de la batalla librada en Alemania durante tal período, entre las fuerzas de la Revolución y las fuerzas de la Reacción.

La ocupación del Ruhr creó en Alemania un estado de ánimo agudamente nacionalista. Favoreció, por consiguiente, el desarrollo de las facciones fascistas que, desde hacía tiempo, excitaban contra la república alemana, y contra sus capitulaciones ante Francia, a los elementos accesibles a una propaganda jingoísta* y guerrera. La carestía, el chômage**, la escasez, la ruina del marco exasperaron, al mismo tiempo, la lucha de clases. Los comunistas trataron de empujar al proletariado a la Revolución. [*nacionalismo exaltado **falta de trabajo]

Baviera era el foco de la agitación reaccionaria y monárquica. Las derechas

tenían ahí el gobierno. Von Kahr ejercía el poder civil y Von Lossow el poder militar. A ambos les confirió el gobierno imperial una autoridad extraordinaria y dictatorial. Y ambos la usaron, para rebelarse más de una vez contra el gobierno de Berlín, acusado por las derechas bávaras de excesiva subordinación a las influencias socialistas. El gobierno del imperio decretó, por ejemplo, la suspensión del diario de Hitler "Des Voelkische Beobachter"* , dedicado a una propaganda desembozadamente insurreccional. Kahr y Lossow desobedecieron esta orden. Mientras sometían a los socialistas y comunistas bávaros a los rigores del estado de sitio, consentían la actividad subversiva de Hitler que incitaba y organizaba a sus brigadas fascistas para la marcha sobre Berlín. [*El Observador Popular]

Turinghia y Sajonia, en tanto, eran dos focos contiguos de agitación revolucionaria y comunista. El poder estaba en ambos Estados alemanes en manos de los obreros. Los antiguos ministerios social-democráticos fueron reemplazados por ministerios socialistas-comunistas. En Sajonia la cartera de gobierno fue entregada a un comunista. Y todos los ministros comunistas empezaron a usar sus posiciones en el gobierno como bases de operaciones revolucionarias.

Alemania parecía próxima a la guerra civil. Baviera clamaba contra la rebelión de Turinghia y Sajonia. Turinghia y Sajonia clamaban contra la desobediencia de Baviera. En Baviera se organizaba públicamente la reacción. En Turinghia y Sajonia se organizaba públicamente la revolución. Prusia, social-democrática y centrista, decidió entonces contener, ante todo, la ola comunista. El gobierno imperial de Berlín sometió a Sajonia y Turinghia a la autoridad extraordinaria de un dictador militar. Y exigió la destitución de los ministros comunistas. El partido comunista contó sus fuerzas, compulsó sus probabilidades, amenazó con la insurrección. Pero solicitó inútilmente la solidaridad de los socialistas. Y prefirió replegarse, sin combatir, a sus posiciones defensivas. Juzgó inmadura la situación para desencadenar una decisiva ofensiva revolucionaria.

Hitler y Luddendorf, en tanto, vieron en la retirada comunista una coyuntura propicia para acometer la conquista de Alemania. Pensaron que, abortada la tentativa revolucionaria, nada obstruiría el camino de una tentativa reaccionaria. Mas a sus planes se oponían las rivalidades y las ambiciones que dividen en dos bandos a las derechas bávaras. Hitler y Luddendorf trabajan por la restauración de un Hohenzollern en el trono del imperio. Von Kahr y sus secuaces aspiran a la sustitución de la dinastía prusiana de los Hohenzollern por la dinastía bávara de los Wittelsbach. Su candidato es Rupprecht de Baviera.

Hitler y Luddendorf han descubierto, en suma, la falta de cohesión en las derechas alemanas. El movimiento reaccionario alemán carece aún de unidad. Sus adherentes se reparten entre varias sectas y varios capitanes. El fascismo, en Baviera, se apoda demagógicamente "partido nacional-socialista", y sigue como jefe a Hitler. En el resto de Alemania, la mayor facción reaccionaria es el partido pangermanista, uno de cuyos principales leaders es Helferich, parlamentario profesional. Los Junkers, los terratenientes, se agrupan en este partido tradicional y agresivamente antisemita. Los industriales se concentran en el partido populista, representando ahora en el gobierno por Stressemann, uno de sus estadistas de más jerarquía. De los rangos del partido populista no están proscritos los judíos, ni de su programa, más o menos oportunista y flexible, que acepta la república sin renegar la monarquía, ni están excluidos los compromisos ni los pactos con la social-democracia.

Las peripecias de la política alemana conducen a algunos de sus observadores a la adopción de un prejuicio vulgar. Se duda obstinadamente del republicanismo de los alemanes. Se les supone espiritualmente y orgánicamente conformados al dominio de un monarca militar. Alemania, sin embargo, es una de las naciones más educadas y adaptadas a la democracia. El fenómeno fascista y monárquico ha sido alimentado ahí, en gran parte, por las consecuencias del tratado de Versalles y de la política opresora y guerrera de Poincaré. Las facciones reaccionarias reclutan sus adeptos en la clase media afligida por los rigores de una miseria insólita, desprovista de una ideología de una conciencia y propensa, por ende, a la nostalgia del antiguo régimen. Además la amenaza creciente de la revolución proletaria ha empujado a mucha gente incolora a una posición de extrema derecha. La polarización de las masas a derecha y a izquierda, en Alemania, como en los demás países de avanzado proceso revolucionario, se cumple a expensas de los partidos centristas. Y, con todo, las fuerzas del centro y de la democracia son aún en Alemania lo suficientemente numerosas para conservar el poder. El ministerio actual es un ministerio centrista. Y, aunque las balas nacionalistas han abatido a algunos de los más robustos leaders de la democracia. —Erzberger, Rathenau—, la mayoría de la burguesía alemana persiste todavía en resistir a la revolución con los sistemas sagaces de una política oportunista y transaccional y no con los sistemas marciales de una política reaccionaria

* Publicado en Variedades, Lima, 29 de Marzo de 1924.

- LA NUEVA FASE DEL PROBLEMA DE LAS REPARACIONES*

El debate del problema de las reparaciones entra, aparentemente, en un período decisivo la comisión de reparaciones, casi olvidada durante más de un año desde que la ocupación del Ruhr causó en su seno un agudo desacuerdo, vuelve a atraer la atención mundial. Torna a encenderse ahí la discusión sobre cuánto y cómo debe pagar Alemania a los aliados. Las bases del debate son, en parte, nuevas.

Hace pocos meses, en diciembre, la comisión de reparaciones encargó a dos comités de expertos el examen de la capacidad económica de Alemania. El primer comité ha estudiado los medios de equilibrar el presupuesto y sanear la moneda de Alemania. El segundo ha tenido a su cargo una investigación sobre los capitales alemanes emigrados al extranjero. Los expertos han estado en Berlín; se han informado abundantemente sobre las cuestiones sometidas a su investigación; han escuchado al Reichsbank y a otros órganos de la economía germana; han explorado la opinión de los grandes trusts internacionales; y han emitido, finalmente, un dictamen universalmente notorio, que propone varias medidas dirigidas a la reorganización económica de Alemania. Alemania, a juicio de los expertos, necesita ante todo de la asistencia y la ayuda internacionales. El capital extranjero debe proporcionarle los recursos indispensables para la emisión de una moneda estable. Estos préstamos y estas inversiones tendrían naturalmente serias garantías. Los ferrocarriles alemanes serían administrados por un consorcio internacional. El estado alemán reduciría sus gastos. Licenciaría a una parte de su burocracia.

Los rasgos esenciales del plan acusan la mentalidad característicamente plutocrática y capitalista de sus autores. Los expertos comienzan por trasladar del Estado a las empresas privadas la emisión de la moneda y la explotación de las líneas férreas. Y, en todos los capítulos de su programa, se muestran preocupados casi exclusivamente de crear seguridad y confianza para la inversión de capitales en Alemania.

Alemania y Francia han declarado que aceptan las conclusiones del dictamen como base de un arreglo. Mas esta aceptación no aproxima todavía sus encontradas tesis ni sus antagónicos intereses. Los expertos se han movido dentro de una órbita limitada. No han tocado, por ende, sino algunos aspectos de la cuestión de las reparaciones. Su programa deja intactas todas las dificultades políticas: la controversia sobre la ocupación militar del Ruhr, por ejemplo. A este respecto los puntos de vista francés y alemán permanecen inconciliables y antitéticos. Ningún gobierno alemán renunciara a reclamar la evacuación del territorio del Ruhr. Ningún probable gobierno francés, sucesor del de Poincaré, podrá, dentro del estado de ánimo creado por éste, decidirse fácilmente al abandono del Ruhr.

El plan de los expertos no fija, de otro lado, el monto de las reparaciones. Y también a este respecto un acuerdo es muy difícil. El ultimátum de mayo de 1921 —cuyas conclusiones, que parecieron entonces muy moderadas a la prensa francesa, no han podido actuarse— establecía en 138,000 millones de marcos oro el total de la indemnización alemana. Pero esta suma, según las más autorizadas previsiones, es superior a la capacidad eco-nómica de Alemania. El gobierno alemán dijo hace poco más de un año que 30,000 millones eran el límite de sus recursos posibles. Keynes sostiene que Alemania no puede ni debe pagar más de 36.000 millones y que de esta suma hay que descontar todo lo que los aliados han recibido o se han cobrado ya. Nitti indica, como una suma prudente y justa, 40,000 millones, agregando que Alemania tiene pagado al menos veinte mil. El desacuerdo no depende, además, de una diferente estimación de la capacidad de pago de Alemania, sino de un diverso concepto de los daños que Alemania está obligada a reparar. Los gobiernos aliados confirman, en el ultimátum de Londres, que a Alemania le toca reembolsar a los aliados no sólo la restauración de los territorios devastados sino también las pensiones y subsidios de guerra. Keynes, en sus libros, rechaza vigorosamente esta tesis. Demuestra que, dentro de una honesta interpretación de las condiciones de paz solemnemente ofrecidas por Wilson a Alemania, no cabe sino la reparación de los daños sufridos por las poblaciones civiles, cuyo costo, largamente calculado, no excede de treinta mil millones. El gobierno francés en fin, considera la cuestión de las reparaciones ligada a la cuestión de las deudas interaliadas. A su juicio, ninguna reducción de la indemnización alemana es admisible si no la acompaña una reducción proporcional de los créditos de guerra de Estados Unidos e Inglaterra. Y el gobierno italiano es, naturalmente, solidario con este punto de vista.

El dictamen de los expertos constituye, sin embargo, un progreso en la discusión. Antes de la ocupación del Ruhr, la diplomacia francesa negaba obstinadamente la incapacidad de Alemania para satisfacer sus

obligaciones pecuniarias. Francia regateaba tercamente a Alemania, en la comisión de reparaciones, la más mínima moratoria. Ahora los expertos preconizan una moratoria dilatada. Su dictamen reconoce que Alemania, en sus condiciones actuales, no puede absolutamente amortizar su deuda a los aliados. Que es necesario ayudarle a ordenar sus finanzas. Y que es indispensable, asimismo, respetar su unidad territorial y económica.

Otro progreso importante es la colaboración de Estados Unidos. El partido republicano, como es sabido, condujo a Estados Unidos a una política de abstención ante las cuestiones europeas. Estados Unidos parecía desinteresarse de la crisis de Europa. Al menos esquivaba su concurso para una solución. Hoy Estados Unidos cambia de actitud. Es que percibe que a la bancarrota europea seguiría su propia bancarrota. Es que siente la conexión, la interdependencia de su vida económica y la vida económica europea. La crisis invade Norte América. Su fisonomía es ahí diversa que en Europa: pero sus raíces y su sentido histórico son los mismos. La mayor parte de los países de Europa padecen de falta de oro y de la consiguiente desvalorización del papel moneda. Estados Unidos, en cambio, sufre una congestión de oro. A sus arcas ha ido a parar la mitad del stock total de oro del mundo. Y, como sus exportaciones son mayores que sus importaciones, Estados Unidos continúa drenando el oro de los otros países. Las consecuencias de esta abundancia son el abaratamiento del dinero y el encarecimiento de la vida. Si Europa está amenazada por la anemia, Estados Unidos corre el riesgo de una apoplejía. El empobrecimiento de considerables mercados europeos no puede, de otra parte, ser indiferente a Estados Unidos. Afecta sus intereses y sus perspectivas industriales y agrícolas. Significa el peligro de una nueva crisis de desocupación con todos sus reflejos sociales. Estados Unidos, en suma, se siente empujado de nuevo hacia Europa. Su interés le aconseja colocar una parte de su oro en los países europeos. Alemania es, entre estos países, el que más se presta a fuertes inversiones. Le urgen préstamos de oro y créditos alimenticios y de materias primas. Pero Estados Unidos no puede conceder estos préstamos ni estos créditos a una Alemania oprimida y perseguida por sus acreedores europeos. Y trata, por eso, de que Alemania y los aliados se entiendan, advirtiéndoles que únicamente a este precio obtendrán su cooperación en la obra de la reconstrucción europea.

Los móviles y los rumbos de la política norteamericana coinciden con los de la política inglesa. También Inglaterra posee una buena moneda, un presupuesto equilibrado, etc.; pero también la prosperidad de su industria está subordinada a la extensión de sus mercados exteriores. Los conservadores propugnan una política proteccionista que concentre la actividad económica de Inglaterra dentro de sus dominios. Pero esta tesis

resultó batida en las elecciones últimas. Los laboristas y los liberales creen que Inglaterra debe buscar la solución de los problemas de su producción y de su comercio en el restablecimiento en Europa de una vida normal.

La actitud actual de Francia y de Alemania ante el dictamen de los expertos es, finalmente, una actitud interina. Francia y Alemania se hallan en vísperas de elecciones políticas. En Alemania, probablemente, esas elecciones darán la razón a los partidos representados en el gobierno centrista de Marx. En Francia, en tanto, los escrutinios, casi seguramente, serán adversos a Poincaré. Y, en ese caso, el próximo gobierno francés, en el cual influirán intensamente las izquierdas, será más asequible a un arreglo. Se nota en Francia una acentuada tendencia a considerar con un criterio comercial y práctico la cuestión de las reparaciones. El diputado Paul Reynaud dijo en diciembre en la cámara francesa: "El problema para nosotros consiste en obtener siete millones de toneladas de carbón a un precio bastante ventajoso para que nuestra industria metalúrgica pueda sostener la concurrencia con las industrias inglesa y alemana".

El debate de las reparaciones resulta así, en su fase presente, un debate de negocios. No hablan hoy los políticos; hablan los banqueros, los trusts, la plutocracia. Se oye, con este motivo, un lenguaje comercial. Y se contempla sólo planes y diseños comerciales. El programa de los expertos se inspira, sustancialmente, en la idea de asociar a todos los grandes países capitalistas a la reorganización económica de Alemania. Tiende a que cada uno de estos países tenga una participación proporcional en tal empresa. Quiere que en el reactivamiento de la industria alemana esté interesada toda la finanza internacional. Pero la finanza internacional se halla dividida en varios grupos rivales, antagónicos, enemigos. Y cada uno de estos grupos es más sensible a la voz de sus intereses particulares que a la voz del interés general.

* Publicado en Variedades, Lima, 26 de Abril de 1924.

- EL 1° DE MAYO Y EL FRENTE ÚNICO*

El 1° de Mayo es, en todo el mundo, un día de unidad del proletariado revolucionario, una fecha que reúne en un inmenso frente único internacional a todos los trabajadores organizados. En esta fecha resuenan, unánimemente obedecidas y acatadas, las palabras de Carlos Marx: "Proletarios de todos los países, uníos". En esta fecha caen espontáneamente todas las barreras que diferencian y separan en varios grupos y varias escuelas a la vanguardia proletaria.

El 1° de Mayo no pertenece a una Internacional es la fecha de todas las Internacionales. Socialistas, comunistas y libertarios de todos los matices se confunden y se mezclan hoy en un solo ejército que marcha hacia la lucha final.

Esta fecha, en suma, es una afirmación y una constatación de que el frente único proletario es posible y es practicable y de que a su realización no se opone ningún interés, ninguna exigencia del presente.

A muchas meditaciones invita esta fecha internacional. Pero para los trabajadores peruanos la más actual, la más oportuna es la que concierne a la necesidad y a la posibilidad del frente único. Últimamente se han producido algunos intentos seccionistas. Y urge entenderse, urge concretarse para impedir que estos intentos prosperen, evitando que socaven y que minen la naciente vanguardia proletaria del Perú.

Mi actitud, desde mi incorporación en esta vanguardia, ha sido siempre la de un fautor convencido, la de un propagandista fervoroso del frente único. Recuerdo haberlo declarado en una de las conferencias iniciales de mi curso de historia de la crisis mundial. Respondiendo a los primeros gestos de resistencia y de aprensión de algunos antiguos y hieráticos libertarios, más preocupados de la rigidez del dogma que de la eficacia y la fecundidad de la acción, dije entonces desde la tribuna de la Universidad Popular: "Somos todavía pocos para dividirnos. No hagamos cuestión de etiquetas ni

de títulos."

Posteriormente he repetido estas o análoga palabras. Y no me cansaré de reiterarlas. El movimiento clasista, entre nosotros, es aún muy incipiente, muy limitado, para que pensemos en fraccionarle y escindirle. Antes de que llegue la hora, inevitable acaso, de una división, nos corresponde realizar mucha obra común, mucha labor solidaria. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Nos toca, por ejemplo, suscitar en la mayoría del proletariado peruano, conciencia de clase y sentimiento de clase. Esta faena pertenece por igual a socialistas y sindicalistas, a comunistas y libertarios. Todos tenemos el deber de sembrar gérmenes de renovación y de difundir ideas clasistas. Todos tenemos el deber de alejar al proletariado de las asambleas amarillas y de las falsas "instituciones representativas". Todos tenemos el deber de luchar contra los ataques y las represiones reaccionarias. Todos tenemos el deber de defender la tribuna, la prensa y la organización proletaria. Todos tenemos el deber de sostener las reivindicaciones de la esclavizada y oprimida raza indígena. En el cumplimiento de estos deberes históricos, de estos deberes elementales, se encontrarán y juntarán nuestros caminos, cualquiera que sea nuestra meta última.

El frente único no anula la personalidad, no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. No significa la confusión ni la amalgama de todas las doctrinas en una doctrina única. Es una acción contingente, concreta, práctica. El programa del frente único considera exclusivamente la realidad inmediata, fuera de toda abstracción y de toda utopía. Preconizar el frente único no es, pues, preconizar el confusionismo ideológico. Dentro del frente único cada cual debe conservar su propia filiación y su propio ideario. Cada cual debe trabajar por su propio credo. Pero todos deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, vinculados por la lucha contra el adversario común, ligados por la misma voluntad revolucionaria, y la misma pasión renovadora. Formar un frente único es tener una actitud solidaria ante un problema concreto, ante una necesidad urgente. No es renunciar a la doctrina que cada uno sirve ni a la posición que cada uno ocupa en la vanguardia, la variedad de tendencias y la diversidad de matices ideológicos es inevitable en esa inmensa legión humana que se llama el proletariado. La existencia de tendencias y grupos definidos y precisos no es un mal; es por el contrario la señal de un período avanzado del proceso revolucionario. Lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan entenderse ante la realidad concreta del día. Que no se esterilicen bizantinamente en exconfesiones y excomuniones recíprocas. Que no alejen a las masas de la revolución con el espectáculo de las querellas dogmáticas de sus predicadores. Que no empleen sus armas ni

dilapidan su tiempo en herirse unos a otros, sino en combatir el orden social sus instituciones, sus injusticias y sus crímenes.

Tratemos de sentir cordialmente el lazo histórico que nos une a todos los hombres de la vanguardia, a todos los fautores de la renovación. Los ejemplos que a diario nos vienen de fuera son innumerables y magníficos. El más reciente y emocionante de estos ejemplos es el de Germaine Berthon. Germaine Berthon, anarquista, disparó certeramente su revólver contra un organizador y conductor del terror blanco por vengar el asesinato del socialista Jean Jaurés. Los espíritus nobles, elevados y sinceros de la revolución, perciben y respetan, así, por encima de toda barrera teórica, la solidaridad histórica de sus esfuerzos y de sus obras. Pertenece a los espíritus mezquinos, sin horizontes y sin alas, a las mentalidades dogmáticas que quieren petrificar e inmovilizar la vida en una fórmula rígida, el privilegio de la incomprensión y del egotismo sectarios.

El frente único proletario, por fortuna, es entre nosotros una decisión y un anhelo evidente del proletariado. Las masas reclaman la unidad. Las masas quieren fe. Y, por eso, su alma rechaza la voz corrosiva, disolvente y pesimista de los que niegan y de los que dudan, y busca la voz optimista, cordial, juvenil y fecunda de los afirman y de los que creen.

* Publicado en "El Obrero Textil", Año 5, N° 59, Lima, 1° de mayo de 1924.

- HERRIOT Y EL BLOC DE IZQUIERDA*

Este año inaugura un período de política social-democrática. Vuelven al poder, después de un largo exilio, radicales y radicaloides de todos los tintes. La marea reaccionaria declina en toda Europa. En los tres mayores países de Europa occidental —Inglaterra, Alemania y Francia—dominan hombres y tendencias liberales. La burguesía no ha encontrado en el experimento fascista, en la praxis conservadora, la solución de sus problemas. En cambio, se ha cansado de la difícil postura guerrera a que se ha sentido obligada. Torna, por eso, de buena gana, a una posición centrista, oportunista y democrática. La vieja democracia, más o menos guarnecida de socialismo, desaloja del poder a la reacción y sus tartarines. Sobreviven aún las dictaduras de Mussolini y Primo de Rivera, pero una y otra están también condenadas a una próxima caída.

El método reaccionario prevaleció a continuación de una agresiva y tumultuosa ofensiva revolucionaria. Se impuso a la turbada consciencia de Europa en una hora de miedo y desconcierto. El ensayo ha sido breve. Los capitanes de la reacción no han sabido restaurar el orden viejo ni reorganizar la economía capitalista. Han agravado, al contrario, la crisis. Hoy la burguesía, desencantada de las tudentes armas reaccionarias, desiste poco a poco de su empleo. Al mismo tiempo renace en la pequeña y media burguesía la antigua y decaída fe democrática.

La ascensión de Herriot y del bloc de izquierdas al gobierno de Francia forma parte de este extenso fenómeno político. El éxito de las elecciones de mayo estaba previsto. Era evidente un nuevo orientamiento de la mayoría de la opinión francesa. Curada parcialmente de la intoxicación y las ilusiones de la victoria esa mayoría de pequeños burgueses deseaba la organización de un gobierno ponderado y razonable. El programa de Herriot merecía, por ende, su adhesión su confianza. Herriot era además, para una parte de las masas electoras, un leader nuevo, un estadista no probado ni usado aún en el gobierno, contra quien no existía, por consiguiente, prejuicio ninguno.

La pequeña burguesía francesa espera de Herriot -pequeño burgués típico- una administración discreta y práctica que disminuya las cargas del contribuyente, que modere los gastos militares, que obtenga de Alemania garantías y pagos seguros y que reconcilie a Francia con Rusia salve los ahorros franceses invertidos en empréstitos rusos. Se pide a Herriot una administración prudente que se guarde de las aventuras marciales de Poincaré, aunque se engalane, en cambio, de algunos ideales generosos e inocuos

Con Herriot se ha operado en la escena política francesa un vasto cambio de decoración de actores y de argumento. El gobierno del alcalde de Lyon es, en verdad, renacimiento de la Francia radical y laica de Waldeck-Rousseau, de Combes y de Caillaux. La actualidad francesa ofrece diversas señales de tal mudanza. Mientras de un lado se constata una disminución de la retórica chauvinista, de otro lado se ve a Herriot inaugurar, lleno de respeto, el monumento a Zola. El Eliseo suspende de nuevo sus relaciones con el Vaticano reanudadas por el bloc nacional después de la guerra. Se reclama el traslado de los restos del tribuno socialista Jaurés, víctima de una bala reaccionaria, al panteón de los grandes hombres. Y, sobre todo, Francia rectifica su actitud ante Alemania y concede una adhesión real y fervorosa a la Sociedad de las Naciones, en la cual desea colaborar con los pueblos vencidos y con la república bolchevique.

El programa del leader del bloc de izquierdas hace, ciertamente, muchas concesiones al nacionalismo poincarista. Con este motivo, una parte de la opinión internacional ha creído ver en Herriot casi un continuador de la política del bloc nacional frente a Alemania. Pero esto no es exacto. El gobierno del bloc de izquierdas, por su mentalidad y su composición, no puede abandonar súbitamente ninguna de las reivindicaciones esenciales de Poincaré. Más aún, depende en mucho de los mismos prejuicios y compromisos que el conservadurismo. Y tiene que acomodar sus movimientos a su situación en las cámaras. Las bases parlamentarias del ministerio de Herriot no son muy anchas ni homogéneas. El bloc nacional tiene todavía una numerosa representación parlamentaria en la cámara de diputados; en el Senado persiste un humor chauvinista. Herriot necesita, tanto en las cuestiones internas como en las externas, graduar su radicalismo a la temperatura parlamentaria. Finalmente, no puede olvidar que la plutocracia es dueña de una poderosa prensa experta en el arte de impresionar y excitar a la opinión pública.

Pero, con todo, los fines de Herriot son fundamentalmente distintos de los de Poincaré y las derechas. Herriot aspira lealmente a una cooperación, a

una inteligencia franco-alemana. Poincaré, en cambio, se proponía la expoliación y la opresión sistemáticas de Alemania. Recientemente, en una conversación con el escritor Norman Angell, publicada en la revista 'The New Leader', Herriot ha anunciado categóricamente y explícitamente su intención de asociar a Alemania a un amplio pacto de garantía y asistencia que asegure la paz europea.

Ante Rusia, la posición de Herriot es análoga. Herriot es autor de un honrado libro, *La Russie Nouvelle*, en el cual ha reunido las impresiones de su visita de hace dos años a la república de los soviets. Este libro -que es uno de los testimonios burgueses de la solidez y la probidad del régimen bolchevique y de su obra- se preocupa de demostrar la necesidad económica francesa de comerciar con Rusia. Contiene también algunas opiniones sobre el comunismo, al cual se opone Herriot no desde puntos de vista técnicos como Caillaux, sino, más bien, desde puntos de vista filosóficos. Su condición de buen Francés, ortodoxamente patriota, lo induce a preferir Jaurés a Marx. Y su condición de hombre de letras nutrido de clacisismo, lo lleva a preferir el comunismo de Platón al comunismo marxista.

La política democrática, la política de la reforma y del compromiso, está así puesta a prueba en Francia y en otros países de Europa. Cuenta con la adhesión de un extenso y activo sector social. Su porvenir, sin embargo, aparece muy incierto y oscuro. Este método de gobierno vive de transacciones y compromisos con dos bandos inconciliables. Sufre los asaltos y las presiones de los reaccionarios y de los revolucionarios. Los ministerios de Herriot, de Mac Donald y de Marx deben guardar un difícil y angustioso equilibrio parlamentario. En cualquier instante, un paso atrevido, una actitud aventurada, pueden causar su caída. Esta situación constriñe a los leaders democráticos a abstenerse de una política verdaderamente propia. Les toca, en realidad, actuar la política que les consienten los altos intereses financieros e industriales. Los resultados de la conferencia de Londres no son debidos estrictamente al pacifismo de Mac Donald y Herriot. Han sido posibles por su concomitancia con urgentes necesidades y propósitos de la finanza y la industria. El pacifismo y la democracia prosperan actualmente porque el capitalismo ha menester de la cooperación internacional. La teoría y la práctica nacionalistas aíslan medioevalmente a los pueblos, contrariamente a lo que conviene a la expansión y a la circulación del capital.

Cuando Herriot supone actuar su propia política realiza, en verdad, la del capital financiero anglo-franco-americano. El plan Dawes, por ejemplo, no es formalmente siquiera una concepción de políticos. Lo han elaborado

directamente banqueros y negociantes. A los políticos no les ha sido acordada sino la función de adoptar sus conclusiones. La democracia, sin el estruendo ni la brutalidad de la reacción, continúa haciendo, en suma, la política de la clase capitalista. No es exagerada, por consiguiente, la previsión de que acabará por desacreditarse totalmente a los ojos de la clase proletaria. A la pacificación social no podría llegarse, democráticamente, sino a través de una colaboración verdadera. Y, como dice Mussolini, que ama las frases lapalissianas, *per la colaborazlone bisogna essere in due**.

Herriot, naturalmente, trata de servir sus propios fines democráticos mediante estos compromisos y transacciones. Sus palabras son, generalmente, las de un político de criterio y método realistas. A Norman Angell le ha dicho entre otras cosas: "Un pacifismo simplemente abstracto no basta". Los argumentos que ha usado en su campaña eleccionaria han sido idénticamente los de un hombre práctico y, por tanto, los más apropiados para ganarse el favor de los electores prudentes y utilitarios. Hombre del pueblo, hay que creerlo provisto del tradicional buen sentido popular. Sus ideales mismos no lo embarazan nunca demasiado. Son los ideales cautos y modestos de un pequeño-burgues. Herriot quiere sentirse a igual distancia de la reacción y de la revolución. Es, a la manera pre-bélica, un enamorado y un fautor sincero del progreso, de la democracia, de la civilización y de los "inmortales Principios" de la Revolución Francesa. Teme los saltos violentos y las transiciones rápidas y no tiene el gusto de la aventura ni del peligro. [*para la colaboración se necesitan dos]

Todo en Herriot rebosa bon sens. Mas es el caso que el buen sentido no basta en estos tiempos. Se trata, según todos los síntomas, de tiempos de excepción que reclaman hombres de excepción. Herriot es un hombre de talento pero de un talento un poco provinciano y pasado de moda. Spengler diría tal vez de Herriot que no es el hombre de la Urbe sino el hombre de la Ciudad. En efecto, Herriot no tiene el temperamento complejo de la Urbe. Su cara gorda, redonda y risueña es más la del alcalde de Lyon que la de un primer ministro de la Francia contemporánea. Es la cara de un ciudadano liberal, pacifista, obeso y republicano. ¿Estás simples, honestas y simpáticas condiciones, serán suficientes para reorganizar una nación y un continente cuyo destino ha arrancado a Caillaux una interrogación tan angustiada y dramática?

 * Publicado en Variedades, Lima, 20 de Setiembre de 1924. Superada la grave crisis de su enfermedad, entre Mayo y Agosto de 1924, reanudó J.C.M. su sección "Figuras y Aspectos de la Vida Mundial". Variedades saludó con la siguiente nota de encabezamiento este hecho: "Tras de largo interregno, impuesto por tremenda dolencia, reanuda su interesante colaboración nuestro querido compañero José Carlos Mariátegui. Ha salido Mariátegui de la dura prueba tras de intensa lucha en que fueron factores decisivos tanto la eficacia de la ciencia médica como la admirable entereza de su espíritu. Siempre activo y optimista, se reintegra, con el mismo entusiasmo de otros días, a sus labores periodísticas, ofreciéndonos esta serena y concisa apreciación de la actualidad política francesa, que nuestros lectores han de leer con el vivo interés que inspira tan distinguido escritor". (N. de los E.)

- PROYECCIONES DEL PROCESO MATTEOTTI*

El fascismo no quiere que el proceso de los asesinos de Matteotti se convierta en el proceso de toda la gesta fascista. Contra el espontáneo desarrollo de este proceso, el fascismo moviliza sus brigadas de "camisas negras" y su poder gubernamental. El hecho judicial -dice- no debe transformarse en un hecho político. Y ha dado, con el propósito principal de impedir "indiscreciones" sobre el crimen y sus actores, un decreto-ley que reglamenta marcialmente la libertad de la prensa.

Pero no se gobierna la Historia. El propio fascismo -movimiento romántico, antihistórico, voluntarista- tiene sus raíces vitales en la Historia y no en la ideología ni en la acción de sus creadores y animadores. Es un producto de esa Historia que pretende negar o torcer a golpes de cachiporra. El asesinato de Matteotti ha sido la culminación de una política de terror. Es por eso que, al reaccionar contra tal crimen, la opinión italiana ha reaccionado contra todo el sistema que lo ha engendrado. El desenlace judicial no importa nada. La cuestión moral y política no era de la competencia de los magistrados. Ha tenido, por ende, un fuero especial, un fuero superior. Y de su juicio sumario han salido condenados el fascismo, su método y sus armas.

Cuando en la cámara italiana se denunció la desaparición del diputado socialista, Mussolini, inquietado por el viento de fronda que soplaba, sintió la necesidad de decir con su acostumbrado tono dramático: "Giustizia sarà fatta sino in fondo"*. Esta frase aparece ahora como una intuición histórica. En la intención del caudillo fascista era una promesa de que los jueces castigarían austeramente a los culpables. Pero ha adquirido luego una realidad superior y adversa a la voluntad fascista. La historia se ha apoderado de ella y la ha hecho suya. Se hará justicia plenamente; pero no sólo contra los asesinos materiales, sino contra la política en que el crimen se ha incubado. Como ha dicho Mussolini, giustizia sarà fatta sino in fondo [*La justicia se hará hasta el final: Giustizia sarà fatta fino in fondo]

Veamos por qué el fascismo resulta tan comprometido en este proceso. Hay razones inmediatas. Los ejecutores del crimen eran hombres de confianza del estado mayor fascista. Uno de ellos, Dumini, delincuente orgánico, gozaba del favor de los más altos funcionarios del Estado y del partido, pertenecía al personal del diario fascista "Il Corriere d'Italia"* y se titulaba adjunto de la oficina de prensa del jefe del gobierno. Está averiguada una circunstancia a su respecto: el día del delito, Dumine aguardó en el Palacio Viminal, donde funciona el ministerio del interior, al automóvil que debía conducirlo a secuestrar a Matteotti. El crimen fue ordenado, según las investigaciones judiciales, por Rossi y Marinelli, dos fascistas del primer rango y de la primera hora, miembros del cuadrivirato supremo del partido, y por Filipelli, director de "Il Corriere d'Italia". El director de otro diario fascista "Il Nuovo Paese"** acaba de ser llamado a Roma por edictos como otro de los responsables. El fascismo, en un principio, cuando le urgía calmar y satisfacer a la opinión pública, se esforzó por aislar la responsabilidad de los acusados. Los entregó a la justicia. Pero, poco a poco, un instinto más poderoso que su consciencia lo ha movido hacia ellas. En algunas demostraciones de los "camisas negras" se ha oído el grito de "Viva Dumini". Y se ha amenazado a la oposición con una segunda marcha a Roma destinada, sin duda, a liberar a los encausados. Finalmente Farinacci, uno de los mayores lugartenientes de Mussolini, ha asumido la defensa de Dumini y ha intentado, como explicación del asesinato, atribuir a Rossi una conspiración contra Mussolini para reemplazarlo en el poder. (Su tentativa ha tenido tan mala suerte, ha encontrado un público tan incrédulo y hostil, que Farinacci no ha insistido en sus folletinescas revelaciones). [*El Correo de Italia **El Nuevo País]

De otro lado el asesinato de Matteotti no es un acto solitario en la historia del fascismo. Es un acto terrorista perfectamente encuadrado dentro de la teoría y la práctica de los "camisas negras".

La gesta fascista está llena de hechos similares. Matteotti ha sido asesinado por una banda especializada en el delito. Dumini y sus cómplices resultan ahora los autores del asalto a la casa del estadista Nitti y de las agresiones a los diputados Améndola, Mazzolani, Missuri y Forni, fascistas disidentes o cismáticos los dos últimos. Y, sobre todo, los capitanes del fascismo han alimentado siempre en sus brigadas un estado de ánimo agresivo y guerrero y, en algunos casos, han hecho la apología de la violencia.

De este humor bélico, han logrado contagiar hasta a algunas personas tenidas antes por sabias y prudentes. Giovanni Gentile, explicando filosóficamente su fascismo, ha dicho que "toda fuerza es forma moral, cualquiera que sea el argumento empleado: la prédica o el garrote".

En este emocionante proceso acusan, pues, al fascismo muchas circunstancias y muchos testimonios. Sus consecuencias han sido, por eso, instantáneas e inexorables. Las largas masas sociales que, por desconcierto o inconsciencia, o seducidas por su lenguaje quijotesco y megalómano, seguían al fascismo, han empezado a abandonarlo. Las defecciones se multiplican. Las filas filo-fascistas pierden sus nombres más sonoros: Ricciotti Garibaldi hijo, Sem Benelli, etc. Los grupos liberales que colaboraban con Mussolini le retiran ahora su confianza. "Il Giornale d'Italia"* de Roma, "Il Mattino"** de Nápoles se aproximan a la oposición. Los mismos fascistas se dan cuenta de que se van quedando solos. Mussolini, en la última asamblea del consejo nacional fascista, ha recomendado la conquista de las masas. Pero tanto el Duce como sus secuaces cometen cotidianos errores de psicología que aumentan la excitación popular. Además, se constata en todas las capas sociales una mayor sensibilidad moral y política. Antes, los ataques a la libertad, los actos de terror del fascismo eran tolerados o aceptados pasivamente por la mayoría de la población. Hoy, encuentran en ella una repulsa y una condenación enérgicas y vigorosas. Los laureles de la marcha a Roma se han marchitado mucho. [*La Prensa de Italia **La Mañana]

Probablemente los fascistas intentarían sacar del asesinato de su compañero, el diputado Casalini, armas morales defensivas y contraofensivas. Pero este crimen no puede cancelar el que lo ha precedido. La responsabilidad de los hechos es diferente; su proyección tiene que serlo también. Se trata, en el nuevo caso, de un acto de violencia individual. El asesino ha procedido aisladamente, por su propia cuenta. No es posible filiarlo sino como un exaltado. Tras él no existe una organización terrorista dirigida por leaders de la oposición. Los grupos de la oposición han execrado, generalmente, la violencia. Alguno de ellos ha mostrado una mentalidad próxima al gandhismo y casi ha predicado la resistencia pasiva. Gracias, en parte, a esta clase de adversarios, la gesta fascista encontró franca y abierta la vía del gobierno.

 * Publicado en Mundial, Lima. 26 de Setiembre de 1924. Con este artículo comenzó J.C.M. sus colaboraciones en Mundial, con la siguiente nota de encabezamiento de esa revista: "Comenzamos desde este número a publicar las colaboraciones del distinguido escritor nacional don José Carlos Mariátegui. La singular condición literaria de este intelectual, su brillante manera y su bien ganado prestigio de capacidad para apreciar las incidencias de la alta política europea van a tener desde nuestras columnas una oportunidad más de revelarse con beneficio para el afianzamiento de su personalidad intelectual y con beneficio mayor todavía para el público lector. El primer artículo de José Carlos Mariátegui analiza las proyecciones del proceso seguido en Italia por el asesinato del diputado socialista Matteotti y está lleno de esa justeza de apreciación que ha hecho del ilustre periodista un caso ejemplar de sinceridad de crítica", (N. de los E.)

- LA REVOLUCION CHINA*

Ensayemos una interpretación sumaria de la actualidad china. Del destino de una nación que ocupa un puesto tan principal en el tiempo y en el espacio no es posible desinteresarse. La China pesa demasiado en la historia humana para que no nos atraigan sus hechos y sus hombres.

El tema es extenso y laberíntico. Los acontecimientos se agolpan, en esa vasta escena, tumultuosa y confusamente. Los elementos de estudio y de juicio de que aquí disponemos son escasos, parciales y, a veces, ininteligibles. Este displicente país, tan poco estudioso y atento, no conoce casi de la China sino el coolie*, algunas hierbas, algunas manufacturas y algunas supersticiones. (Nuestro único caso de chinofilia es, tal vez, don Alberto Carranza). Sin embargo, espiritual y físicamente, la China está mucho más cerca de nosotros que Europa. La psicología de nuestro pueblo es de tinte más asiático que occidental. [*Trabajadores manuales importados de Asia principalmente China o India]

En la China se cumple otra de las grandes revoluciones contemporáneas. Desde hace trece años sacude a ese viejo y escéptico imperio una poderosa voluntad de renovación. La revolución no tiene en la China la misma meta ni el mismo programa que en el Occidente. Es una revolución burguesa y liberal. A través de ella, la China se mueve, con ágil paso, hacia la Democracia. Trece años son muy poca cosa. Más de un siglo han necesitado en Europa las instituciones capitalistas y democráticas para llegar a su plenitud.

Hasta sus primeros contactos con la civilización occidental, la China conservó sus antiguas formas políticas y sociales. La civilización china, una de las mayores civilizaciones de la historia, había arribado ya al punto final de su trayectoria. Era una civilización agotada, momificada, paralítica. El espíritu chino, más práctico que religioso, destilaba escepticismo. El contacto con el Occidente fue, más bien que un contacto, un choque. Los europeos entraron en la China con un ánimo brutal y rapaz de depredación

y de conquista. Para los chinos era ésta una invasión de bárbaros. Las expoliaciones suscitaron en el alma china una reacción agria y feroz contra la civilización occidental y sus ávidos agentes. Provocaron un sentimiento xenófobo en el cual se incubó el movimiento boxer que atrajo sobre la China una expedición marcial punitiva de los europeos. Esta beligerancia mantenía y estimulaba la incomprensión recíproca. La China era visitada por muy pocos occidentales de la categoría de Bertrand Russell y muchos de la categoría del general Waldersee.

Pero la invasión occidental no llevó sólo a la China sus ametralladoras y sus mercaderes sino también sus máquinas, su técnica y otros instrumentos de su civilización. Penetró en la China el industrialismo. A su influjo, la economía y la mentalidad china empezaron a modificarse. Un telar, una locomotora, un banco, contienen implícitamente todos los gérmenes de la democracia y de sus consecuencias. Al mismo tiempo, miles de chinos salían de su país, antes clausurado y huraño, a estudiar en las universidades europeas y americanas. Adquirían ahí ideas, inquietudes y emociones que se apoderaban perdurablemente de su inteligencia y su psicología.

La revolución aparece, así, como un trabajo de adaptación de la política china a una economía y una consciencia nuevas. Las viejas instituciones no correspondían, desde hacia tiempo, a los nuevos métodos de producción y a las nuevas formas de convivencia. La China está ya bastante poblada de fábricas, de bancos, de máquinas, de cosas y de ideas que no se avienen con un régimen patriarcalmente primitivo. La industria y la finanza necesitan para desarrollarse una atmósfera liberal y hasta demagógica. Sus intereses no pueden depender del despotismo asiático ni de la ética budhista, taoísta o confucionista de un mandarín. La economía y la política de un pueblo tienen que funcionar solidariamente.

Actualmente, luchan en la China las corrientes democráticas contra los sedimentos absolutistas. Combaten los intereses de la grande y pequeña burguesía contra los intereses de la clase feudal. Actores de este duelo son caudillos militares, tuchuns*, como Chang-So-Lin o como el mismo Wu Pei Fu; pero se trata, en verdad, de simples instrumentos de faenas históricas superiores. El escritor chino F. H. Djen remarca a este respecto: "Se puede decir que la manifestación del espíritu popular no ha tenido hasta el presente sino un valor relativo, pues sus tenientes, sus campeones han sido constantemente jefes militares en los cuales se puede sospechar siempre ambición y sueños de gloria personal. Pero no se debe olvidar que no está lejano el tiempo en que acontecía lo mismo en los grandes Estados occidentales. La personalidad de los actores políticos, las intrigas tejidas por tal o cual potencia extranjera no de-ben impedir ver la fuerza política

decisiva que es la voluntad popular". [*Gobernador militar chino]

Usemos, para ilustrar estos conceptos, un poco de cronología.

La revolución china principió formalmente en octubre de 1911, en la provincia de Hu Pei. La dinastía manchú se encontraba socabada por los ideales liberales de la nueva generación y descalificada, —por su conducta ante la represión europea de la revuelta bóxer*—, para seguir representando el sentimiento nacional. No podía, por consiguiente, oponer una resistencia seria a la ola insurreccional. En 1912 fue proclamada la república. Pero la tendencia republicana no era vigorosa sino en la población del sur, donde las condiciones de la propiedad y de la industria favorecían la difusión de las ideas liberales sembradas por el doctor Sun Yat Sen y el partido Kuo-Ming-tang**. En el norte prevalecían las fuerzas del feudalismo y el mandarínismo***. Brotó de esta situación el gobierno de Yuan Shi Kay, republicano en su forma, monárquico y tuchun en su esencia. Yuan Shi Kay y sus secuaces procedían de la vieja clientela dinástica. Su política tendía hacia fines reaccionarios. Vino un período de tensión extrema entre ambos bandos. Yuan Shi Kay, finalmente, se proclamó emperador. Mas su imperio resultó muy fugaz. El pueblo insurgió contra su ambición y lo obligó a abdicar. [*puños rectos y armoniosos, rebelión antioccidental **Partido Nacionalista de China ***Mandarín: alto funcionario público]

La historia de la república china fue, después de este episodio, una sucesión de tentativas reaccionarias, prontamente combatidas por la revolución. Los conatos de restauración eran invariablemente frustrados por la persistencia del espíritu revolucionario. Pasaron por el gobierno de Pekín diversos tuchuns: Chang Huin, Tuan Ki Chui, etc.

Creció, durante este período, la oposición entre el Norte y el Sur. Se llegó, en fin, a una completa secesión. El Sur se separó del resto del imperio en 1920; y en Cantón, su principal metrópoli, antiguo foco de ideas revolucionarias, constituyose un gobierno republicano presidido por Sun Yat Sen. Cantón, antítesis de Pekín, y donde la vida económica había adquirido un estilo análogo al de Occidente, alojaba las más avanzadas ideas y los más avanzados hombres. Algunos de sus sindicatos obreros permanecían bajo la influencia del partido Kuo-ming-tang; pero otros adoptaban la ideología socialista.

En el Norte subsistió la guerra de facciones. El liberalismo continuó en armas contra todo intento de restauración del pasado. El general Wu Pei Fu, caudillo culto, se convirtió en el intérprete y el depositario del vigilante sentimiento republicano y nacionalista del pueblo. Chang So Lin,

gobernador militar de la Manchuria, cacique y tuchun del viejo estilo, se lanzó a la conquista de Pekín, en cuyo gobierno quería colocar a Liang Shi Y. Pero Wu Pei Fu lo detuvo y le infligió, en los alrededores de Pekín, en mayo de 1922, una tremenda derrota. Este suceso, seguido de la proclamación de la independencia de la Manchuria, le aseguró el dominio de la mayor parte de la China. Propugnador de la unidad de la China, Wu Pei Fu trabajó entonces por realizar esta idea, anudando relaciones con uno de los leaders del sur, Chen Chiung Ming. Mientras tanto Sun Yat Sen, acusado de ambiciosos planes, y cuyo liberalismo, en todo caso, parece bastante disminuido, coqueteaba con Chang So Lin.

Hoy luchan, nuevamente, Chang So Lin y Wu Pei Fu. El Japón, que aspira a la hegemonía de un gobierno dócil a sus sugerencias, favorece a Chang. En la penumbra de los acontecimientos chinos los japoneses juegan un papel primario. El Japón se ha apoyado siempre en el partido Anfú* y los intereses feudales. La corriente popular y revolucionaria le ha sido adversa. Por consiguiente, la victoria de Chang So Lin no sería sino un nuevo episodio reaccionario que otro episodio no tardaría en cancelar. El impulso revolucionario no puede declinar sino con la realización de sus fines. Los jefes militares se mueven en la superficie del proceso de la Revolución. Son el síntoma externo de una situación que pugna por producir una forma propia. Empujándolos o contrariándolos, actúan las fuerzas de la historia. Miles de intelectuales y de estudiantes propagan en la China un ideario nuevo. Los estudiantes, agitadores por excelencia, son la levadura de la

China naciente. [*China dividida y dominada por señores de la guerra eran respaldados por potencias imperialistas, en el norte de China el gobierno de Anfú era apoyado por Japón y disputaba la hegemonía con el gobierno de Chili apoyado a su vez por EE.UU e Inglaterra]

El proceso de la revolución china, finalmente, está vinculado a la dirección fluctuante de la política occidental. La China necesita para organizarse y desarrollarse un mínimo de libertad internacional. Necesita ser dueña de sus puertos, de sus aduanas, de sus riquezas, de su administración. Hasta hoy depende demasiado de las potencias extranjeras. El Occidente la sojuzga y la oprime. El pacto de Washington, por ejemplo, no ha sido sino un esfuerzo por establecer las fronteras de la influencia y del dominio de cada potencia en la China.

Bertrand Russell, en su *Problem of China*, dice que la situación china tiene dos soluciones: la transformación de la China en una potencia militar eficiente para imponerse al respeto del extranjero o la inauguración en el mundo de una era socialista. La primera solución, no sólo es detestable, sino absurda. El poder militar no se improvisa en estos tiempos. Es una consecuencia del poder económico. La segunda solución, en cambio, parece hoy mucho menos lejana que en los días de acre reaccionarismo en

que Bertrand Russell escribió su libro. La chance del socialismo ha mejorado de entonces a hoy. Basta recordar que los amigos y correligionarios de Bertrand Russell están en el gobierno de Inglaterra. Aunque, realmente, no la gobiernen todavía.

* Publicado en Variedades. Lima. 4 de Octubre de 1924.

- IRLANDA E INGLATERRA*

El problema de Irlanda aún está vivo. De Valera, el caudillo de los sinn feiners* vuelve a agitar la escena irlandesa. Irlanda no se aquieta. Desde 1922, le ha sido reconocido el derecho de vivir autónomamente dentro de la órbita y los confines morales, militares e internacionales de la Gran Bretaña. Pero no a todos los irlandeses les basta esta independencia. Quieren sentirse libres de toda coerción, de toda tutela británica. No se conforman de tener una administración interna propia; aspiran a tener, también, una política exterior propia. Este sentimiento debe ser muy hondo cuando ni los compromisos ni las derrotas consiguen domesticarlo ni abatirlo. No es posible que un pueblo luche tanto por una ambición arbitraria [*Sinn Féin: Nosotros Mismos, partido político de orientación republicana y de izquierda de Irlanda, fundado en 1917; Sinn feiners: militante del Sinn Féin]

Luis Araquistain escribía una vez que Irlanda, católica y conservadora, fuera de la Gran Bretaña viviría menos democrática y liberalmente. Por consiguiente, reteniéndola dentro de su imperio, y oprimiéndola un poco, Inglaterra servía los intereses de la Democracia y la Libertad. Este juicio paradójico y simplista correspondía muy bien a la mentalidad de un escritor democrático y aliadófilo como Araquistain entonces. Pero un examen atento de las cosas no lo confirmaba; lo contradecía. Las clases ricas y conservadoras de Irlanda se han contentado, generalmente, con un home rule*. El proletariado, en cambio, se ha declarado siempre Republicano, revolucionario, más o menos "feniano", y ha reclamado la autonomía incondicional del país. Araquistain prejuizaba la cuestión, antes de ahondar su estudio. [*Se trata del Estatuto de Gobierno de Irlanda de 1920, que legalizó su división]

Sin embargo, la alusión a la catolicidad irlandesa, lo colocaba aparentemente en buen camino, aprehendía imprecisamente una parte de la realidad. El conflicto entre el catolicismo y el protestantismo es, efectivamente, algo más que una querrela metafísica, algo más que una secesión religiosa. La Reforma protestante contenta tácitamente la esencia, el germen de la idea liberal. Protestantismo, liberalismo aparecieron

sincrónica y solidariamente con los primeros elementos de la economía capitalista. No por un mero azar, el capitalismo y el industrialismo han tenido su principal asiento en pueblos protestantes. La economía capitalista ha llegado a su plenitud sólo en Inglaterra y Alemania. Y dentro de estas naciones, los pueblos de confesión católica han conservado instintivamente gustos y hábitos rurales y medioevales. Baviera, por ejemplo, es campesina. En su suelo se aclimata con dificultad la gran industria. Las naciones católicas han experimentado el mismo fenómeno. Francia -que no puede ser juzgada sólo por el cosmopolitismo de París- es prevalentemente agrícola. Su población es tres paysanne*. Italia ama la vida del agro. Su demografía la ha empujado por la vía del trabajo industrial. Milán, Turin, Génova, se han convertido, por eso, en grandes centros capitalistas. Pero en la Italia meridional sobreviven algunos residuos de la economía feudal. Y, mientras en las ciudades italianas del norte el movimiento modernista fue una tentativa para rejuvenecer los dogmas católicos, el mediodía italiano no conoció nunca ninguna necesidad heterodoxa, ninguna inquietud herética. El protestantismo aparece, pues, en la historia, como la levadura espiritual del proceso capitalista [*muy campesina].

Pero ahora que la economía capitalista, después de haber logrado su plenitud, entra en un período de decadencia, ahora que en su entraña se desarrolla una nueva economía, que pugna por reemplazarla, los elementos espirituales de su crecimiento pierden, poco a poco, su valor histórico y su ánimo beligerante. ¿No es sintomático, no es nuevo, al menos, el hecho de que las diversas iglesias cristianas empiecen a aproximarse? Desde hace algún tiempo se debate la posibilidad de reunir en una sola a todas las iglesias cristianas y se constata que las causas de su enemistad y de su concurrencia se han debilitado. El libre examen asusta a los católicos muchos menos que en los días de la lucha contra la Reforma. Y, al mismo tiempo, el libre examen parece menos combativo, menos cismático que entonces.

No es, por ende, el choque entre el catolicismo y el protestantismo, tan amortiguado por los siglos y las cosas, lo que se opone a la convivencia cordial de Irlanda e Inglaterra. En Irlanda la adhesión al catolicismo tiene un fondo de pasión nacionalista. Para Irlanda su catolicidad, su lengua, son, sobre todo, una parte de su historia, una prueba de su derecho a disponer autónomamente de sus destinos. Irlanda defiende su religión como uno de los hechos que la diferencian de Inglaterra y que atestiguan su propia fisonomía nacional. Por todas estas válidas razones, un espectador objetivo no puede distinguir en este conflicto únicamente una Irlanda reaccionaria y una Inglaterra democrática y evolucionista.

Inglaterra ha usado, sagazmente, sus extensos medios de propaganda para persuadir al mundo de la exageración y de la exorbitancia de la rebeldía irlandesa. Ha inflado artificialmente la cuestión de Ulster* con el fin de presentarla como un obstáculo insuperable para la independencia irlandesa. Pero, malgrado sus esfuerzos, —no se mistifica la historia— no ha podido ocultar la evidencia, la realidad de la nación irlandesa, coercitiva y militarmente obligada a vivir conforme a los intereses y a las leyes de la nación británica. Inglaterra ha sido impotente para asimilarse al pueblo irlandés, impotente para soldarlo a su imperio, impotente para domar su acendrado sentimiento nacional. El método marcial que ha empleado para reducir a la obediencia a Irlanda, ha alimentado en el ánimo de ésta una voluntad irreductible de resistencia. La historia de Irlanda, desde la invasión de su territorio por los ingleses, es la historia de una rebeldía pasiva, latente, unas veces; guerrera y violenta otras. En el siglo pasado la dominación británica fue amenazada por tres grandes insurrecciones. Después, hacia el año 1870 Isaac Butt promovió un movimiento dirigido a obtener para Irlanda un home rule. Esta tendencia prosperó. Irlanda parecía contentarse con una autonomía discreta y abandonar la reivindicación integral de su libertad. Consiguió así que una parte de la opinión inglesa considerase favorablemente su nueva y moderada reivindicación. El home rule de Irlanda adquirió en la Gran Bretaña muchos partidarios. Se convirtió, finalmente, en un proyecto, en una intención de la mayoría del pueblo inglés. Pero vino la guerra mundial y el home rule** de Irlanda fue olvidado. El nacionalismo irlandés recobró su carácter insurreccional. Esta situación produjo la tentativa de 1916***. Luego, Irlanda, tratada marcialmente por Inglaterra, se aprestó para una batalla definitiva. Los nacionalistas moderados, fautores del home rule, perdieron la dirección y el control del movimiento autonomista. Los reemplazaron los sinn feiners. La tendencia sinn feiner creada por Arthur Griffith, nació en 1906. En sus primeros años tuvo una actividad teórica y literaria; pero, modificada gradualmente por los factores políticos y sociales, atrajo a sus rangos a los soldados más enérgicos de la independencia irlandesa. En las elecciones de 1918, el partido nacionalista no obtuvo sino seis puestos en el parlamento inglés. El partido sinn feiner conquistó setenta y tres. Los diputados sinn feiners decidieron boycotear la cámara británica y fundaron un parlamento irlandés. Esta es una declaración formal de guerra a Inglaterra. Tornó a flote entonces el proyecto de home rule irlandés que, aceptado finalmente por el parlamento británico, concedía a Irlanda la autonomía de un dominion. Los sinn feiners, sin embargo, siguieron en armas. Dirigido por De Valera, su gran agitador, su gran leader, el pueblo irlandés no se contentaba con este home rule****. Mas con el home rule Inglaterra logró dividir la opinión irlandesa. Una escisión comenzó a bosquejarse en el movimiento nacionalista. Inglaterra e Irlanda buscaron, en fin, a fines de

1921, una fórmula de transacción. Triunfaba una vez más en la historia de Inglaterra la tendencia al compromiso. Los autonomistas irlandeses y el gobierno británico llegaron en diciembre de 1921 a un acuerdo que dio a Irlanda su actual constitución. El partido sinn feiner se escindió. La mayoría -64 diputados- votó en la cámara irlandesa a favor del compromiso con Inglaterra; la minoría de De Valera -57 diputados- votó en contra. La oposición entre los dos grupos era tan honda que causó una guerra civil. Vencieron los partidarios del pacto con Inglaterra y De Valera fue encerrado en una cárcel. Ahora, en libertad otra vez, vuelve a la empresa de sacudir y emocionar revolucionariamente a su pueblo. [*Leales a Inglaterra y contrarios a un parlamento irlandés independiente en Dublín, después del Home Rule aprobado en 1912 pero no aplicado a causa de la guerra; ** Se trata del Home Rule de 1912; ***rebelión de los nacionalistas llamados Voluntarios Irlandeses, que después pasó a llamarse IRA (Irish Republican Army): Ejército Republicano Irlandés; ****Home Rule de 1920]

Estos románticos sinn feiners no serán vencidos nunca. Representan el persistente anhelo de libertad de Irlanda. La burguesía irlandesa ha capitulado ante Inglaterra; pero una parte de la pequeña burguesía y el proletariado han continuado fieles a sus reivindicaciones nacionales. La lucha contra Inglaterra adquiere así un sentido revolucionario. El sentimiento nacional se confunde, se identifica con un sentimiento clasista. Irlanda continuará combatiendo por su libertad hasta que la conquiste plenamente. Sólo cuando realicen su ideal perderá éste para los irlandeses su actual importancia.

Lo único que podrá, algún día, reconciliar y unir a ingleses e irlandeses es aquello que aparentemente los separan. La historia del mundo está llena de estas paradojas y de estas contradicciones que, en verdad, no son tales contradicciones ni tales paradojas.

* Publicado en Variedades, Lima, 25 de Octubre de 1924.

- LA LIBERTAD Y EL EGIPTO*

Despedida de algunos pueblos de Europa, la Libertad parece haber emigrado a los pueblos de Asia y de África, Renegada por una parte de los hombres blancos, parece haber encontrado nuevos discípulos en los hombres de color. El exilio y el viaje no son nuevos, no son insólitos en su vida. La pobre Libertad es, por naturaleza un poco nómada, un poco vagabunda, un poco viajera. Está ya bastante vieja para los europeos. (Es la Libertad jacobina y democrática, la Libertad del gorro frigio, la Libertad de los derechos del hombre). Y hoy los europeos tienen otros amores. Los burgueses aman a la Reacción, su antigua rival, que reaparece armada del hacha de los lictores y un tanto modernizada, trucada, empolvada, con un tocado a la moda, de gusto italiano. Los obreros han desposado a la igualdad. Algunos políticos y capitanes de la burguesía osan afirmar que la Libertad ha muerto. "A la Dea Libertad —ha dicho Mussolini— la mataron los demagogos". La mayoría de la gente, en todo caso, la supone valetudinaria, achacosa, domesticada, deprimida. Sus propios escuderos actuales Herriot, Mac Donald, etc., se sienten un poco atraídos por la igualdad, la dea proletaria la nueva dea; y su último caballero, el Presidente Wilson, quiso imponerle una disciplina presbiteriana y un léxico universitario completamente absurdos en una Libertad coqueta y entrada en años.

Probablemente, lo que más que todo resiente a la vieja dama es que los europeos no la consideren ya revolucionaria. El caso es que se propone, ostensiblemente, demostrarles que no es todavía estéril ni inocua. Una gran parte de la humanidad puede aún seguirla. Su seducción resulta vieja en Europa; pero no en los continentes que hasta ahora no la han poseído o que la han gozado incompletamente. Ahí la pobre divorciada encontrará fácilmente quien la despose. ¿No ha sido acaso, en su nombre, que las democracias occidentales han combatido en la gran guerra, contra la gente germana, nibelunga, imperialista y bárbara?

La Libertad jacobina y democrática no se equivoca. Es, en efecto, una

Libertad vieja; pero en la guerra las democracias aliadas tuvieron que usarla, valorizarla y rejuvenecerla para agitar y emocionar al mundo contra Alemania. Wilson la llamaba la Nueva Libertad. Ella, musa inagotable y clásica, inspiró los catorces puntos. Y más puntos les hubiera dado a los aliados si más puntos hubiesen necesitado éstos para vencer. Pero sólo catorce, todas variaciones del mismo motivo, -libertad de los mares, libertad de las naciones, libertad de los Dardanelos, etc.- bastaron al presidente Wilson y a las democracias aliadas para ganar la guerra. La libertad, después de alcanzar su máxima apoteosis retórica, comenzó entonces a tramontar. Las democracias aliadas pensaron que la Libertad, tan útil, tan buena en tiempos de guerra, resultaba excesiva e incómoda en tiempos de paz. En la conferencia de Versalles le dieron un asiento muy modesto y, luego, en el tratado intentaron degollarla, tras de algunas fórmulas equívocas y falaces.

Pero la Libertad había huido ya a Egipto. Viajaba por el África, el Asia y parte de América. Agitaba a los hindúes, a los persas, a los turcos, a los árabes. Desterrada del mundo capitalista, se alojaba en el mundo colonial. Su hermana menor, la igualdad, victoriosa en Rusia, la auxiliaba en esta campaña. Los hombres de color la aguardaban desde hacía mucho tiempo. Y, ahora, la amaban apasionadamente. Maltratada en los mayores pueblos de Europa la anciana Libertad volvía a sentirse, como en su juventud, aventurera, conspiradora, carbonaria, demagógica.

Este es uno de los dramas de post-guerra. No sólo acontece que Asia y África, como dice Gorky, han perdido su antiguo, supersticioso respeto a la superioridad de Europa, a la civilización de Occidente. Sucede también que los asiáticos y los africanos han aprendido a usar las armas y los mitos de los europeos. No todos condenan místicamente, como Gandhi, la "satánica civilización europea". Todos, en cambio, adoptan el culto de la Libertad y muchos coquetean con el Socialismo.

Inglaterra es, naturalmente, la nación más damnificada por esta agitación. Pero es, también, la que con más astutos medios defiende su imperio. A veces se desmanda en el uso de métodos marciales, crueles y sangrientos; pero vuelve, invariablemente, a sus métodos sagaces. La vía del compromiso es siempre su vía predilecta. Las colonias inglesas no se llaman hoy colonias; se llaman dominios. Inglaterra les ha concedido toda la autonomía compatible con la unidad imperial. Les ha consentido dejar el imperio como vasallos para volver a él como asociados. Mas no todas las colonias británicas se contentan con esta autonomía. El Egipto, por ejemplo, lucha esforzadamente por reconquistar su independencia. Y no la quiere relativa, aparente, condicionada.

Hace más de cuarenta años que los ingleses se instalaron militarmente en tierra egipcia. Algunos años antes habían desembarcado ya en el Egipto sus funcionarios, su dinero y sus mercaderías. Inglaterra y Francia había impuesto en 1879 a los egipcios su control financiero. Luego, la insurrección de 1882 había sido aprovechada por Inglaterra para ocupar marcialmente el valle del Nilo.

El Egipto siguió siendo, formalmente, un país tributario de Turquía; pero, prácticamente, se convirtió en una colonia británica. Los funcionarios, las finanzas y los soldados británicos mandaban en su administración, su política y su economía. Cuando vino la guerra, los últimos vínculos formales del Egipto con Turquía quedaron cortados. El khedive fue depuesto. Lo reemplazó un sultán nombrado por Inglaterra. Se inauguró un período de franco y marcial protectorado británico. Conseguida la victoria. Inglaterra negó al Egipto participación en la Paz. Zagloul Pachá debía haber representado a su pueblo en la conferencia; pero Inglaterra no aceptó la fastidiosa presencia de los delegados egipcios. Deportado a la isla de Malta, Zagloul Pachá debió guardar mejor coyuntura y mejores tiempos. El Egipto insurgió violentamente contra la Gran Bretaña. Los ingleses reprimieron duramente la insurrección. Mas comprendieron la urgencia de parlamentar con los egipcios. La crisis post-bélica desgarraba Europa. Los vencedores se sentían menos arrogantes y orgullosos que en los días de embriaguez del armisticio. Una misión de funcionarios británicos desembarcó en diciembre de 1919 en el Egipto para estudiar las condiciones de una autonomía compatible con los intereses imperiales. El pueblo egipcio la boycotó y la aisló. Pero, algunos meses después, llamados a Londres, los representantes del nacionalismo egipcio debatieron con el gobierno británico las bases de un convenio.

Las negociaciones fracasaron. Inglaterra quería conservar el Egipto bajo su control militar. Sus condiciones de paz eran inconciliables con las reivindicaciones egipcias.

Gobernaban entonces el Egipto, acaudillados por Adly Pachá, los nacionalistas moderados, que eran impotentes para dominar la ola insurreccional. Hubo, por esto, una tentativa de entendimiento entre éstos y los nacionalistas integrales de Zagloul Facha. Pero la colaboración aparecía inasequible. Adly Pachá continuó tratando sólo con los ingleses, sin avanzar en el camino de un acuerdo. La agitación, después de un compás de espera, volvió a hacerse intensa y tumultuosa. Varias explosiones nacionalistas provocaron, otra vez, la represión y Zagloul Pachá, que había regresado al Egipto, aclamado por su pueblo, sufrió una nueva deportación.

A principios de 1922 una parte de los nacionalistas egipcios pareció inclinada a adoptar los métodos gandhianos de la no-cooperación. Eran los días de plenitud del gandhismo. Inglaterra insistió, sin éxito, en sus ofrecimientos de paz.

Así arribó el conflicto a las últimas elecciones egipcias, en las cuales una abrumadora mayoría votó por Zagloul Pachá. El sultán tuvo que llamar al gobierno al caudillo nacionalista. Su victoria coincidía, aproximadamente, con la del Labour Party en las elecciones inglesas. Y las negociaciones entraron, consecuentemente, en una etapa nueva. Pero esta etapa ha sido demasiado breve. Zagloul Pachá ha estado, recientemente, en Londres, y ha conversado con Mac Donald. El diálogo entre el laborista británico y el nacionalista egipcio no ha podido desembocar en una solución. Se ha efectuado en días en que el gobierno laborista estaba vacilante. Zagloul Pachá ha vuelto, pues, a su país, con las manos vacías. La cuestión sigue integralmente en pie.

No puede predecirse, exactamente, su porvenir. Es probable que, si Zagloul Pachá no consigue prontamente la independencia del Egipto, su ascendiente sobre las masas decaiga. Y que prosperen en el Egipto corrientes más revolucionarias y enérgicas que la suya. El poder ha pasado en el Egipto a tendencias cada vez más avanzadas. Primero lo conquistaron los nacionalistas moderados. Más tarde, tuvieron éstos que cederlo a los nacionalistas de Zagloul Pachá. La última palabra la dirán los obreros y los fellahs, en cuyas capas superiores se bosqueja un movimiento clasista.

La suerte del Egipto está vinculada a los acontecimientos políticos de Europa. De un gobierno laborista podrían esperar los egipcios concesiones más liberales que de cualquier otro gobierno británico. Pero la posibilidad de que los laboristas gobiernen, plenamente, efectivamente, Inglaterra, no es inmediata. Les queda a los egipcios el camino de la insurrección y la violencia. ¿Elegirá esta vía Zagloul Pachá? Será difícil, ciertamente, que el Egipto se decida a la guerra, antes que Inglaterra a la transacción. Sin embargo, las cosas pueden llegar a un punto en que la transacción resulte imposible. Esto sería una lástima para el clásico método del compromiso. ¿Pero acaso la crisis contemporánea no es una crisis de todo lo clásico?

* Publicado en Variedades, Lima, 1º Noviembre de 1924.

- LA CIVILIZACION Y EL CABELLO*

El tipo de vida que la civilización produce es, necesariamente, un tipo de vida refinado, depurado, artificioso. La civilización estiliza, cincela y bruñe los hombres y las cosas. Es natural, por ende, que la civilización occidental no ame barbas ni cabellos. El hombre de esta civilización ha evolucionado de la más primitiva exuberancia capilar a una rasuración casi absoluta. Las barbas y los cabellos se encuentran actualmente en decadencia.

El hombre de la civilización occidental era originariamente barbado y melenudo. Carlomagno, el emperador de la barba florida, representa genuinamente la Edad Media desde este y otros puntos de vista. Merovingios y carolingios portaron, como Carlomagno, frondosas barbas. El misticismo y la marcialidad eran, en el Medio Evo, dos grandes generadores de barbas y cabellos. Ni los anacoretas ni los cruzados tenían disposición espiritual ni física para afeitarse.

El Renacimiento ejerció gran influencia sobre el tocado. La humanidad occidental volvió a los ideales y a los gustos paganos. Después de algunos siglos de sombrío misticismo, rectificó su actitud ante la belleza percedera. Leonardo de Vinci pasó a la posteridad con una larga y caudalosa barba de astrólogo y el Papa Julio II no pensó en cortarse la suya, antes de posar para el célebre retrato de Rafael. Pero con su reivindicación de la estética greco-romana, el Renacimiento ocasionó una crisis de las barbas medioevales. Miguel Angel no pudo dejar de imaginar solemne y taumatúrgicamente barbudo a Moisés; pero, en cambio, concibió a David helénicamente desnudo y barbilampiño. En esto el Renacimiento era coherente con sus orígenes y sus rumbos. La escultura y la pintura griegas y romanas no descalificaban totalmente la barba. La atribuían a Júpiter, a Hércules y a otros personajes de la mitología y de la historia. Pero, en Atenas y en Roma, la barba tuvo límites discretos. Jamás llegó a la longitud de una barba carolingia. Y fue más bien un atributo humano que divino. Policleteo, Fidias, Praxiteles, etc., soñaron para los dioses más gentiles una belleza totalmente lampiña. A Apolo, a Mercurio, a Dionisio, nadie los ha

imaginado nunca barbudos. El Apolo de Belvedere con bigotes y patillas habría sido, en verdad, un Apolo absurdo.

La época barroca no condujo a la humanidad a una restauración de las barbas segadas por el Renacimiento; pero mostró un marcado favor a los excesos capilares. Todo fue exuberante y amanerado en la estética barroca: la decoración, la arquitectura y las cabelleras. Esta estética condujo a la gente al uso de las melenas más largas que registra la historia del tocado.

La estética rococó* señaló una nueva reacción contra la barba. Impuso la moda de las pelucas empolvadas. La Revolución, más tarde, dejó pocas pelucas intactas. Y el Directorio, capilarmente muy sobrio, toleró la moda prudente y moderada de la patilla. Las patillas de Napoleón, de Bolívar y de San Martín pertenecen a ese período de la evolución del tocado. [*Estilo de decoración, iniciado en Francia durante el reinado de Luix XV y difundido a los países vecinos. Se caracteriza por lo recargado de los adornos]

El fenómeno romántico engendró una tentativa de restauración del más arcaico y desmandado uso de las melenas y de las barbas. Los artistas románticos se comportaron muy reaccionariamente. ¿Quién no ha visto en algún grabado, la cabeza melnuda y barbada de Teófilo Gautier? ¿Y a dónde no ha llegado una fotografía del cuadro de Fantin Latour de un cenáculo literario de su época? El parnasianismo debía haber inducido a los hombres de letras a cierto aticismo en su tocado; pero parece que no ocurrió así. Hasta nuestro tiempo, Anatole France, literato de genealogía parnasiana, conservó y cultivó una barba un poco patriarcal.

Pero todas estas restauraciones de bigotes, barbas y cabelleras fueron parciales, transitorias, interinas. La civilización capitalista no las admitía. Las trataba como tentativas reaccionarias. El desarrollo de la higiene y del positivismo crearon, también, una atmósfera adversa a esas restauraciones. La burguesía sintió una creciente necesidad de exonerarse de barbas y cabellos. Los yanquis se rasuraron radicalmente. Y los alemanes no renunciaron del todo al bigote; pero, en cambio, respetuosos al progreso y a sus leyes, resolvieron afeitarse integralmente la cabeza. Se propagó en todo el mundo la guillete. Esta tendencia de la burguesía a la depilación provocó una protesta romántica de muchos revolucionarios que, para afirmar su oposición al capitalismo, decidieron dejarse crecer desmesuradamente la barba y el cabello. Las gloriosas barbas de Karl Marx y de León Tolstoy influyeron probablemente en esta actitud estética, sostenida con su ejemplo por Jean Jaurés y otros leaders* de la Revolución. Proviene de esos tiempos, del romanticismo capilar de los hombres de la Revolución, la peluca lacia del ex-socialista Briand, el tocado aristocrático de Mac Donald y la barba áspera y procaz de Turati. [* Líderes, caudillos].

La peluca femenina es el último capítulo de este proceso de decadencia del cabello. Las mujeres se cortan los cabellos por las mismas razones históricas que los hombres. Adquieren con retardo este progreso. Pero con retardo han adquirido también otros progresos sustantivos. La civilización occidental, después de haber modificado físicamente al hombre, no podía dejar intacta a la mujer. Es probable que éste sea otro aspecto del sino de las culturas. Ya hemos visto cómo la civilización antigua tampoco toleró demasiadas barbas y cabelleras excesivas. Las diosas del Olimpo no llevaban sueltos, ni fluentes, ni largos, los cabellos. El tocado de la Venus de Milo y de todas las otras Venus era, sin duda, el tocado ideal y dilecto de la antigüedad. Alguien observará, malévolamente, que Venus fue una dama poco austera y poco casta. Pero nadie dudará de la honestidad de Juno que, en su tocado, no se diferenciaba de Venus.

La moda occidental ha estilizado, con un gusto cubista y sintetista, el traje del hombre. La silueta del hombre metropolitano es sobria, simple, geométrica como la de un rascacielos. Su estética rechaza, por esto, las barbas y los cabellos boscosos. Apenas si acepta un exiguo y discreto bigote. El estilo de la moda femenina, malgrado algunas fugaces desviaciones, ha seguido la misma dirección. El proceso de la moda ha sido, en suma, un proceso de simplificación del traje y del tocado. El traje se ha hecho cada vez más útil y sumario. Ha sido así que han muerto, para no renacer, las crinolinas, los cangilones, las colas, las frondosidades pretéritas. Todas las tentativas de restauración del estilo rococó han fracasado. La moda femenina se inspira en estéticas más remotas que la estética rococó o la estética barroca. Adopta gustos egipcios o griegos. Tiende a la simplicidad. La peluca nace de esta tendencia. Es un esfuerzo por uniformar totalmente el tocado femenino, el nuevo estilo del traje y de la forma femenina.

Jorge Simmel, en un original ensayo sostenía la tesis de la arbitrariedad más o menos absoluta de la moda. «Casi nunca -escribía- podemos descubrir una razón material, estética o de otra índole que explique sus creaciones. Así, por ejemplo, prácticamente, se hallan nuestros trajes, en general, adaptados a nuestras necesidades; pero no es posible hallar la menor huella de utilidad en las decisiones con que la moda interviene para darles tal o cual forma». Me parece que la única arbitrariedad flagrante es, en este caso, la arbitrariedad de la tesis del original filósofo y ensayista alemán. Las creaciones de la moda son inestables y cambiadizas; pero reaparece siempre en ellas una línea duradera, una trama persistente. Contrariamente a lo que aseveraba Jorge Simmel, es posible descubrir una razón material, estética o de otra índole que las explique.

El traje del hombre moderno es una creación utilitaria y práctica. Se sujeta a razones de utilidad y de comodidad, la moda ha adaptado el traje al nuevo género de vida. Sus móviles no han sido desinteresados. No han sido extraños, y mucho menos superiores, a la prosaica realidad humana. Y es por esto, precisamente, que el traje masculino sufre la diatriba y el desdén románticos de muchos artistas. La moda femenina ha tenido un desarrollo más libre de la presión de la realidad. El traje de la mujer puede darse el lujo de ser más ornamental, más decorativo, más arbitrario que el traje del hombre. El hombre ha aceptado la prosa de la vida; la mujer ha preferido generalmente la poesía. Sus modas, por ende, han sacrificado muchas veces la utilidad a la coquetería. Pero, a medida que la mujer se ha vuelto oficinista, electora, política, etc., ha empezado a depender de la misma realidad prosaica que el varón. Este cambio ha tenido que reflejarse en la moda. Una mujer periodista, por ejemplo, no puede usar un traje demasiado mundano y frívolo. Pero no es indispensable que renuncie a la belleza, a la gracia ni a la coquetería. Yo conocí en la Conferencia de Génova a una periodista inglesa que había conseguido combinar y coordinar su traje sastre, sombrero de fieltro y sus gafas de carey con el estilo de su belleza. Ni aun en los instantes en que tomaba notas para su periódico perdía algo de su belleza superior, original, rara. No carecía de elegancia. Y era la suya una elegancia personal, hueva, insólita.

Las costumbres, las funciones y los derechos de la mujer moderna codifican inevitablemente su moda y su estética. La peluca, objetivamente considerada, aparece como un fenómeno espontáneo, como un producto lógico de la civilización. A muchas personas la peluca les parece casi un atentado contra la naturaleza. Pero la civilización no es sino artificio. La civilización es un permanente atentado contra la naturaleza, un continuo esfuerzo por corregirla. Los románticos adversarios de la peluca malgastaron sus energías. La peluca no es una creación fugaz de la moda. Es algo más que una estación de su itinerario. La peluca no conquistará a todo el mundo; pero se aclimatará extensamente en las urbes. Y no será fatal a la belleza ni a la estética. La estética y la belleza son movibles e inestables como la vida. Y, en todo caso, son independientes de la longitud del cabello. La moda, finalmente, no impondrá a las mujeres transiciones demasiado bruscas. No es probable, por ejemplo, que las mujeres se decidan a rasurarse la cabeza como los alemanes. Las mujeres, después de todo, son más razonables de lo que parece. Y saben que un poco de pelo será siempre muy decorativo, aunque no sea rigurosamente necesario.

* Publicado en Mundial: Lima, 7 de Noviembre de 1924.

- GIOLITTI Y LA CRISIS DEL FASCISMO*

Desertada por los grupos de oposición constitucional y de oposición revolucionaria —demócratas sociales, demócratas liberales, populares, socialistas, maximalistas y comunistas— la cámara italiana sería monótonamente fascista y facciosa si Giovanni Giolitti y sus amigos se hubiesen retirado también al Aventino. Pero Giolitti ha preferido continuar ocupando su asiento de diputado y asumir en la cámara una actitud opositora. Ha vuelto así a una función activa de leader.

Su presencia en una cámara abandonada por la oposición es, aparentemente, un acto de colaboración con el fascismo. El consenso de un parlamento exclusiva y unánimemente embarazaría mucho a Mussolini. A un gobierno la resistencia de una minoría parlamentaria le sirve, entre otras cosas, para sentirse y saberse en mayoría. Es cierto que el fascismo no gobierna constitucional sino dictatorialmente; pero es cierto, al mismo tiempo, que jamás se ha decidido a romper explícitamente con la constitución. Los diputados de la oposición se han retirado de la cámara, con motivo del asesinato de Matteotti y han declarado que no tomarán a sus puestos mientras el fascismo no disuelva su milicia armada y no renuncie a la violencia. Giolitti no podía solidarizarse con esta táctica. Hasta los últimos acontecimientos, Giolitti había concedido al fascismo su confianza y su apoyo. No había querido confundirse con él; pero lo había sostenido. Aunque sus sentimientos respecto al fascismo hubiesen luego mudado, nada lo obligaba, por consiguiente, a seguir a la oposición. Y, en realidad dentro de la cámara, Giolitti constituye para Mussolini un peligro mayor que fuera de ella. Ausente del parlamento, sería Giolitti un supernumerario de la minoría antifascista. Presente en el Parlamento, es el eje de una secesión de la mayoría mussoliniana. Soleri, un lugarteniente de Giolitti, acaba de decir que la mayor parte de la nación italiana no está con el fascismo ni con la oposición. Esta frase equivale a una confesión de que Giolitti y sus amigos aspiran a conquistar esa vasta zona intermedia de la opinión italiana.

La conducta de Giolitti es un síntoma más de la decadencia del fascismo. El viejo estadista piamontés es orgánicamente oportunista. Posee un fino olfato político. Presiente las fluctuaciones de la opinión. Cuando el fascismo contó con el favor de la burguesía y de la pequeña burguesía italianas, Giolitti se mostró filo-fascista. No se dejó absorber por los "camisas negras"; pero cuidó de vivir en buenas relaciones con ellos. Hoy le parece comprometedor su amistad. Su agudo instinto no lo engaña nunca.

La figura de Giolitti llena enteramente un largo capítulo de la historia de la Terza Italia. Giolitti debutó en la izquierda. Combatió la política conservadora. La combatió, sobre todo, por realismo. Los ministerios de la derecha reprimían, con mano ruda, las inquietudes de las masas. Este método romántico era el que menos convenía a la burguesía italiana. Italia necesitaba tranquilidad interna para su desarrollo económico. Y no podía conseguir esa tranquilidad sino en virtud de una política sagaz que no impidiese, en el nombre de viejos principios, la expresión de las reivindicaciones proletarias. El mejor medio de evitar que se difundiese en el proletariado un humor virulentamente subversivo era el de consentir su organización y facilitar su inserción en la política de Italia. Giolitti llevó este programa al gobierno, en los varios períodos en que le tocó ejercerlo. Los críticos de la Terza Italia dicen que su labor en el poder no fue política sino administrativa. Adriano Tilgher escribe que "a través del transformismo de Depretis y de Giolitti la Monarquía logró ahogar la política en la administración, sofocar todo contraste político, toda lucha de partidos, toda batalla ideal e impedir el despertar de la idea liberal y revolucionaria". ¿Fue entonces el gobierno de Giolitti, en sus varios períodos, un gobierno mera y vulgarmente burocrático? Exponiendo y comentando las tesis de un libro reciente de Mario Missiroli —El golpe de estado— Tilgher dice: "La monarquía y Giolitti han sabido gobernar según los modos de la civilización occidental un pueblo que continuaba siendo comunal y medioeval en el ánimo. Merced a una obra exclusivamente personal, lo han elevado por encima de su misma consciencia moral y de su atrasada costumbre estimulándolo a ascender hacia la consciencia del Estado moderno, hacia la libertad, contra sus naturales, instintivas tendencias, que lo llevan a negar el Resurgimiento, a volver al municipalismo y al clericalismo. Si el Estado moderno unitario y laico existe todavía en Italia, al menos formalmente, se debe exclusivamente su subsistencia a la monarquía y a sus ministros, cuya política transformista y reformista, lejos de aparecer a Missiroli como el obstáculo principal para la formación de la consciencia moderna de los italianos, se le presenta ahora como la única política que permita, sobre el vivo espíritu medioeval, la lenta formación de esa consciencia".

Giolitti estaba en el poder cuando se produjo la guerra. Su mentalidad y su hábito lo movieron a considerarla con un criterio práctico y realista. Cautó, perspicaz, redomado, Giolitti no podía ver en la causa aliada la causa de la libertad, de la democracia y del derecho. No sentía, por ende, ninguna urgencia, ninguna necesidad de que Italia interviniera en la sangrienta y destructora contienda. Deseaba que Italia reivindicara sus provincias irredentas sin salir de la neutralidad. Pero los tiempos de la guerra no eran tiempos de ordinaria administración. Una minoría elocuente, volitiva, dinámica, insurgió contra el neutralismo giolittiano. Expertos agitadores empujaron a Italia al combate. Una parte del pueblo italiano se contagió del humor bélico de Europa. Esta ola guerrera derribó a Giolitti.

Pasada la guerra, sus exiguos frutos y sus muchos dolores generaron en las masas italianas un sentimiento adverso a los políticos de la intervención. Las elecciones de 1919 fueron ganadas por dos partidos pacifistas: el socialista y el popular. Vino la gran ofensiva revolucionaria. Nitti usaba contra esta ofensiva una política de transacción y de compromiso. Las derechas lo acusaban de debilidad y de derrotismo. La izquierda socialista lo creía "el último ministro de la monarquía". Pugnaba, en consecuencia, por batirlo en una votación parlamentaria. Asaltado por una y otra corriente, Nitti perdió el poder. Volvió entonces a flote Giolitti. La burguesía italiana había menester de un político diestro en el arte de domar las agitaciones populares. Giolitti cedió, al principio, como Nitti, ante las reivindicaciones tumultuosas de las masas. Cuando los obreros metalúrgicos ocuparon las fábricas, Giolitti se negó a emplear contra ellos la fuerza. Flanqueó y quebrantó el movimiento proletario aceptando su reivindicación: el derecho al control de las fábricas. Pero, agotado en ese episodio, el impulso revolucionario del proletariado, escindido el partido socialista en dos corrientes, la burguesía pasó de la defensiva a la ofensiva. Giolitti y la burguesía armaron al fascismo. El fenómeno fascista —efecto y no causa del fracaso de la ofensiva revolucionaria— encontró una atmósfera favorable para su desarrollo. A Giolitti le pareció oportuno el instante para debilitar la fuerza parlamentaria de los socialistas y de los populares, tachados de antinacionales y derrotistas por el fascismo en su prensa y en sus comicios. Disolvió, por esto, la cámara. Mas su resolución fue demasiado apresurada. Los socialistas y los populares conservaban aún casi intactas sus posiciones en la masa electora. Los resultados del escrutinio fueron contrarios a Giolitti. El estadista piemontés había cometido un error de oportunidad que pagó, naturalmente, con la pérdida del poder. Lo sucedieron en el gobierno dos parlamentarios mediocres, amedrentados, pávidos: Bonomi y Facta. Y, finalmente, el fascismo movilizó sus brigadas sobre Roma. Mussolini inauguró su dictadura. La

democracia y el liberalismo italianos abdicaron ante los "camisas negras".

Dos años de experimento fascista, han desencantado a gran parte de la burguesía italiana respecto a las virtudes taumátúrgicas de Mussolini. Después de varios años de tumulto y de tensión, la mayoría de los italianos siente la nostalgia de la paz. La oposición al fascismo es numerosa. La engrosan más cada día nuevos reclutas. Contra Mussolini combaten "Il Corriere della Sera" de Milán, "La Stampa" de Turín, "Il Mondo" de Roma y otros grandes rotativos burgueses. En los rangos del fascismo y del filo-fascismo se propaga la tendencia a la defección. Innumerables grupos, ligas, asociaciones, trabajan "por la normalización". La "normalización" es un anhelo extensamente difundido en todos los sectores de la opinión italiana. Los comunistas predicán la revolución; pero los comunistas están en minoría. La mayoría no es revolucionaria sino "normalizadora". La normalización quiere decir, como es lógico, la vuelta al régimen constitucional. El fascismo no puede, por consiguiente, aceptarla. Mussolini, sin embargo, es demasiado avisado para no darse cuenta de la urgencia de menager la opinión pública con algunas concesiones aparentes.

Pero la opinión pública no se deja menager fácilmente. Giolitti lo comprende bien. Se apresura, en consecuencia, a diferenciarse categórica y claramente del fascismo y del filo-fascismo. Es probable que no le asuste ni le desagrade la posibilidad de asumir una vez más el gobierno. Italia está habituada a mirar en Giolitti una estadista con derecho vitalicio al gobierno. Se cuenta, a propósito de esto, una anécdota de la visita del Rey de España a Roma. Alfonso XIII pidió al Papa opinión sobre el porvenir del fascismo. El Papa le respondió que el fascismo duraría mucho tiempo en el poder. Tal vez diez años, acaso veinte años. ¿Y después? interrogó Alfonso XIII. ¿Después? —contestó el Papa—. Volverá, como es natural, Giolitti.

Giolitti, octogenario, es aún, pues, un candidato a la presidencia del consejo de ministros de Italia. El fascismo se prometía aniquilar, inutilizar, sustituir a toda la vieja fauna política. Los resultados de su gesta no pueden ser más desfavorable a este propósito de su programa. El aguerrido ejército de los "camisas negras" encuentra, actualmente, en un hombre de ochenta años, a uno de sus más astutos y temibles adversarios.

* Publicado en Variedades, Lima, 29 de Noviembre de 1924

- LA UNIDAD DE LA AMERICA INDO-ESPAÑOLA*

Los pueblos de la América española se mueven, en una misma dirección. La solidaridad de sus destinos históricos no es una ilusión de la literatura americanista. Estos pueblos, realmente, no sólo son hermanos en la retórica sino también en la historia. Proceden de una matriz única. La conquista española, destruyendo las culturas y las agrupaciones autóctonas, uniformó la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana. Los métodos de colonización de los españoles solidarizaron la suerte de sus colonias. Los conquistadores impusieron a las poblaciones indígenas su religión y su feudalidad. La sangre española se mezcló con la sangre india. Se crearon, así, núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades. Luego, idénticas ideas y emociones agitaron a las colonias contra España. El proceso de formación de los pueblos indo-españoles tuvo, en suma, una trayectoria uniforme.

La generación libertadora sintió intensamente la unidad sudamericana. Opuso a España un frente único continental. Sus caudillos obedecieron no un ideal nacionalista, sino un ideal americanista. Esta actitud correspondía a una necesidad histórica. Además, no podía haber nacionalismo donde no había aún nacionalidades. La revolución no era un movimiento de las poblaciones indígenas. Era un movimiento de las poblaciones criollas, en las cuales los reflejos de la Revolución Francesa habían generado un humor revolucionario.

Mas las generaciones siguientes no continuaron por la misma vía. Emancipadas de España, las antiguas colonias quedaron bajo la presión de las necesidades de un trabajo de formación nacional. El ideal americanista, superior a la realidad contingente, fue abandonado. La revolución de la independencia había sido un gran acto romántico; sus conductores y animadores, hombres de excepción. El idealismo de esa gesta y de esos hombres había podido elevarse a una altura inasequible a gestas y hombres menos románticos. Pleitos absurdos y guerras criminales desgarraron la

unidad de la América Indo-Española. Acontecía, al mismo tiempo, que unos pueblos se desarrollaban con más seguridad y velocidad que otros. Los más próximos a Europa fueron fecundados por sus inmigraciones. Se beneficiaron de un mayor contacto con la civilización occidental. Los países hispano-americanos empezaron así a diferenciarse.

Presentemente, mientras unas naciones han liquidado sus problemas elementales, otras no han progresado mucho en su solución. Mientras unas naciones han llegado a una regular organización democrática, en otras subsisten hasta ahora densos residuos de feudalidad. El proceso del desarrollo de todas estas naciones sigue la misma dirección; pero en unas se cumple más rápidamente que en otras.

Pero lo que separa y aísla a los países hispano-americanos, no es esta diversidad de horario político. Es la imposibilidad de que entre naciones incompletamente formadas, entre naciones apenas bosquejadas en su mayoría, se concerte y articule un sistema o un conglomerado internacional. En la historia, la comuna precede a la nación. La nación precede a toda sociedad de naciones.

Aparece como una causa específica de dispersión la insignificancia de vínculos económicos hispano-americanos. Entre estos países no existe casi comercio, no existe casi intercambio. Todos ellos son, más o menos, productores de materias primas y de géneros alimenticios que envían a Europa y Estados Unidos, de donde reciben, en cambio, máquinas, manufacturas, etc. Todos tienen una economía parecida, un tráfico análogo. Son países agrícolas. Comercian, por tanto, con países industriales. Entre los pueblos hispano-americanos no hay cooperación; algunas veces, por el contrario, hay competencia. No se necesitan, no se complementan, no se buscan unos a otros. Funcionan económicamente como colonias de la industria y la finanza europea y norteamericana.

Por muy escaso crédito que se conceda a la concepción materialista de la historia, no se puede desconocer que las relaciones económicas son el principal agente de la comunicación y la articulación de los pueblos. Puede ser que el hecho económico no sea anterior ni superior al hecho político. Pero, al menos, ambos son consustanciales y solidarios. La historia moderna lo enseña a cada paso. (A la unidad germana se llegó a través del zollverein.* El sistema aduanero, que canceló los confines entre los Estados alemanes, fue el motor de esa unidad que la derrota, la post-guerra y las maniobras del poincarismo no han conseguido fracturar, Austria-Hungría, no obstante la heterogeneidad de su contenido étnico, constituía, también, en sus últimos años, un organismo económico. Las naciones que

el tratado de paz ha dividido de Austria-Hungría resultan un poco artificiales, malgrado la evidente autonomía de sus raíces étnicas e históricas. Dentro del imperio austro-húngaro la convivencia había concluido por soldarlas económicamente. El tratado de paz les ha dado autonomía política pero no ha podido darles autonomía económica. Esas naciones han tenido que buscar, mediante pactos aduaneros, una restauración parcial de su funcionamiento unitario. Finalmente, la política de cooperación y asistencia internacionales, que se intenta actuar en Europa, nace de la constatación de la interdependencia económica de las naciones europeas. No propulsa esa política un abstracto ideal pacifista sino un concreto interés económico. Los problemas de la paz han demostrado la unidad económica de Europa. La unidad moral, la unidad cultural de Europa no son menos evidentes; pero sí menos válidas para inducir a Europa a pacificarse). [* Acuerdo aduanero]

Es cierto que estas jóvenes formaciones nacionales se encuentran desparramadas en un continente inmenso. Pero, la economía es, en nuestro tiempo, más poderosa que el espacio. Sus hilos, sus nervios, suprimen o anulan las distancias. La exigüidad de las comunicaciones y los transportes es, en América indo-española, una consecuencia de la exigüidad de las relaciones económicas. No se tiende un ferrocarril para satisfacer una necesidad del espíritu y de la cultura.

La América española se presenta prácticamente fraccionada, escindida, balcanizada.* Sin embargo, su unidad no es una utopía, no es una abstracción. Los hombres que hacen la historia hispano-americana no son diversos. Entre el criollo del Perú y el criollo argentino no existe diferencia sensible. El argentino es más optimista, más afirmativo que el peruano, pero uno y otro son irreligiosos y sensuales. Hay, entre uno y otro, diferencias de matiz más que de color [* Se refiere a la artificial separación de los países que conforman los Balcanes]

De una comarca de la América española a otra comarca varían las cosas, varía el paisaje; pero casi no varía el hombre. Y el sujeto de la historia es, ante todo, el hombre. La economía, la política, la religión, son formas de la realidad humana. Su historia es, en su esencia, la historia del hombre.

La identidad del hombre hispano-americano encuentra una expresión en la vida intelectual. Las mismas ideas, los mismos sentimientos circulan por toda la América indo-española. Toda fuerte personalidad intelectual influye en la cultura continental. Sarmiento, Martí, Montalvo no pertenecen exclusiva-mente a sus respectivas patrias; pertenecen a Hispano-América. Lo mismo que de estos pensadores se puede decir de Dario, Lugones, Silva,

Nervo, Chocano y otros poetas. Rubén Darío está presente en toda la literatura hispano-americana. Actualmente, el pensamiento de Vasconcelos y de Ingenieros tiene una repercusión continental. Vasconcelos e Ingenieros son los maestros de una entera generación de nuestra América. Son dos directores de su mentalidad.

Es absurdo y presuntuoso hablar de una cultura propia y genuinamente americana en germinación, en elaboración. Lo único evidente es que una literatura vigorosa refleja ya la mentalidad y el humor hispano-americanos. Esta literatura -poesía, novela, crítica, sociología, historia, filosofía- no vincula todavía a los pueblos; pero vincula, aunque no sea sino parcial y débilmente, a las categorías intelectuales.

Nuestro tiempo, finalmente, ha creado una comunicación más viva y más extensa: la que ha establecido entre las juventudes hispano-americanas la emoción revolucionaria. Más bien espiritual que intelectual, esta comunicación recuerda la que concertó a la generación de la independencia. Ahora como entonces, la emoción revolucionaria da unidad a la América indo-española. Los intereses burgueses son concurrentes o rivales; los intereses de las masas no. Con la Revolución Mexicana, con su suerte, con su ideario, con sus hombres, se sienten solidarios todos los hombres nuevos de América. Los brindis pacatos de la diplomacia no unirán a estos pueblos. Los unirán, en el porvenir, los votos históricos de las muchedumbres.

* Publicado en Variedades: Lima, 6 de Diciembre de 1924. Reproducido en El Universitario, Buenos Aires, Diciembre de 1925.

- LA CRISIS DEL RÉGIMEN FASCISTA*

Con su s3lita teatralidad, Mussolini ha aceptado el reto de la oposici3n. Ha sometido al parlamento un proyecto de ley electoral. En la pol3tica italiana, este tr3mite precede invariablemente la disoluci3n de la c3mara y la convocatoria de nuevas elecciones. El acto del fascismo puede parecer un alarde de fuerza; pero en realidad es un s3ntoma de debilidad. M3s que una ofensiva constituye una retirada.

Mussolini se ha visto constreñido a reconocer finalmente que, boycoteada y desertada por la oposici3n, la c3mara no puede funcionar. La c3mara contiene a3n una minor3a. La minor3a que acaudillan Giolitti y Orlando. Pero esta minor3a, compuesta por elementos que hasta hace muy poco conservaron una actitud filo-fascista, amenaza tambi3n a la c3mara con su defecci3n. Adem3s, es una minor3a min3scula, que si no una fracci3n disidente de la clientela fascista. La oposici3n en masa se ha retirado al Aventino, como, con la obstinada nostalgia de la antigüedad, se dice en el vocabulario pol3tico de la Italia de estos tiempos. Culpa del fascismo que ha resucitado el hacha de los lictores y algunas otras cosas de la historia de Roma.

El fascismo se ha esforzado por atraer a la oposici3n al parlamento. Varias veces ha hablado Mussolini con una rama de olivo en la mano. Otras veces constatada la contumacia de la oposici3n, Mussolini y el fascismo, megal3manos y ol3mpicos, han tenido el aire de desdeñarla. Han sustentado entonces la tesis de que la c3mara pod3a trabajar indiferentemente con o sin los diputados oposicionistas. La imaginaci3n de Mussolini se ha complacido, voluptuosamente, en la befa verbal de la "variopinta" oposici3n.

Pero el experimento de la tesis no ha correspondido a la esperanza fascista. El fascismo ha comprobado la impotencia y la invalidez del consenso de una c3mara facciosa. La oposici3n, retir3ndose al Aventino, lo ha obligado a capitular. Ya no habla Mussolini, arrogantemente, de los derechos de la

Revolución Fascista. Ya no se declara superior e indiferente a la opinión y al voto de los diputados. En su último discurso en el senado, ha empleado un tono y un lenguaje sagaces. Después, ha sentido la necesidad de intentar una política más o menos normalizadora y de licenciar a la cámara que la oposición esteriliza y descalifica con su ausencia.

Esta cámara nació viciada. Las elecciones de abril se realizaron conforme a una ley electoral forjada especialmente para uso del régimen fascista. Y, sobre todo, envileció marcialmente sus brigadas de "camisas negras" contra los grupos y los candidatos de oposición. Los partidos anti-fascistas carecieron ahí casi absolutamente de toda libertad de propaganda. El fascismo, además, no se presentó en las elecciones con una lista exclusivamente fascista. Solicitó la alianza de varios hombres y grupos no fascistas. Buscó sus principales candidatos en las asociaciones de combatientes y de mutilados de guerra. Malgrado todo esto, los grupos de oposición, cada uno de los cuales concurrió a las elecciones por su propia cuenta, consiguieron una fuerte representación en el parlamento. La heterogénea y pluricolor mayoría fascista se encontró en la cámara frente a una minoría menos numerosa pero más compacta y guerrera que la de la cámara anterior. Matteotti denunció, con dramático acento, en una de las sesiones de abril. La atmósfera de la nueva cámara fue una atmósfera tempestuosa. Se produjo, dentro de esta situación, el asesinato de Matteotti. La oposición abandonó entonces la cámara. Y declaró su voluntad de no regresar a sus puestos mientras el fascismo no disolviese su milicia armada y no aceptase incondicionalmente la restauración de la legalidad. Las sesiones de la cámara fueron suspendidas. El gobierno fascista esperaba encontrar en los tres o cuatro meses de vacaciones parlamentarias el medio de inducir a la oposición a volver al parlamento.

Pero durante ese plazo, la lucha, en vez de desaparecer, no ha cesado de exasperarse. El fascismo ha intentado amedrentar a la gente adversaria y a la gente neutral con una táctica agresiva. Ha restringido draconianamente la libertad de la prensa. Ha anunciado su intención formal de insertar la revolución fascista en el Estatuto de la nación italiana. Mas esta política ha tenido efectos diversos de los que Mussolini esperaba y necesitaba. El fascismo se ha sentido cada día más aislado y más bloqueado. Muchos de sus antiguos amigos se han negado a seguirlo por la vía de la intransigencia. Giolitti, Orlando, Sem Benelli, han pasado a la oposición. Las asociaciones de combatientes y mutilados de guerra, antes filo-fascistas, han declarado su independencia de toda facción y han reclamado del gobierno una política normalizadora. Los ataques de la prensa al fascismo han arreciado. Varios diarios liberales, que hasta el asesinato de Matteotti observaron una conducta filo-fascista, han cambiado

radicalmente de tono. "Il Giornale d'Italia" de Roma, órgano de los liberales de derecha, combate hoy al régimen fascista casi con la misma acidez que "Il Mondo", órgano de Améndola.

Esta crisis del régimen fascista maduraba gradualmente desde mucho tiempo antes del asesinato de Matteotti. El asesinato del diputado socialista no ha hecho sino acelerar su desarrollo y precipitar su desenlace. Esta crisis ha sido, ante todo, una crisis interna. Veamos sus causas. El fascismo no ha podido definirse a si mismo. Contenía y contiene todavía, elementos antitéticos, humores diversos, animas disimiles. Para conservar la unidad de este movimiento, Mussolini inventaba, sucesivamente, muchas fórmulas equívocas y oportunistas. Llenaba con sus abstracciones y su retórica el programa hueco del partido fascista. Esta táctica le ha consentido retener en sus filas durante mucho tiempo a gente que concebía el partido fascista como una especie de partido del patriotismo; pero que no compartía las ideas ni los sentimientos de sus condottieri* respecto a la necesidad y a la oportunidad de reemplazar íntegramente el Estado demo-liberal con un Estado fascista y de desagradar, para esto, la Constitución de la Terza Italia**. Por esta razón el fascismo ha sido, en la época de su apogeo, más que un partido político, un movimiento de militares, combatientes y mutilados de guerra. Mussolini ha gustado de rodearse de los héroes de la guerra. Y ha querido siempre ver alineados en el primer rango del fascismo a los combatientes condecorados con la medalla de oro al valor militar. El fascismo ha acaparado, hasta hace poco, casi todas las "medallas de oro" de la guerra. Pero, a medida que ha prevalecido en el partido fascista la tendencia facciosa, a medida que se ha impuesto en su teoría y en su práctica la mentalidad de los condottieri y de los agitadores que lo definen como el instrumento de una revolución, las fórmulas vagas y abstractamente nacionalistas no han bastado ya para prolongar la artificial unidad fascista. Las dos almas, las dos mentalidades del fascismo han empezado a diferenciarse y a separarse [*señores feudales de la guerra, en este caso se usa como líderes; **región del Centro-Norte-Este de Italia].

El fascismo ha dejado, poco a poco, de detentar la exclusiva o el privilegio del patriotismo. Los combatientes y los mutilados de filiación o de educación más o menos liberales y democráticas le han retirado su apoyo sin temor a sus excomuniones. La Liga Itálica de San Benelli y la Italia Libera del general Peppino Garibaldi niegan a los fascistas el derecho de acaparar la representación de la italianidad. Ambas ligas reclutan sus prosélitos en las categorías sociales adherentes antes al fascismo. Mussolini ha perdido dos de sus más conspicuas "medallas de oro": los diputados Viola y Ponzio de San Sebastiano. Otra medalla de oro, Raffele Rosetti, no sólo se declara anti-fascista sino además Republicano.

En estas condiciones llega el fascismo al capítulo de su historia. Mussolini juega con la convocatoria a elecciones su última carta. A las elecciones había que apelar tarde o temprano. Mussolini, regador de rápidas decisiones, prefiere que sea temprano y no tarde. Oportunista orgánico, ataca a los partidos de la "variopinta" oposición antes de que tengan tiempo de concertarse y articularse más. Pero la oposición le ha ganado ya la principal batalla, obligándolo a aceptar implícitamente la tesis de la normalización. El fascismo sostenía antes que su permanencia en el poder era una cuestión de fuerza. Ahora la cuestión de fuerza desaparece y se convierte en una cuestión de mayoría electoral y mayoría parlamentaria. Para un partido anti-parlamentario y anti-democrático la capitulación no puede ser sustancial ni más grave.

* Publicado en Mundial, Lima, 25 de Diciembre de 1924.

- MILLERAND Y LAS DERECHAS*

Las elecciones de mayo último liquidaron en Francia el bloque nacional. Briand, que desde su caída del gobierno empezó a virar a izquierda, se colocó en mayo al flanco de Herriot. Loucheur, ministro de Poincaré, se sintió también en mayo hombre de izquierda. Todo el sector más o menos intermedio, movedizo, fluctuante, del parlamento francés se apresuró a romper sus vínculos con el bloque nacional.

Por consiguiente, las derechas de la cámara francesa quedaron casi decapitadas. Poincaré maniobraba en el senado. Sobre él recaía, además, oficialmente, la responsabilidad de la derrota. Esto lo descalificaba un poco para conservar el comando del bloque conservador. Tardieu, el lugarteniente de Clemenceau, vencido en las elecciones, como el gordo y virulento León Daudet, después de una tensa jornada electoral, sufría taciturnamente su ostracismo del parlamento. Mr. Alexandre Millerand, arrojado de la presidencia de la república, por la nueva mayoría, resultaba el único condottiere disponible. Las derechas tuvieron que saludarlo y reconocerlo como su jefe.

Millerand, ex-socialista, ex-radical, ex-presidente de la república, acecha hoy, a la cabeza de sus eventuales mesnadas, la oportunidad de volver a ser algo, presidente del consejo de ministros, verbigracia. Por ahora se contenta con ser el leader, convicto y confeso de la reacción.

A nombre de un heterogéneo conglomerado, en el cual se confunden y combinan residuos del régimen feudal y elementos de la Tercera República, Millerand condena la política social-democrática y francmasona del bloque de izquierdas.

Como Mussolini, Millerand procede de los rangos del socialismo. Pero el caso Millerand no se parece absolutamente al caso Mussolini. Mussolini fue un socialista incandescente; Millerand fue un socialista tibio. Entre ambos hombres hay diferencias de educación, de mentalidad y de

temperamento. Mussolini tiene un alma exuberante, explosiva, efervescente; Millerand tiene un alma pacata, linfática, burguesa. Mussolini es un agitador; Millerand es un rábula. Mussolini militó en la extrema izquierda del socialismo; Millerand en su extrema derecha.

La trayectoria política de Millerand carece de oscilaciones violentas. Millerand debutó en el socialismo con prudencia y con mesura. No profesa nunca una fe revolucionaria. En 1893 figuró entre los diputados del policromo socialismo de ese tiempo. Pertenecía al grupo de socialistas independientes. Su escenario, desde esa época, no era el comicio ni el ágora. Era el parlamento o el periódico. Millerand pronunció su máximo discurso en un banquete político. Un discurso en el cual, bajo un socialismo superficial y abstracto, se traslucía un temperamento ministerial y parlamentario. A Millerand no se le puede clasificar, por tanto, entre los socialistas domesticados por el capitalismo. Millerand nació a la vida política perfectamente domesticado.

No representaba Millerand, a la manera de Jaurés, un socialismo idealista y democrático, reacio a la concepción marxista de la lucha de clases. Representaba únicamente un socialismo burocrático y oportunista. A través de Millerand, de Briand y de Viviani, la pequeña burguesía de la Tercera República realizaba un inocuo ejercicio de diletantismo socialista.

En 1899, malgrado el veto de sus principales compañeros del socialismo. Millerand aceptó una cartera en el gabinete de Waldeck-Rousseau. Los radicales franceses sentían la necesidad de teñirse un tanto de socialismo para encontrar apoyo en las masas. Inscribieron, por esto, en su programa, algunas reformas sociales. Y, como una garantía de su voluntad de actuarlas, solicitaron los servicios profesionales de un diputado socialista, en quien su perspicacia les permitía adivinar un candidato latente a un ministerio. No se equivocaban. Las masas concedieron un largo favor al gobierno de Waldeck-Rousseau. La conducta de Millerand tuvo fautores dentro de las propias filas del socialismo. Se calificaba al gobierno radical de entonces como un gobierno de defensa Republicana. Más o menos como se califica al gobierno radical-socialista de ahora. La participación de un socialista en el gobierno era explicada y justificada como una consecuencia de la lucha contra la reacción clerical y conservadora.

Pero vino el congreso de Amsterdam de la Segunda Internacional. La tesis colaboracionista fue ahí debatida y rechazada. El movimiento socialista francés se orientó hacia una táctica intransigente. Se produjo la fusión de los varios grupos de filiación socialista. Nació el Partido Socialista (S.F.I.O.), síntesis del socialismo marxista de Jules Guesde y del

socialismo idealista de Jean Jaurés. Todos los puentes teóricos y prácticos entre Millerand y el socialismo quedaron así cortados. Segregado de las filas de la revolución, Millerand fue definitivamente reabsorbido por las filas de la burguesía. Había paseado por el campo socialista con un pasaje de ida y vuelta. El socialismo no había sido para Millerand una pasión sino, más bien, una aventura.

Eliminado de la extrema izquierda, se mantuvo, durante algún tiempo, a una discreta distancia de la derecha. Conservó su condición de funcionario de la República. Siguió, formalmente, al servicio de su dama, la Democracia. El movimiento de traslación de Mr. Alexandre Millerand del sector revolucionario al sector reaccionario se cumplía lenta, gradual, pausadamente. La guerra consiguió acelerarlo.

La "unión sagrada" borró un poco los confines de los diversos partidos Franceses. El estado de ánimo creado por la contienda favorecía la hegemonía espiritual de los grupos de derecha. A esta corriente reaccionaria no pudieron ser insensibles los políticos que ya habían empezado su aproximación a las ideas y los hombres del conservantismo. Millerand, por ejemplo, se consustanció totalmente con la derecha. La atmósfera tempestuosa de la post-guerra acabó su conversión.

Millerand desarrolló, en la presidencia del consejo de ministros, la misma agresiva política reaccionaria de Clemenceau. Reprimió marcialmente la agitación obrera. Licenció a varios millares de ferroviarios. Trabajó por la disolución de la Confederación General del Trabajo. Armó a Polonia contra la Rusia soviética. Reconoció al general Wrangel, vulgarísimo aventurero, instalado en Crimea, como gobernante de Rusia. Estas fueron las benemerencias que lo condujeron a la presidencia de la república. El bloque nacional encontró en Mr. Alexandre Millerand su hombre más representativo.

La presidencia de Millerand tenía, además, en la intención de algunos elementos de la derecha, un sentido más preciso. Millerand era un asertor de una tesis adversa a la ortodoxia parlamentaria de la Tercera República. Quería que se atribuyese al presidente de la república mayores poderes. Que se le permitiese ejercer una influencia activa en la política del Estado. Por tanto, Millerand resultaba singularmente indicado para una eventual ofensiva contra el régimen parlamentario y contra el sufragio universal. Las derechas no se hacían demasiadas ilusiones sobre su posición electoral. Sabían que el éxito de las elecciones tenía que serles contrario. El ejemplo fascista las animaba a pensar en la vía de la violencia. Los hombres de las derechas, sin exceptuar al propio Millerand según notorias acusaciones,

tendían al golpe de Estado. Así lo denunciaba inequívocamente su lenguaje. Uno de los amigos más conspicuos de Millerand, Gustave Hervé, director de la "Victoire", escribía en el verano de 1923 al escritor italiano Curzio Suckert, teórico del fascismo, las siguientes líneas: "Yo soy en el fondo un fascista de izquierda. Y, en efecto, pensé en 1918 hacer en Francia, o mejor dicho intentar en Francia, lo que Mussolini ha actuado tan bien en Italia. Las polémicas de "L'Action Française" el equívoco creado por ésta nos obligaron a renunciar a nuestro plan, o por lo menos a aplazarlo y a sustituir un movimiento fascista con nuestro movimiento del bloque nacional, del cual he sido, creo, uno de los animadores y uno de los fundadores".

El bloque de izquierdas, triunfador en las elecciones de mayo, no se conformó, por eso, con desalojar del poder a Poincaré y a sus colaboradores. Sintió el deber de echar, además, a Millerand, de la presidencia de la república. Boycoteado por la mayoría parlamentaria, Millerand se vio forzado a dimitir. En medio de una tempestad de invectivas y de clamores, se retiró del Elíseo. Quienes lo creían capaz de un gesto atrevido, tascaron malhumoradamente su agria desilusión.

Ahora, sin embargo, vuelven a rodear a Millerand. La reacción carece en Francia de hombres propios. Se abastece de conductores y de animadores entre los disidentes ancianos de la extrema izquierda o entre los viejos funcionarios de la Troisième République*. La aserción de los derechos de la victoria está a cargo de un ex-antimilitarista, de un ex-internacionalista como Gustave Hervé. El caso no es único. También la defensa de los derechos de la catolicidad tiene uno de sus más ilustres y sustantivos corifeos en un literato de mentalidad pagana, anticristiana y atea como Charles Maurras y en un escritor de literatura pornográfica, inverecunda y obscena como León Daudet. [*El primer régimen francés impuesto después de 1789 que abarca desde esa fecha hasta 1940]

* Publicado en Variedades, Lima, 27 de Diciembre de 1924.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>). Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos

la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

El archivochile.com no tiene dependencia de organizaciones políticas o institucionales, tampoco recibe alguna subvención pública o privada. Su existencia depende del trabajo voluntario de un limitado número de colaboradores. Si consideras éste un proyecto útil y te interesa contribuir a su desarrollo realizando una DONACIÓN, toma contacto con nosotros o infórmate como hacerlo, en la portada del sitio.

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)